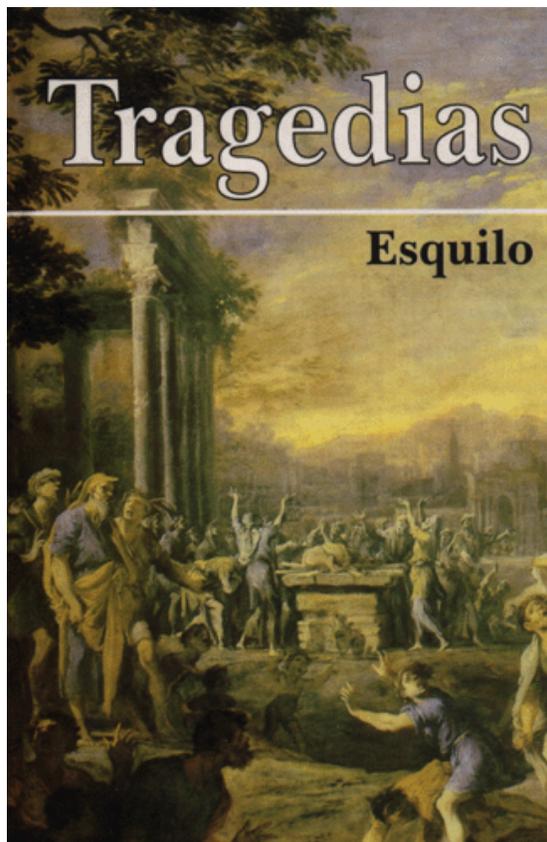


Tragedias

Esquilo

Comentario [LT1]:



INDICE

1- LOS PERSAS

2- LOS SIETE CONTRA TEBAS

3- LOS SUPLICANTES

4- PROMETEO ENCADENADO

5- AGAMENÓN

6- LAS COÉFORAS

7- LAS EUMÉNIDES

LOS PERSAS

PERSONAJES

Coro de ancianos

Acosa (madre del rey)

Mensajero

Sombra de Darío

Jerjes (rey de los persas)

La escena tiene lugar en Susa, capital de los persas, delante del palacio del Gran Rey. El coro está compuesto de ancianos consejeros del monarca, llamados los Fieles.

CORIFEO. De los persas que han marchado hacia la tierra de la Hélade, estos son los llamados Fieles, guardianes de este palacio opulento y lleno de oro, que por su magnificencia el propio rey Jerjes, hijo de Darío, escogió para vigilar sobre el país.

Pero cuando pienso en el retorno del rey y del brillante ejército, hartos ya de ser profeta de desgracias, se me angustia el corazón en el pecho -toda la fuerza de la estirpe asiática se ha marchado- y reclama a su joven señor, pero ni mensajero ni jinete alguno llega a la ciudad de los persas.

Dejando Susa y Ecbatana y el viejo recinto de Cisia, han marchado, unos a caballo, otros en naves, y a pie los infantes que constituyen la masa guerrera.

Así van al combate Amistres y Artafrenes, Megabates y Astaspes, capitanes de los persas, reyes vasallos del Gran Rey, celadores de un inmenso ejército, y con ellos, los temibles arqueros y los caballeros formidables de contemplar, terribles en el combate por la valerosa decisión de su espíritu. Y Artambaces, contento encima de su caballo, y

Masistres, y el valiente Imeo, arquero victorioso, y Farandaces, y Sóstanes el conductor de carros.

El ancho y fecundo Nilo ha enviado también los suyos: Susiscanes, Pegastón, nacido de Egipto, y el soberano de la sagrada Menfis, Arsames el Grande, y el regente de la antigua Tebas, Arimardo, y los hábiles remeros que surcan los pantanos, multitud difícil de contar.

A continuación viene la tropa de los lidios de vida fácil, que dominan a todos los pueblos de su continente; Metrogates, y el valiente Arcteo, reyes conductores, y Sardes, la ciudad del oro, los envían al combate en muchos carros de dos y tres lanzas dispuestos en escuadrones, formidable espectáculo terrible.

Los vecinos del sagrado Tmolos se jactan de que harán caer sobre la Hélade el yugo de la esclavitud, Mardon, Taribis, yunques de la lanza, y los lanceros misios. Babilonia, rica en oro, envía en torrente una mezclada multitud, marinos en sus naves, y soldados llenos de fe en el coraje con que tensan el arco. Detrás viene, procedente de toda Asia, la gente de espada corta, obediente a las órdenes terribles del Gran Rey.

Tal es la flor de los guerreros del país de Persia que han marchado, y por ellos toda la tierra de Asia, su nodriza, llora con ardiente nostalgia; y sus padres y esposas, contando los días, tiemblan del tiempo que se demora.

CORO. El ejército del rey, destructor de ciudades, ya, sin duda, a la ribera opuesta del continente vecino, después de haber atravesado el estrecho de Hele, hija de Atamantis, en baleas atadas con cuerdas de lino, y lanzado sobre el cuello del mar el yugo de una pasarela tachonada con innumerables clavijas.

El impetuoso señor de la populosa Asia lanza contra toda la tierra un enorme rebaño de hombres por un doble camino: para los soldados de a pie y los del mar confían en sus fuertes y rudos capitanes, el hijo del linaje del oro, mortal igual a los dioses.

En sus ojos brilla la sombría mirada del dragón sanguinario; tiene mil brazos y miles de marinos, e impulsando su carro sirio conduce un Ares que triunfa con el arco contra guerreros ilustres por la lanza.

Nadie es reputado capaz de hacer frente a este inmenso torrente de hombres y con poderosos diques contener el invencible oleaje del mar. Irresistible es el ejército de los persas y su valiente pueblo.

Pero ¿qué mortal puede escapar al astuto engaño de un dios? ¿Quién con el ágil pie de un salto feliz sabría lanzarse por encima?

Dulce y halagador, Ate atrae al hombre hacia sus redes, y ningún mortal puede esquivarlas y huir. El destino que los dioses han asignado desde antiguo a los persas les impone la tarea de ocuparse de las guerras destructoras de torres, de los tumultos, placer de los jinetes, y de las devastaciones de ciudades.

Pero ahora han aprendido en las vastas rutas del mar, grisáceo por el viento impetuoso, a contemplar el sagrado recinto de las aguas, confiados en frágiles cordajes de lino y en ingenios para transportar a los hombres.

Por ello la angustia lacera mi corazón enlutado. «¡Oh! ¡Ah, el ejército persa!» ¿No es esta la nueva que oírás mi urbe, la gran ciudad de Susa, vacía de hombres, y la fortaleza de Cisia tornarías los ecos? «¡Oh!» ¿Es este el grito que hará resonar una muchedumbre femenina, mientras desgarras sus vestidos de lino?

Pues todo un pueblo de jinetes y de infantes ha dejado el país, como un enjambre de abejas, con su jefe de ejército; ha salvado el promontorio marino, uncido y común a los dos continentes.

Los tálamos, con la añoranza de los hombres, se llenan de lágrimas; todas las mujeres persas, en la ternura de su duelo, han seguido con nostalgia amorosa el belicoso y valiente esposo, y solas quedan en el yugo.

CORIFEYO. Vamos, pues, persas, y sentados bajo este tejado antiguo, meditemos sabia y profundamente -la necesidad nos acosa- examinando la situación de Jerjes rey, nacido de Darío, raza nuestra con el nombre heredado de sus abuelos. ¿Acaso triunfa el tiro del arco? ¿O ha vencido la lanza con moharra de hierro?

Pero, mirad, he aquí la madre del rey, mi reina, luz igual a la de los ojos de los dioses; yo me arrodillo. Que todos la saluden con los homenajes debidos.

(El coro se postra y entra la Reina madre en su carro, seguida de un numeroso cortejo.)

Oh reina, soberana de las mujeres persas, de grácil talle, madre venerable de Jerjes, salve, mujer de Darío.

Compañera de lecho de un dios de los persas, habrás sido también madre de un dios, si al menos la ancestral fortuna no ha desertado de nuestro ejército.

REINA. Por esta causa he venido aquí, dejando el palacio brillante y la alcoba de Darío y mía; también a mí la inquietud desgarró mi corazón y a vosotros quiero decirlo, amigos. Yo misma no estoy exenta de temor, no sea que nuestra gran riqueza derribe de un puntapié, cubriendo de polvo el suelo, la felicidad que Darío levantó no sin el concurso de algún dios. Así una doble e inexplicable preocupación radica en mi corazón: ni las riquezas sin hombres son honradas y apreciadas, ni para los hombres sin riquezas brilla tanta luz cuanto es su fuerza. Nuestra riqueza es irreprochable; pero el temor es por nuestros ojos. Porque el ojo de una casa creo que es la presencia del señor. Siendo esto así, sed, persas, antigua confianza mía, consejeros en lo que os diré; pues en vosotros radican todos mis prudentes consejos.

CORIFEO. Sabe bien esto, reina de este país: no tendrás necesidad de indicarme dos veces ni de palabra ni de obra en lo que sea capaz de servirte de guía. Llamas en nosotros a unos diligentes consejeros.

REINA. Vivo siempre acompañada de muchos sueños nocturnos desde que mi hijo, equipando un ejército, ha partido con el deseo de devastar la tierra de Jonia; pero todavía no he visto uno tan claro como el de la noche pasada. Te lo diré. Me ha parecido que se presentaban ante mis ojos dos mujeres bien vestidas, una adornada con ropas persas, otra dóricas; ambas en estatura y en belleza sin mancha superaban, con mucho, a las mujeres de ahora y eran hermanas de la misma raza; pero habitaban, una la Hélade, que la fortuna le había asignado, otra un país bárbaro. Una disputa se originó entre ellas, según me pareció ver; mi hijo, al darse cuenta, las contenía y calmaba; después las unce a su carro y les coloca el yugo sobre el cuello. Entonces una se jactaba de este atavío, y ofrecía a las riendas una boca dócil; la otra, al contrario, respingaba y de repente con las manos destroza los arreos del carro, lo arrastra con violencia a pesar de las riendas, y finalmente rompe por el medio el yugo. Mi hijo cae; su padre, Darío, compadeciéndolo, acude a su lado; pero Jerjes al verlo rasga los vestidos que le cubren. Esta es, pues, digo, la visión que he tenido esta noche. Al levantarme, baño mis manos en las corrientes puras de una fuente y cargada de ofrendas me acerco al altar para ofrecer una torta a los dioses protectores, a los que se debe este homenaje. Entonces veo un águila que huye hacia el hogar de Febo. Muda de terror, me detengo, amigos; pero pronto contemplo un gavilán que se lanza con rápido batir de alas y con las garras despluma la cabeza del águila, la

cual no hace otra cosa que acurrucarse y ofrecer su cuerpo como presa. Esto es para mí terrible de contemplar y para vosotros de escucharlo. Pues bien, lo sabéis, mi hijo, si triunfa, será un rey admirable; pero si fracasa no ha de rendir cuentas al país, y si se salva gobernará igualmente esta tierra.

CORIFEO. No deseamos, madre, ni espantarte demasiado con nuestras palabras, ni inspirarte demasiada confianza. Llégate a los dioses en súplica. Si has visto algo siniestro; pídele que aparten de ti su cumplimiento, pero que realicen todo lo bueno para ti, para tus hijos, para el país y para todos tus amigos. Después es necesario que derrames libaciones a la tierra y a los difuntos; encarecidamente suplico a tu esposo Darío, que dices haber visto esta noche, que te envíe de debajo de tierra a la luz augurios favorables para ti y para tu hijo, y que retenga marchito lo adverso en las sombras subterráneas. Esto es lo que, profeta inspirado por el corazón, te aconsejo desde lo más recóndito de mi alma. Creemos que estos presagios se realizarán del todo bien.

REINA. Reconozco tu afecto a mi hijo y a mi casa en esta interpretación de mis sueños que tú has sido el primero en confirmar. ¡Ojalá se realicen felizmente! Todo lo que concierne a los dioses y a los amigos subterráneos, lo realizaré, según tus deseos, tan pronto como llegue a palacio. Pero hay cosas que quiero conocer, amigos: Atenas, ¿en qué lugar de la Tierra está situada?

CORIFEO. Lejos, hacia poniente, donde desaparece nuestro señor el Sol.

REINA. ¿Pero mi hijo deseaba tomar esta ciudad?

CORIFEO. Toda la Hélade entonces habría estado sometida al Rey.

REINA. ¿Así tienen un ejército tan numeroso?

CORIFEO. Sí, un ejército que ha hecho ya mucho daño a los medos.

REINA. ¿Y qué hay además de esto? ¿Tienen riqueza suficiente en sus casas?

CORIFEO. Una fuente de plata tienen, un tesoro que guarda la tierra.

REINA. ¿El arma que los distingue es la flecha que tensa el arco?

CORIFEO. No; espadas para el cuerpo a cuerpo y escudos que llevan en el brazo.

REINA. ¿Y qué jefe acaudilla y manda el ejército?

CORIFEO. No se llaman esclavos ni vasallos de nadie.

REINA. ¿Cómo entonces podrán hacer frente al ataque de los enemigos?

CORIFEO. Bastante como para haber destruido a Darío un numeroso y magnífico ejército.

REINA. Dices cosas terribles de pensar para las madres de los que han partido.

CORIFEO. Pero, según creo, pronto sabrás toda la verdad. He aquí a un hombre que viene corriendo y que parece ser un persa. Trae claramente alguna noticia, buena o mala de oír.

(Llega corriendo un mensajero.)

MENSAJERO. ¡Oh ciudades de toda la tierra de Asia, oh país pérsico y enorme puerto de riqueza, cómo, de un solo golpe, ha sido destruida una inmensa felicidad, ha desaparecido pisoteada la flor de los persas! ¡Ay de mí! Es una desgracia ser el primero en anunciar males. Sin embargo, es necesario que os revele todo el desastre, persas: el ejército entero de los bárbaros ha perecido.

CORO. Horribles, horribles desgracias, inauditas y desgarradoras. ¡Ay, ay! Llorad, persas, al oír este dolor.

MENSAJERO. Sí, todo aquello está terminado, y yo mismo contra toda esperanza veo la luz del regreso.

CORO. Demasiado longeva se nos aparece hoy la existencia a nosotros, ancianos, para oír esta calamidad inesperada.

MENSAJERO. Y en verdad, como testigo y no oyendo el relato de otros, persas, quiero contaros las desgracias que os han sucedido allí.

CORO. ¡Otototoi! En vano miles de dardos juntamente han pasado de Asia a una tierra enemiga, al país de la Hélade.

MENSAJERO. Las riberas de Salamina y todo el lugar contiguo están llenos de cadáveres que un funesto destino ha destrozado.

CORO. ¡Otototoi! Te refieres a de los miembros muertos de seres queridos, revolcados por las olas, sin cesar zambullidos, arrastrados en sus largas capas errantes.

MENSAJERO. No era suficiente el arco, y todo nuestro ejército sucumbió, domado por los espolones navales.

CORO. Lanza sobre nuestros desgraciados un grito malhadado, lúgubre. Los dioses todo lo han dispuesto para perdición completa de los persas. ¡Ay, ay, ejército destruido!

MENSAJERO. ¡Nombre de Salamina, el más odioso a mis oídos! ¡Ah! ¡Cómo gimo

al acordarme de Atenas!

CORO. Sí, Atenas, odiosa para nuestra perdición. Tengo motivos para acordarme de ella, cuando ha hecho, en vano, de tantas persas, madres sin hijos, esposas sin maridos.

(Un silencio.)

REINA. Hace rato que no hablo, infeliz, abrumada por las desgracias. Este desastre es demasiado grande para poder decir, para interrogar acerca de los sufrimientos. Sin embargo, es necesario que los mortales soporten las penas que envían los dioses. Desarrolla, pues, toda la catástrofe, y soségante dinos, aunque gimas por los males, quién, de entre los jefes, no ha muerto, a quién hemos de llorar, y quién prestando servicio como cetrero ha dejado al morir su lugar vacío.

MENSAJERO. El propio Jerjes vive y ve la luz.

REINA. Tus palabras son para mi casa una gran luz, un día blanco después de la sombría noche.

MENSAJERO. Mas, Artambares, jefe de diez mil jinetes, está siendo golpeado a lo largo de la escarpada costa de Silenia, y Dadaces, quiliarca, bajo el golpe de una lanza, ha dado un ligero salto desde su nave. Tenagonte, el héroe bactriano de noble linaje, gira en torno a la isla de Ajax batida por las olas. Lileo, Arsames y Argestes el tercero, alrededor de la isla de las palomas cargan la dura costa con sus cabezas vencidas. Y los egipcios, vecinos de las fuentes del Nilo, Arcteo, Adenes y, en tercer lugar, Farnuco, provisto de un escudo, han caído de la misma nave. Mátalo de Crisa, jefe de diez mil hombres, al morir tenía su larga y espesa barba pelirroja que cambiaba de color en un baño de púrpura. El mago Arabo y Artames bactriano, que guiaban treinta mil caballos negros, ahora están domiciliados en la áspera tierra en donde han perecido. Amistris y Amfistreo, que manejaba una pesada lanza, y el valiente Ariomardo, que ha proporcionado un duelo a Sardes, y el misio Sísames y Taribis, el almirante de cinco veces cincuenta naves, lirneo de linaje, varón soberbio, ahora yace muerto, infeliz, no con muy buena estrella.

Y Siensis, el más valiente de los hombres, capitán de los cilicios, después de haber causado él solo mil bajas a los enemigos, ha muerto gloriosamente. Tales son los jefes que recuerdo; pero siendo tantas las desgracias, sólo te he contado un pequeño número.

REINA. ¡Ay, ay! Oigo los más supremos males, vergüenza para los persas y causa de lamentos agudos. Pero vuelve atrás y dime cuál era la multitud de naves helenas para que se hayan decidido a trabar combate con el ejército persa y atacar nuestra flota.

MENSAJERO. Por lo que respecta a la multitud, sabe que el bárbaro habría vencido con sus naves; pues los helenos tenían un total de trescientos navíos y, además de estos, diez naves escogidas. Jerjes, al contrario, lo sé, conducía una flota de mil naves, y las que sobresalían por su rapidez eran doscientas siete. Este es el cómputo. ¿Te parece que estábamos en inferioridad en esta lucha? Sino que algún dios ha destruido a nuestro ejército, inclinando la balanza con una fortuna no equilibrada. Los dioses protegen la ciudad de la diosa Palas.

REINA. ¿Así la ciudad de Atenas está todavía intacta?

MENSAJERO. Sí, porque teniendo a sus hombres tiene un baluarte seguro.

REINA. Pero ¿cuál fue para las naves la señal del combate? Dime: ¿quién empezó al lucha, los helenos o mi hijo, envanecido por la multitud de sus naves?

MENSAJERO. El que inició, mi reina, todo este desastre fue un dios maléfico o un espíritu vengador, quién sabe de dónde salió. Un heleno del ejército ateniense vino a decir a tu hijo Jerjes que al llegar las sombras de la noche los helenos no esperarían más, sino que saltando sobre los bancos de sus naves, buscarían, cada uno por su parte, salvar la vida en una huida secreta. Él, tan pronto lo oyó, no comprendiendo el engaño del heleno y ni la envidia de los dioses, declara a todos los capitanes de nave esta orden: cuando el sol haya cesado de quemar la tierra con sus rayos y las tinieblas llenen el sagrado recinto del éter, colocarán el grueso de sus naves en tres líneas para guardar las salidas y los pasos resonantes, y las otras en círculo alrededor de la isla de Ayax; pues, si los helenos intentan huir de un destino fatal y encuentran secretamente con sus naves una evasión, había sido decretado que todos serían decapitados. Así habló en el fervor de su corazón animoso; porque no sabía el futuro que le reservaban los dioses. Ellos mansamente y sin desorden, preparan la cena y cada marino ata el remo al escálammo dispuesto a bogar. Cuando se apagó la luz del sol y llegó la noche, todos los remeros, todos los soldados de marina suben a las naves. Una flota exhorta a la otra en la larga noche; rema cada uno hacia el sitio asignado y toda la noche los jefes de las naves mantienen navegando a todo el personal naval. Y la noche transcurre sin que la flota

helénica intente por ningún lado una salida secreta.

Pero cuando el día con sus blancos corceles se extiende sobre toda la Tierra, resplandeciente a los ojos, llega de parte de los helenos un sonoro clamor modulado como un himno, mientras que el eco de los peñascos isleños responde con un grito agudo. El terror se apodera de todos los bárbaros engañados en su pensamiento, pues no era para una huida que los helenos entonces cantaban un solemne peán, sino para lanzarse al combate con audacia valerosa; y el sonido de la trompeta enardecía a todo el ejército. Pronto, a golpes iguales del ruidoso remo batían las profundas aguas saladas a la voz del cómitre, y rápidamente todos aparecieron a nuestra vista. El ala derecha, bien alineada, marchaba la primera, en orden; después toda la flota avanzaba. Entonces se oyó de cerca un gran grito: «Id, hijos de los helenos, libertad a la patria, libertad a los hijos, a las mujeres, a los santuarios de los dioses patrios y a las tumbas de los antepasados; la lucha ahora es en defensa de todo esto.» Por nuestra parte les responde un alboroto de lengua persa: no es el momento de titubeos. Al punto, nave contra nave choca con su estrave bronceo. Un navío helénico comenzó el abordaje y destroza todo el codaste de una nave fenicia; después, cada uno dirige el ataque contra otro. Al principio el núcleo del ejército persa resistía, pero como la multitud de las naves estaba agrupada en un estrecho, en donde no podían prestarse ayuda, y se golpeaban unas a otras con sus espolones de bronce, rompían todo el aparejo de sus remos. Entonces las naves helénicas, sabiamente las rodean y embisten; se vuelcan las quillas de las naves, el mar ya no se ve, cubierto de despojos y de matanza de hombres; las orillas y los acantilados están llenos de cadáveres y todo lo que queda de la flota bárbara huye en desbandada a fuerza de remos, mientras que los helenos, como si se tratara de atunes o de alguna redada de peces, con trozos de remos o restos del naufragio golpean, matan. Un lamento mezclado de sollozos se extiende por la llanura marítima hasta que el ojo de la sombría noche los oculta al vencedor. El total de nuestros males, ni que hablara diez días seguidos, lo podría completar; porque nunca, sábelo bien, nunca en un solo día una multitud tan numerosa de hombres ha perecido.

REINA. ¡Ay, ay! Un vasto océano de desgracias se ha precipitado sobre los persas y toda la raza bárbara.

MENSAJERO. Sabe bien que esto no es ni tan solo la mitad de los males. Una

dolorosa calamidad se ha abatido sobre ellos, de forma que es dos veces más pesada que lo anterior.

REINA. ¿Y qué desgracia podría ser más cruel que ésta? Continúa, ¿cuál es este desastre que ha venido sobre el ejército inclinando más abajo el platillo de nuestras desgracias?

MENSAJERO. Todos los persas que estaban en pleno vigor corporal, los mejores por su espíritu, los más sobresalientes por su nobleza y los primeros en su constante fidelidad al rey, han perecido vergonzosamente de la muerte mas ignominiosa.

REINA. ¡Ay de mí, desgraciada, por este percance cruel, amigos! Pero ¿por qué clase de muerte dices que han perecido?

MENSAJERO. Hay delante de Salamina una isla estrecha, de difícil anclaje para las naves, y de la cual sólo Pan, amigo de las danzas, frecuenta sus orillas marinas. Allí los envía Jerjes a fin de que, si náufragos enemigos intentaban alcanzar la isla, pudieran fácilmente matar a los soldados helenos y salvar a los suyos de los estrechos marinos. ¡Mal conocía el futuro! Porque así que un dios dio a los helenos la gloria en el combate de las naves, el mismo día, cubriendo sus cuerpos con armaduras de bronce, saltaron de las naves y rodearon toda la isla de suerte que los nuestros no sabían adónde volverse. Miles de piedras salidas de sus manos los hirieron y las flechas arrojadas por las cuerdas del arco caían sobre ellos y los mataban. Por fin, lanzándose de un solo impulso golpean, despedazan los cuerpos de aquellos desgraciados hasta que los exterminan a todos. Jerjes rompe en sollozos al ver aquel culmen de males; porque tenía un sitio desde donde distinguía claramente todo el ejército, un alcor elevado junto a la llanura marina; rasga sus vestidos, lanza un grito agudo y de repente, dando una orden al ejército de tierra, se precipita a una huida desordenada. Tal es, junto al primero, la desventura que has de llorar.

REINA. ¡Ah, odioso destino, cómo has engañado las esperanzas de los persas! ¡Qué amargo ha encontrado mi hijo el castigo de la ilustre Atenas! No fueron suficientes los bárbaros que antes mató Maratón; creyendo poder cobrarse el rescate, mi hijo ha traído sobre sí esta multitud de desgracias. Pero dime, las naves que han escapado a la destrucción, ¿dónde las ha dejado? ¿Sabes indicármelo con claridad?

MENSAJERO. Los capitanes de las naves que quedaban emprenden

apresuradamente, a favor del viento, una huida sin orden. El resto del ejército, en tierra de Beocia, iba diezmándose: unos, buscando las claras fuentes para apagar su sed, otros exhaustos y jadeantes. Nosotros logramos pasar a territorio focense y a tierra dórida y al golfo de Melia, en donde el Esperquio riega la llanura con sus aguas bienhechoras. De allí los campos de la tierra aquea y las ciudades de Tesalia nos reciben faltos de víveres. Después llegamos al país magnesio y a la región de los macedonios, al curso del Axios, y al cañaverol pantanoso de Bolbe y al monte Pangeo, en el país de los edonios. En esta noche un dios suscitó un invierno prematuro, e hieló toda la corriente del sagrado Estrimón. Aquel que antes no creía en los dioses ahora les dirige súplicas, adorando cielo y tierra; y cuando el ejército cesó en sus insistentes invocaciones, se aventura por el helado camino del río. Sólo los que nos lanzamos antes de que se difundieran los rayos del sol, ahora estamos con vida; porque el círculo luminoso del sol encendido en rayos, penetra a través de la corriente calentándola con su llama: los hombres se amontonan unos sobre otros y feliz el que pierde rápidamente el soplo de la vida. Los restantes que lograron salvarse después de atravesar a duras penas y con gran fatiga Tracia, llegaron fugitivos, no muchos, a la tierra de sus lares. ¡De qué modo se va a lamentar la ciudad de los persas, deseosa de la querida juventud del país! Esta es la verdad. Y dejo, fuera del relato, muchos de los desgracias que un dios ha lanzado como un rayo sobre los persas.

(El mensajero se va.)

CORIFEYO. ¡Oh divinidad dolorosa! ¡Cuán pesadamente has hollado toda la raza persa!

REINA. ¡Ay de mí, desgraciada! Nuestra ejército está aniquilado. ¡Ah, diáfana visión de mis sueños nocturnos, demasiado claramente me habías mostrado estos males! ¡Y vosotros, con qué ligereza los habíais juzgado! Pero, puesto que os habéis pronunciado en este sentido, quiero ante todos rogar a los dioses; luego, en la ofrenda a la tierra y a los muertos vendré a traer una torta escogida de mi casa. Sé que lo hago por hechos consumados, pero quizá el destino nos reserve algo mejor. Vosotros debéis comunicar, acerca de los acontecimientos, fieles consejos a los leales príncipes. Y si mi hijo llega aquí antes que yo, consoladlo, acompañadlo a palacio, no sea que añada a nuestras desgracias otra.

(La reina se retira de su séquito.)

CORIFEO. ¡Oh Zeus, rey! Ahora habiendo destruido el ejército de los persas altivos e innumerables, has cubierto la ciudad de Susa y Ecbatana con un duelo tenebroso.

Miles de mujeres con sus tiernas manos desgarran sus vestidos y bañan sus pechos en copiosas lágrimas compartiendo nuestro sufrimiento.

Y las mujeres de los persas, lánguidamente llorosas, deseosas de ver a su recién desposado, abandonando los lechos de mullidas colchas, deleite de una delicada juventud, lloran con lamentos insaciables, mientras yo mismo invoco sinceramente el trágico destino de los que han muerto.

Corto. Y ahora toda la tierra de Asia, vacía de hombres, llora. Jerjes los ha conducido, ¡ay, ay!, Jerjes los ha perdido, ¡ay, ay!, Jerjes lo ha dirigido todo locamente con sus barcas marinas. ¿Por qué Darío, señor de arqueros, fue tan inofensivo para su pueblo, jefe querido de la Súsida?

Soldados de tierra y de mar, sombríos navíos de alas rápidas los han conducido, ¡ay, ay!, los han perdido, ¡ay, ay!, los navíos del funesto abordaje y los brazos de los jonios. Apenas si el mismo monarca, según se dice, ha podido escapar por las llanuras de Tracia y los caminos siniestros.

Y los que han quedado, ¡ay!, oprimidos primeramente por un destino fatal giran alrededor de las costas Cicreas. Gime, desgárrate el corazón, clama hasta el cielo tus desdichas, ¡oh, oh!, tiende tu grito ruidoso, tu voz miserable.

Cruelmente vencidos por el mar, ¡ay!, son desollados por los mudos infantes de la Incorruptible, mientras que la casa llora al hombre que le han cogido y los ancianos padres, sin hijos, lamentándose de los incomprensibles sufrimientos, conocen el inmenso dolor.

y los pueblos de la tierra de Asia ya no obedecerán por largo tiempo a la ley de los persas, ya no pagarán más tributo a las imposiciones de los sátrapas, ni se prosternarán para recibir más órdenes: el poderío real ya no existe.

La lengua ya no será más amordazada; pues un pueblo logra hablar libremente cuando ha desuncido el yugo de la esclavitud. Ensangrentada en su suelo, la isla de Ajax, batida por las olas, posee ahora todo lo que fue Persia.

(Llega la reina con esclavos que portan ofrendas.)

REINA. Amigos, aquel que tiene experiencia de los sufrimientos sabe que los

mortales, cuando una marejada de males se ha abatido sobre ellos, acostumbran temer de todo; pero cuando el destino fluye de manera favorablemente están convencidos de que siempre soplará el mismo destino de fortuna. Para mí ahora todo está lleno de terror: a mis ojos se revela el abandono de los dioses, un grito resuena en mis oídos que nada tiene de saludable. ¡Tal es el estupor de males que aterroriza mi corazón! Por esto he recorrido de nuevo este camino desde el palacio, sin carrozas, sin la pompa de antes, para llevar al padre de mi hijo las libaciones propiciatorias, que amansan a los difuntos: la blanca leche gustosa de una vaca no sometida al yugo, la dorada miel destilada por la obrera de las flores, juntamente con el agua que mana de una fuente virgen, y el puro licor de una madre silvestre, esta delicia de una viña antigua. Hay también el fruto oloroso del grisáceo olivo, siempre floreciente de vida en su follaje, y guirnaldas de flores, hijas de la fértil tierra. Venid, amigos, y sobre estas libaciones a los muertos cantad himnos favorables: evocad al divino Darío, mientras yo enviaré a los dioses subterráneos estos homenajes que beberá la tierra.

CORIFEO. Oh soberana, veneración de los persas, tú envía libaciones a las moradas subterráneas; nosotros con nuestros himnos pediremos que los guías de los muertos nos sean propicios bajo tierra.

Ea, pues, sagradas divinidades infernales, Tierra, Hermes y tú, rey de los muertos, envíanos del seno de la tierra a la luz, el alma de Darío; si, más que nosotros sabe un remedio a nuestros pesares, es el único mortal que puede revelarnos el fin.

(El coro evoca al muerto con gritos y gestos violentos: gime, da palmadas, se golpea el pecho.)

CORO. ¿Me oye, el bienaventurado, el rey semejante a los dioses, cuando lanzo en clara lengua bárbara estos gritos diversos, lúgubres, dolientes? Gritaré bien alto mis desgracias de total congoja. ¿Desde debajo me oye?

Oh, tú, Tierra, y vosotros, príncipes de los muertos, dejad salir de vuestras moradas este numen ilustre, el susígena dios de los persas: enviad hacia arriba aquél, semejante al cual, todavía no ha cubierto a nadie la tierra persa.

Querido es este héroe y querido tu túmulo; porque en él descansa una prenda querida. Edoneo, tú que conduces hacia la luz, deja libre al príncipe único, a Darío, ¡eh, eh!

Porque jamás perdió a sus hombres en mortíferos contratiempos. Inspirado de los dioses lo llamaban los persas, inspirado de los dioses era, porque dirigía bien el timón de su pueblo, ¡eh, eh!

Antiguo monarca, oh monarca, ven, ven, aparece sobre la cima de este túmulo; eleva hasta allí la azafranada sandalia de tu pie, haz brillar el botón de la tiara real; acude, padre benéfico, Darío. ¡Ah, ah!

Ven a oír nuevos e inauditos desgracias. Señor de mi señor, aparece. Sobre nosotros vuela una lúgubre niebla, porque toda nuestra juventud ha perecido. Acude, padre benéfico, Darío. ¡Ah, ah!

¡Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡Oh muerte lamentada por miles de deudos! ¿Por qué mi señor, mi soberano, sobrevino tan desmedido

contratiempo, tal sufrimiento sobre sufrimiento, a toda esta tu tierra? Del todo han desaparecido las trirremes, nuestras naves que ya no son naves, que ya no son naves.

(Por encima del túmulo aparece la Sombra de Darío.)

SOMBRA DE DARÍO. Oh fieles entre los fieles, compañeros de mi juventud, persas ancianos, ¿qué aflicción sufre la ciudad? Gime, se golpea el pecho y el suelo se resquebraja. Al ver a mi esposa junto a mi mausoleo, me turbo y he aceptado de todo corazón sus libaciones. Pero vosotros os lamentáis de pie cabe mi sepulcro y avivando vuestros lamentos evocadores de los muertos me llamáis lastimosamente. No es fácil de salir, máxime cuando los dioses subterráneos saben más coger que soltar. Pero yo he usado entre ellos de mi poder y aquí estoy. Apresúrate que no se me reproche por mi tardanza ¿Qué terrible desgracia se ha abatido sobre los persas?

CORO. No me atrevo a mirarte, a hablarte cara a cara, por el ancestral temor que me infundías.

SOMBRA DE DARÍO. Pero, ya que he venido de debajo tierra obedeciendo a tus lamentos, renuncia a un largo discurso: exprésate brevemente y, dejando de lado el respeto que me tienes, explícamelo todo.

CORO. Temo complacerte, temo hablarte a la cara, diciéndote cosas difíciles de contar a los amigos.

SOMBRA DE DARÍO. Puesto que el viejo temor de espíritu se te opone, tú, anciana compañera de mi lecho, cesa en tus lamentos y gemidos y háblame claramente: humanos

son los trabajos que pueden alcanzar a los mortales. Muchos males llegan del mar a los hombres, muchos de la tierra firme, si la vida prolonga su curso durante lar o tiempo.

REINA. ¡Oh tú que has superado a todos los mortales en felicidad por tu venturoso destino! Mientras has contemplado los rayos del sol, digno de envidia, has hecho pasar, como un dios, una vida dichosa a los persas. Ahora te envidio por estar muerto antes de haber visto el abismo de nuestros males. Todo, Darío, lo oirás contar en breves palabras: el poderío de los persas está, por así decir, del todo destruido.

SOMBRA DE DARIO. ¿De qué manera? ¿Se ha abatido sobre la ciudad la tormenta de una peste o una guerra civil?

REINA. En modo alguno; pero cerca de Atenas todo el ejército ha sido aniquilado.

SOMBRA DE DARIO. ¿Cuál de mis hijos ha guiado allí el ejército? Dime.

REINA. El impetuoso Jerjes, vaciando todas las llanuras del continente.

SOMBRA DE DARIO. ¿Por tierra o por mar ha intentado esta locura, desgraciado?

REINA. Por ambos caminos; había un doble frente de dos armamentos.

SOMBRA DE DARIO. ¿Y cómo ha llegado a pasar un ejército de tierra tan numeroso?

REINA. Unció con sus recursos el estrecho de Hele para tener un paso.

SOMBRA DE DARIO. ¿Y lo logró hasta cerrar el gran Bósforo? REINA. Así es; un dios sin duda se adhirió a esta idea.

SOMBRA DE DARIO. ¡Ah, un poderoso dios vino para trastornar le así el juicio!

REINA. Sí, ya que se puede ver el fin desastroso que ha realizado.

SOMBRA DE DARIO. ¿Y qué les ha ocurrido para que gimáis así? REINA. La derrota del ejército naval ha perdido al de tierra. SOMBRA DE DARIO. ¿Así todo un pueblo ha sido completamente

destruido por la lanza?

REINA. Sí, toda la ciudad de Susa llora, vacía de hombres. SOMBRA DE DARIO. ¡Oh dioses, el ejército, nuestra buena defensa, nuestra ayuda!

REINA. El pueblo bactriano ha sucumbido por completo y no habrá más viejos.

SOMBRA DE DARIO. ¡Oh malaventurado, qué juventud de aliados ha perdido!

REINA. Pero dicen que Jerjes, solo, abandonado, con unos pocos...

SOMBRA DE DARIO. ¿Cómo y dónde ha terminado? ¿Hay alguna salvación para

él?

REINA. Ha sido afortunado de llegar al puente que unía ambas tierras.

SOMBRA DE DARIO. Y de llegar vivo a nuestro continente. ¿Es verdad esto?

REINA. Sí; el relato que prevalece al menos en este respecto es claro; no hay discordancias.

SOMBRA DE DARIO. ¡Ah! Rápida ha llegado la realización de los oráculos y sobre mi hijo ha lanzado Zeus el cumplimiento de las profecías. Yo en cierta manera me imaginaba que sólo después de mucho tiempo los dioses las llevarían a término; pero cuando uno mismo se afana en su perdición, los dioses colaboran con él. Ahora parece que se ha encontrado una fuente de males para todos los amigos, y mi hijo, sin saberlo, ha realizado todo esto en su juvenil audacia. El que concibió la esperanza de detener en su curso, con cadenas de esclavo, el sagrado Helesponto, el Bósforo, corriente de un dios; que buscaba cambiar la manera de cruzar el estrecho y poniéndole grilletes forjados a martillo, abrió un inmenso camino a su inmenso ejército. Mortal, creía en su locura triunfar de todos los dioses y particularmente de Posidón. ¿Cómo en esto no hay una enfermedad del espíritu que se ha apoderado de mi hijo? Temo que mi gran trabajo de riqueza llegue a ser para los hombres el botín del primero que llegue.

REINA. Estas son las lecciones que el impetuoso Jerjes aprende en su trato con los malos. Le decían que tú adquiriste para tus hijos una gran riqueza con la lanza, mientras que él, por cobardía, combatía en casa, sin aumentar en nada la propiedad paterna. Oyendo mil veces los reproches de estos malvados, decidió esta expedición y este ejército contra la Hélade.

SOMBRA DE DARIO. Así son ellos los autores del desastre inmenso, inolvidable, tal como ningún otro ha caído jamás sobre la ciudad de Susa vaciándola, desde que el soberano Zeus ha otorgado a un solo hombre el privilegio de maridar a toda Asia nutridora de corderos, teniendo en sus manos el cetro rector. Un medo fue el primer jefe del pueblo en armas; y otro, su hijo, acabó esta empresa, porque la razón en él gobernaba su corazón. El tercero después de él, Ciro, héroe feliz, al tomar el poder estableció la paz entre los suyos; conquistó pueblo de los lidios y de los frigios, y sometió por fuerza a toda Jonia; dios no le era hostil, porque tenía sabiduría. El hijo de Ciro fue el cuarto en dirigir ejército, y el quinto, Mardis, tomó el poder, vergüenza para su patria y para el

antiguo trono; pero con astucia el valiente Artafrenes lo mató en el palacio ayudado de amigos que consideraban esto como una obligación. Y yo mismo, habiendo obtenido por suerte lo que quería, hice muchas expediciones con un numeroso ejército pero nunca causé un mal tan grande a mi ciudad. Pero Jerjes, mi hijo, es joven y piensa como joven y no acuerda de mis consejos. Porque, sabedlo bien, compañeros: todos nosotros, que tuvimos este poder soberano, es manifiesto que no somos los autores de daños tan grandes.

CORIFEO. ¿Qué, pues, rey Darío, hacia dónde diriges el fin de tus palabras? ¿Cómo, después de esto, todavía podríamos, el pueblo persa, alcanzar el mejor éxito posible?

SOMBRA DE DARIO. Si no lleváis la guerra al país de helenos, aunque el ejército medo sea más fuerte; pues la tierra misma es su aliada.

CORIFEO. ¿Qué quieres decirnos con esto? ¿De qué manera es aliada?

SOMBRA DE DARIO. Haciendo morir de hambre a los demasiado numerosos.

CORIFEO. Pero organizaremos un ejército escogido, bien equipado.

SOMBRA DE DARIO. Pero ni el ejército que permanece en la Hélade logrará la salvación del retorno.

CORIFEO. ¿Cómo dices? ¿Todo el ejército de los bárbaros no ha atravesado el estrecho de Hele y dejado Europa?

SOMBRA DE DARIO. Tan sólo unos pocos entre muchos, si hemos de creer en los oráculos de los dioses, mirando lo que ha ocurrido ahora; porque es posible que unos se cumplan y otros no. Y si esto es así, Jerjes deja una multitud escogida de tropas obedeciendo a vanas esperanzas. Se detienen en los lugares donde el Asopo riega la llanura con sus aguas corrientes, querido sustento para la tierra beocia; y allí les aguarda sufrir los supremos males, en expiación de su insolencia y su orgullo impío: ellos que, llegando a tierra helénica, no sintieron vergüenza en profanar las estatuas de los dioses y en incendiar los templos; han desaparecido los altares y han derribado confusamente desde sus cimientos los monumentos funerarios de los héroes. Así, habiendo obrado mal, sufren males no menores, y otros les aguardan; aún no se ha agotado la fuente de sus desgracias, sino que todavía mana abundantemente; tan grande es el borbotón de sangre vertida en el degüello que hacía la lanza dórica en tierra de Platea. Montones de muertos hasta la tercera generación mostraron en silencio a los ojos de los hombres que ningún mortal ha de pensar por encima de la condición humana; porque la insolencia, al florecer,

produce la espiga del error, de donde se siega una cosecha de lágrimas. Viendo estas faltas así castigadas, acordaos de Atenas y de la Hélade, y que nadie, despreciando su actual fortuna para desear otra, eche a perder una gran felicidad. Zeus es el vengador de los pensamientos demasiado soberbios y exige una cuenta severa. Por ello, como a uno que carece de sabiduría, advertirle con vuestras razonables amonestaciones, a fin de que cese de ofender a los dioses con su insolente audacia. Y tú, anciana madre, querida de Jerjes, entra en palacio, saca un atuendo solemne y sal al encuentro de tu hijo; pues en el dolor de sus desgracias, sus brillantes vestidos son por completo unos jirones que cuelgan alrededor de su cuerpo. Tú cálmalo con palabras bondadosas; eres la única, lo sé, cuya voz soportara. Yo vuelvo a las tinieblas subterráneas; y vosotros, ancianos, adiós; a pesar de vuestros males, dad a vuestras almas el gozo cotidiano; porque a los muertos de nada les sirve la riqueza.

(La Sombra de Darío desaparece.)

CORIFEYO. ¡Qué dolor experimento cuando oigo estas desgracias innumerables que en el presente y en el futuro todavía están reservadas a los bárbaros!

REINA. ¡Oh destino, cuanto me afecta conocer de estos males! Pero sobre todo me muerde la calamidad al saber de la vergüenza de vestidos que ahora cubren el cuerpo de mi hijo. Voy, pues, a buscar un atavío en el palacio e intentaré encontrar a mi hijo. Porque no traicionaré en la desgracia a lo que mas quiero.

(Entra en palacio.)

CORO. ¡Oh dioses! ¡Qué grande y hermosa existencia tuvimos en el gobierno de nuestras ciudades, cuando el venerable rey, el magnánimo, el bienhechor, el invencible Darío, igual a los dioses, reinaba en este país!

Primero, mostramos al mundo ejércitos de buena fama, que atacaban las fortalezas según tácticas establecidas; y los regresos de la guerra conducían unos hombres, sin fatiga ni daño, a sus felices hogares.

¡Cuántas ciudades conquistó sin atravesar el río Halís sin dejar el suelo patrio! Tal las ciudades marítimas del golfo estrímónico, que limitan con las aldeas tracias.

Y mas allá de este lago, las que en el continente están circunvaladas de murallas, obedecían también a este príncipe; y las que se gloriaban de su situación alrededor del dilatado estrecho de Hele, y el repliegue profundo de la Propóntide y las bocas del Ponto.

Y las islas bañadas por las olas que, enfrente del promontorio marino, están junto a nuestra tierra, Lesbos, y Samos, plantada de olivos, Quiós, y también Paros, Naxos, Míconos y Andros, vecina pegada a Tenos.

Y mandaba asimismo las que en medio del mar están entre dos orillas, Lemnos, y el país de Ícaro, y Rodas, y Cnído, y las ciudades de Chipre: Pafos, Solí y Salamína, de la cual hoy la metrópoli es causa de nuestros lamentos.

Y en el territorio jónico, las ciudades griegas ricas y populosas conquistadas por su sabiduría, apoyado en la fuerza incansable de sus soldados y la multitud de sus aliados. Pero ahora sufrimos este revés, querido sin duda de los dioses, y estamos domados por los terribles golpes marinos de la guerra.

(Llega Jerjes en su carro, se apea lentamente y se va acercando al coro.)

JERJES. ¡Ah desgraciado de mí! ¡Qué odiosa y tan imprevisible suerte he encontrado! ¡Con qué crueldad el destino se ha cebado en la raza de los persas! ¡Qué será de mí, infeliz! Se abate la fuerza de mis miembros cuando contemplo la edad de los ciudadanos. ¡Oh Zeus! Ojalá también a mí con mis hombres muertos me hubiera sepultado el destino por la parca.

CORIFEO. ¡Otototoí! ¡Oh rey! ¡Ay por vuestro magnífico ejército, y el gran prestigio del imperio persa, y los espléndidos guerreros que hoy ha segado el destino!

CORO. La tierra llora la juventud del país destrozada por Jerjes, hacínador de persas en el Hades. Pasajeros del Hades, miles de hombres, flor de este país, arqueros triunfantes, toda una densa miríada de guerreros ha perecido. ¡Ay, ay, ay, nuestra buena defensa! Y la tierra de Asia, rey de este país, terriblemente, terriblemente ha doblado la rodilla.

JERJES. Soy yo, ¡ay, ay!, lamentable y miserable, que he sido la ruina para mi raza y mi patria.

CORO. Para saludar tu regreso pronunciaré el grito de siniestro augurio, el lamento de infortunio del lloroso mariandino, el alarido bañado en lagrimas.

JERJES. Lanzad dolorosos, quejosos, lúgubres acentos; el destino ahora se ha vuelto contra mí.

CORO. Sí, voy a lanzar gemidos lamentables para deplorar la nueva calamidad y los dolores del desastre marítimo; lloraré por la ciudad, por la raza; haré resonar un lamento

lacrimoso.

JERJES. El Ares de Jonia ha arrebatado nuestros hombres; el Ares . de Jonia, armado de naves, ha inclinado la balanza del otro lado, segando la nocturna llanura y la ribera desdichada.

CORO. ¡Oh, oh! Grita e infórmate de todo. ¿Dónde está la otra muchedumbre de los tuyos? ¿Dónde están los que combatían + a tu lado, Farandaces, Susas, Pelagon, Dótamas y Agdabatas, Psamis y Susiscanes, que dejó Ecbatana?

JERJES. Todos han perecido. Allí los dejé, precipitados de un navío tirio, en las riberas de Salamina, chocando contra una acantilada costa.

CORO. ¡Oh, oh! ¿Dónde está tu Farnuco, y el valiente Ariomardo? ¿Dónde el príncipe Senaces, el noble Lileo, Menfis, Taribis; y Masistras, y Artembares, e Histecmas?

JERJES. ¡Ay, ay de mí! Han visto la antigua, la odiosa Atenas, y todos, de un solo golpe, ¡eh, eh!, miserables, se estremecen en la arena.

CORO. ¿Y aquél que contaba tus persas de diez mil en diez mil, tu ojo siempre fiel, Alpisto, hijo de Batanoco, y los hijos de Sésamas y de Megabatas, y Parto, y el gran Oibares, los has dejado, los has dejado? ¡Oh, oh, desgraciado! Para los persas ilustres anuncias males sobre males.

JERJES. Despiertas en mí, ciertamente, el recuerdo de los valientes compañeros, con tus palabras inolvidables, crueles, más que dolorosas: mi corazón en el pecho grita, grita.

CORO. Y todavía otros echamos de menos: el capitán de diez mil mardos, Jantes, y el belicoso Ancares y Diexis y Arsaces, comandantes de caballería; y Dádaces y Litimnes, y Tolmo, insaciable de batalla; me asusto, asusto de que no sigan tu tienda sobre ruedas.

JERJES. Han desaparecido los que mandaban el ejército.

CORO. Han desaparecido, ay, sin gloria.

JERJES. ¡Ié, ié! ¡lo, lo.

CORO. ¡ló, ió! Los dioses han provocado un desastre inesperado, clarísimo, como los que ve Ate.

JERJES. Somos golpeados para siempre en nuestro destino.

CORO. Somos golpeados, está bien claro.

JERJES. Por un nuevo infortunio, por un nuevo infortunio.

CORO. Por haber encontrado, no felizmente, a los marinos de Jonia. Desgraciado en la guerra es el pueblo de los persas.

JERJES. ¿Cómo no? He sido abatido, infeliz, en mi ejército tan numeroso.

CORO. ¿Qué es lo que no ha perecido? Grande era el poder de los persas.

JERJES. ¿Ves lo que queda de mi séquito?

CORO. Lo veo, lo veo.

JERJES. ¿Y este estuche de flechas?

CORO. ¿Qué dices que has salvado?

JERJES. Este carcaj de dardos.

CORO. Poca cosa comparada con lo mucho que tenías.

JERJES. Hemos perdido los defensores.

CORO. El pueblo de Jonia no rehúye el combate.

JERJES. Demasiado belicoso. Y he contemplado una pena imprevista.

CORO. ¿Quieres decir la derrota de la hueste naval?

JERJES. He desgarrado mis vestidos ante este golpe fatal.

CORO. ¡Ay, ay!

JERJES. Y mucho más que ¡ay!

CORO. Sí, dobles y triples males.

JERJES. Dolor para nosotros, alegría para los enemigos.

CORO. Sí, nuestra fuerza ha sido rota.

JERJES. Estoy desprovisto de escolta.

CORO. Por la derrota naval de los nuestros.

JERJES. Lloro, lloro la pena, y vete hacia palacio.

CORO. ¡Ay, ay! Aflicción, aflicción.

JERJES. Responde a mis gritos con los tuyos.

CORO. Consuelo miserable de miserables a miserables.

JERJES. Gime, poniendo tu canto junto al mío. ¡Ototototi!

CORO. ¡Ototototi! Pesada es esta desgracia y sufro también por ello.

JERJES. Golpea, golpea y laméntate para complacerme.

CORO. Estoy bañado en lágrimas y me lamento.

JERJES. Responde a mis gritos con los tuyos.

CORO. No es posible hacerlo, señor.

JERJES. Levanta la voz con lamentos. ¡Otototoi!

CORO. ¡Otototoi! Y con ellos se mezclarán golpes negros, dolientes.

JERJES. Golpea también tu pecho y lanza el grito misio.

CORO. ¡Aflicción, aflicción!

JERJES. Arrasa el pelo blanco de tu barba.

CORO. Con uñas de sierra, con uñas de sierra, lamentablemente.

JERJES. Lanza gritos agudos.

CORO. También lo haré.

JERJES. Desgarra con tus dedos la ropa que cubre tu pecho.

CORO. ¡Aflicción, aflicción!

JERJES. Arráncate también los cabellos y gime por el ejército.

CORO. Con uñas de sierra, con uñas de sierra, lamentablemente.

JERJES. Empapa tus ojos de lágrimas.

CORO. Estoy empapado de ellas.

JERJES. Responde a mis gritos con los tuyos.

CORO. ¡Ay, ay!

JERJES. Vete gimiendo hacia palacio.

CORO. ¡Ay, ay!

Jerjes. ¡Ay, por la ciudad!

CORO. ¡Ay, sí, sí!

JERJES. Gemid, triste cortejo.

CORO. ¡Ay, ay! ¡Tierra de Persia triste de pisar!

JERJES. ¡Lé! Los que han muerto por nuestras galeazas trirremes!

CORO. Sí, te acompañaré con mis funestos lamentos.

(El rey, acompañado del coro, entra en el palacio.)

LOS SIETE CONTRA TEBAS

PERSONAJES

Eteocles
Un mensajero explorador
Coro de doncellas tebanas
Antígona
Ismena
Un heraldo

La acción se desarrolla en Tebas. La escena representa la acrópolis de Tebas, con altares y estatuas de dioses. Llega Eteocles con un grupo de gente armada.

ETEOCLES. Pueblo de Cadmo, el vigía del bien público en la proa de la ciudad dirigiendo el timón sin dejar cerrar sus ojos por el sueño, ha de decir lo que exige el momento. Pues si alcanzamos éxito, el mérito es de los dioses; pero si, por el contrario, lo que ojalá no ocurra, sucede una desgracia, sólo el nombre de Eteocles correrá por la ciudad cantado por los ciudadanos con himnos increpantes y con lamentos, de los cuales Zeus Preservador sea un nombre veraz para esta ciudad de los cadmeos. Ahora vosotros, el que todavía no alcanza el pleno vigor de la juventud y aquel que ya ha salido de ella por la edad, acrecentando grandemente el empuje del cuerpo y poniendo cada uno la solicitud que conviene, debéis ayudar a la ciudad y a los altares de los dioses de esta tierra para que sus honores nunca sean borrados, y a los hijos y a la Tierra madre, amadísima nodriza; pues ésta en vuestra infancia, cuando os arrastrabais por su suelo bondadoso, aceptando, como hospedera, nota la faniga de vuestra niñez, os crió para que fuerais ciudadanos portadores de escudos, fieles en la presente necesidad. Y ahora, hasta este día, el dios inclina favorable la balanza; pues en todo este tiempo en que estamos sitiados, la guerra, gracias a los dioses, se desarrolla casi siempre bien. Mas ahora, según dice el adivino, pastor de aves, que en sus oídos y en su mente, sin ayuda del fuego, maneja los pájaros proféticos con un arte que no miente, éste, señor de tales augurios, dice que el ataque mayor de los aqueos se decide en un consejo nocturno y va a lanzarse sobre la ciudad. Ea, pues, marchad todos a las almenas y a las puertas de las torres, lanzaos con todas vuestras armas, llenad los parapetos, colocaos en las terrazas de las torres, en las salidas de las puertas, resistid confiadamente y no temáis demasiado la turba de los asaltantes; la divinidad lo acabará todo bien. He enviado vigías y exploradores del ejército, los cuales confío que no harán el camino inútilmente. Una vez los habré oído, no hay miedo de que sea cogido con engaño.

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. Eteocles, nobilísimo señor de los cadmeos, vengo del ejército trayendo de allí noticias ciertas; yo mismo soy testigo de los hechos. Siete guerreros, impetuosos capitanes, degollando un toro en un escudo negro, y mojando sus manos en la

sangre del toro, por Ares, Enio y Terror juraron o destruir y saquear por la violencia esta ciudad de los cadmeos o, muriendo, emparar esta tierra con su sangre. Después colgaron con sus manos en el carro de Adrasto recuerdos suyos para sus padres en las casas, derramando lágrimas; pero ninguna queja había en sus labios, pues su corazón de hierro, inflamado de valennía, respiraba coraje, como leones con ojos llenos de Ares. Y la prueba de esto no se retarda por negligencia: los dejé echando suertes a qué puerta cada uno de ellos, según obtuviera en el sorteo, conduciría sus tropas. Ante esto, coloca como jefes rápidamente a los mejores guerreros escogidos de la ciudad, en las salidas de las puertas; pues cerca ya el ejército argivo, con toda su armadura, avanza, levanta polvo y una espuma blanca mancha la llanura con la baba que sale de los pulmones de los caballos. Tú, como diestro piloto, defiende la ciudad antes de que se desaten las ráfagas de Ares, pues ya grita la ola terrestre del ejército. Aprovecha para ello la circunstancia, lo más pronto posible; yo, en adelante, tendré mis ojos fiel vigía de día, y sabiendo con un relato exacto lo que sucede fuera de las murallas, serás sin daño.

(Se marcha el mensajero.)

ETEOCLES. Oh Zeus, y Tierra, y dioses protectores de la ciudad, y Maldición, Erinis poderosa de un padre; a esta ciudad, al menos, os ruego, no arranquéis de cuajo, enteramente destruida, presa del enemigo a ella que vierte el habla de Grecia, ni a los hogares de sus mansiones. No doméis jamás con los yugos de la esclavitud una tierra libre y una ciudad de Cadmo. Sed nuestra fuerza: creo decir cosas de interés común; pues una ciudad próspera, honra a sus diosas.

(Sale Eteocles y llega el coro de mujeres tebanas que evolucionan en la orquesta.)

CORO. Clamo temibles, grandes males: el ejército avanza. Dejando el campamento fluyen numerosos destacamentos de caballería. El polvo que veo subir al éter me lo confirma, mudo, claro, verídico mensajero. Se ha apoderado de los llanos de mi tierra un ruido de armas, que se acerca, vuela, ruge, como invencible torrente que golpea la montaña. ¡Ay, ay, dioses y diosas! ¡Alejad el mal que nos acomete!

Un griterío por encima de las murallas. El ejército de blancos escudos, dispuesto ya, se lanza rápido contra la ciudad. ¿Quién nos salvará, cuál de los dioses o diosas nos defenderá? ¿Me arrojaré cabe las estatuas de los dioses? ¡Ay, felices, bien firmes en vuestros santuarios! Es el momento de abrazarse a las estatuas. ¿Por qué nos demoramos

gimientes?

¿Oís o no oís estrépito de escudos? ¿Cuándo, si no ahora, presentaremos súplicas de peplos y coronas?

Veo ese estrépito: no es el choque de una sola lanza. ¿Qué vas a hacer? ¿Traicionarás, Ares, antiguo dios indígena, tu tierra? ¿Demon de áureo casco, mira, mira la ciudad que un día te fue tan querida!

Dioses defensores del país, venid todos. Contemplad esta tropa de vírgenes suplicantes que teme la esclavitud. Alrededor de la ciudad una ola de soldados de ondeante penacho muge, empujada por los soplos de Ares. Pero tú, ¡oh Zeus, Zeus!, padre que todo lo cumples, aleja para siempre de enemigos la presa. Pues los argivos están cercando la ciudad de Cadmo, me invade el temor de sus armas de guerra. Entre las quijadas de caballos los frenos proclaman ya matanza. Siete distinguidos capitanes del ejército, blandiendo lanzas impetuosas, avanzan hacia las siete puertas, escogidas a suerte.

¡Oh tú, hija de Zeus, fuerza que ama las batallas, sé nuestra salvadora, Palas! ¡Y tú, jinete soberano, que gobiernas el ponto con tu ingenio, arpón de peces, Posidón, líbranos de estos temores! ¡Y tú, Ares, oh, oh, guarda una ciudad que lleva el nombre de Cadmo, cuidala manifiestamente! Y Cipris, madre antigua de nuestra raza, protégenos, pues hemos nacido de tu sangre, y a ti nos acercamos invocándole con súplicas que imploran tu divinidad. Y tú, príncipe matador de lobos, sé un lobo para la hueste enemiga, vengando mis Sollozos. Y tú, virgen nacida de Leto, prepara bien el arco. ¡Ah, ah! Oigo estruendo de carros en torno a Tebas. ¡Oh, Hera, Señora! Los cubos de las ruedas rechinaron bajo el peso de los ejes. ¡Oh Artemis querida! Sacudido por las lanzas, el éter se enfurece. ¿Qué va a sufrir nuestra ciudad? ¿Qué será de ella? ¿Adónde la llevará finalmente la divinidad?

¡Ah, ah! De lejos alcanza nuestras almenas una lluvia de piedras. ¡Oh querido Apolo! ¡Hay en las puertas un ruido de escudos bronceos! Escúchanos, hija de Zeus, que en la batalla decides el sagrado fin de la guerra. Y tú, reina feliz, Onca, delante de nuestras murallas salva la ciudad de siete puertas.

¡Oh dioses todopoderosos, dioses y diosas, consumados guardianes de las torres de esta tierra, no entreguéis nuestra ciudad, oprimida por las lanzas, a un ejército que habla

otra lengua! Escuchad, escuchad justamente, los ruegos de estas vírgenes que alzan hacia vosotros sus manos. ¡Oh divinidades queridas, que protegéis, salvadores, la ciudad! Mostrad que amáis la ciudad. Pensad en las ofrendas de un pueblo, y pensando en ello, defendedlo. Guardad el recuerdo de las sagradas fiestas de la ciudad, generosas en sacrificios.

(Llega Eteocles indignado por los lamentos de las mujeres.)

ETEOCLES. A vosotros pregunto, insoportables criaturas: ¿es esto lo mejor, salvación para la ciudad y confianza para este ejército encerrado en sus torres, caer sobre las imágenes de los dioses tebanos, gritar, chillar cosas odiosas a los sabios? Ni en la desgracia ni en la agradable prosperidad tenga yo que vivir con la gente mujeril. Pues si triunfa es de una audacia intratable, y si se atemoriza, todavía es un mal peor para la casa y la ciudad. Así ahora, con estas huidas desordenadas por las calles, habéis extendido vociferando la cobardía exánime. Y acrecentáis con mucho la suerte de los de fuera, mientras que desde dentro nos destruimos a nosotros mismos. Tales cosas encuentra uno conviviendo con mujeres. Pero si alguien no obedece sus órdenes, hombre, mujer o el que sea, se decidirá contra él una sentencia de muerte, y no podrá escapar al destino de morir lapidado por el pueblo. Al hombre incumbe, no a la mujer, resolver los asuntos de fuera. Quédate en casa y no hagas daño. ¿Me oíste o no me oíste? ¿O hablo a una sorda?

CORO. ¡Oh querido hijo de Edipo! Tuve miedo al oír el estrépito, el estrépito retumbante de los carros y el chillido de los cubos que hacen girar las ruedas, y los gobernalles insomnes en la boca de los caballos, frenos surgidos de la llama.

ETEOCLES. ¿Qué, pues? ¿Acaso el marinero, huyendo de la popa a la proa, encuentra la maniobra de la salvación, cuando la nave forcejea ante el asalto de la ola marina?

CORO. Yo he venido corriendo a las antiguas estatuas de los dioses, confiando en ellos, cuando el fragor de un funesto alud se ha precipitado contra nuestras puertas, entonces me levanté de miedo para suplicar a los Bienaventurados, que extendieran su protección sobre la ciudad.

ETEOCLES. Rogad que las torres nos protejan de la lanza enemiga. ¿Estas cosas no proceden también de los dioses? Sin embargo, se dice que los dioses de la ciudad tomada, la abandonan.

CORO. Que jamás, mientras yo viva, la abandone esta congregación de dioses, ni vea las calles de esta ciudad invadidas y a la tropa que prende fuego destructor.

ETEOCLES. Mira que invocando a los dioses no resuelvas con daño; pues la obediencia es madre del triunfo salvador, mujer. Así se dice.

CORO. Sí, pero el poder de los dioses es más grande aún. Muchas veces, en medio de males, levanta al impotente de su cruel destino, cuando nubarrones se ciernen sobre sus ojos.

ETEOCLES. Es cosa de hombres ofrecer a los dioses sacrificios y consultas cuando van a hacer frente a los enemigos; lo tuyo es callar y permanecer en casa.

CORO. Gracias a los dioses vivimos una ciudad libre, y nuestras torres nos defienden de una turba enemiga. ¿Qué resentimiento divino puede odiar mis cantos?

ETEOCLES. No me sabe mal que honres al linaje de los dioses. Pero para que no vuelvas a los ciudadanos cobardes, tranquilízane y no te enurbes en exceso.

CORO. Al oír poco ha un confuso estruendo con alarmante temor he llegado a esta ciudadela, asiendo augusno.

ETEOCLES. Ahora, si os llegan nuevas de fallecidos o de heridos, no las recibáis con lamentos. Pues Ares se alimenta de esto: de sangre de hombres.

CORIFEO. Escucho el relinchar de los caballos.

ETEOCLES. Si lo escuchas, no lo escuches demasiado con claridad.

CORIFEO. La ciudad se lamenta del fondo de su suelo, pues es tamos cercados.

ETEOCLES. Sobre estas cosas es suficiente que yo decida.

CORIFEO. Tengo miedo; aumenta el golpeteo en las puertas.

ETEOCLES. ¡Silencio! ¿No dirás nada de esto en la ciudad?

CORIFEO. ¡Oh pléyade de dioses! ¡No abandonéis las torres!

ETEOCLES. ¡Maldición! ¿No soportarás esto en silencio? CORIFEO. Dioses ciudadanos, que no me caiga en suerte la esclavitud.

ETEOCLES. ¡Tú sí que me esclavizas a mí y a toda la ciudad!

CORIFEO. ¡Oh Zeus todopoderoso, vuelve tu dardo contra los enemigos!

ETEOCLES. ¡Oh Zeus, qué linaje nos has regalado con las mujeres!

CORIFEO. Miserable, como los hombres, cuando su ciudad es tomada.

ETEOCLES. ¿Hablas todavía de desgracias, tocando las estatuas de los dioses?

CORIFEEO. Sí, pues a causa del desaliento el terror me arrebató la lengua.

ETEOCLES. Si me concedieras, te lo ruego, un pequeño favor...

CORIFEEO. Puedes decirlo cuanto antes y pronto lo sabré.

ETEOCLES. Calla, desgraciada, no atemorices a los muertos.

CORIFEEO. Ya callo: con los otros sufriré la muerte decretada.

ETEOCLES. Te acepto esta palabra en vez de aquellas. Y además: deja estas estatuas, y pide a los dioses lo más adecuado: que sean nuestros aliados. Ahora atiende mis plegarias y luego tú, a modo de peán, lanza el grito sagrado, grito ritual de los helenos al ofrecer un sacrificio, confianza para los nuestros y terroro para los enemigos. Yo, a los dioses protectores del país, a los del campo y a los guardianes de nuestras plazas, y a las fuentes de Dirce y al agua del Ismene, hago voto, de que, si todo sale bien y la ciudad se salva, los ciudadanos ensangrenarán con ovejas y toros las aras de los dioses, en sacrificio de victoria, y yo con los trofeos de los enemigos, conquistados con la lanza, coronaré las sagradas moradas de los templos. Estas son las súplicas que has de hacer a los dioses, sin complacerte con los lamentos y en estas exclamaciones tan inútiles como salvajes; pues con ello no podrás escapar más a tu destino. Yo iré a colocar en las siete salidas de nuestra muralla a seis guerreros, conmigo como séptimo, remeros poderosos contra el enemigo, antes de que lleguen veloces mensajeros y rumores precipitados, y arda todo por causa de la necesidad.

(Eteocles entra de nuevo en palacio.)

CORO. Lo quiero, pero por pavor no duerme mi corazón, y, vecinas de mi pecho, las angustias inflaman mi temor ante esta tropa que rodea las murallas, como a la vista de serpientes de mortal connubio una paloma temblorosa teme por el nido de sus pequeños. Unos en masa compacta avanzan hacia nuestras torres -¿qué será de mí?-, otros sobre los ciudadanos cercados lanzan agudas piedras. Por todos los medios, dioses hijos de Zeus, salvad al pueblo nacido de Cadmo.

¿Qué tierra mejor que ésta vais a tomar a cambio, si abandonáis a los enemigos esta tierra de hondas glebas y el agua de Dirce, la más nutricia de cuantas bebidas hace brotar Posidón que ciñe la tierra y las hijas de Tetis? De esta forma, oh dioses defensores de esta ciudad, a los de fuera de las murallas enviadles la cobardía, perdición de los hombres, el extravío, que arroja las armas, conceded por el contrario, la gloria a estos ciudadanos, y

salvadores de Tebas permaneced en vuestros hermosos santuarios por el agudo gemido de nuestros ruegos.

Sería desgraciado precipitar así al Hades una ciudad tan antigua, presa servil de la lanza, reducida a frágiles escombros, vergonzosamente destruida por los aqueos según designios divinos; y que sus mujeres privadas de protectores -¡ay, jóvenes y viejas-, fuesen llevadas como yeguas, por sus cabelleras, mientras sus vestidos se desgarran. Grita la ciudad vaciándose, y va a la perdición un botín de profundas voces. Veo venir con temor un pesada carga.

Sería deplorable, antes del rito, hayan de tomar el odioso camino de unas casas que recogen frutos todavía verdes. ¿Qué diré más? Porque los muertos, lo proclamo, tienen un destino mejor que éstas. Muchas, cuando una ciudad es conquistada, son sus desgracias. Uno se lleva a otro, le mata; otros incendian la ciudad y toda ella se mancha de humo. Enloquecido sopla encima, el destructor del pueblo, el que atropella toda pureza, Ares.

Un ronco estrépito cunde por la ciudad, mientras alrededor se extiende una red de torres. El guerrero cae bajo la lanza del guerrero. Vagidos ensangrentados, infantiles, resuenan encima de los pechos nutricos. En todas partes el robo, unido a las persecuciones; el saqueador se encuentra con otro saqueador, y el que está todavía sin botín llama a otro, queriendo tener un cómplice; nadie codicia ni menos ni igual. La razón puede conjeturar lo que vendrá después de esto.

Frutos de todas clases esparcidos por el suelo causan dolor y el ojo de las dispenseras se llena de amargura. Abundantes dones de la tierra en confusa mezcla son arrastrados por torrentes inútiles. Jóvenes cautivas, inexpertas en el sufrimiento, se lamentan al pensar en un lecho prisionero de un hombre afortunado, de un enemigo poderoso, y no les queda otra esperanza que este final nocturno, afrenta acumulada a unos dolores lamentabilísimos.

(Llega el mensajero. Eteocles sale del palacio.)

CORIFEYO. El espía del ejército, según creo, nos trae, amigas, alguna nueva noticia, moviendo con diligencia los cubos de los pies que le conducen. También está aquí el propio monarca, hijo de Edipo, que viene justo a punto para conocer el relato del mensajero. La prisa no deja mover comedidamente sus pies.

MENSAJERO. Puedo decir, sabiendo bien las cosas de los enemigos, qué suerte ha

obtenido cada uno en la asignación de las puertas. Tideo brama ya junto a la puerta de Preto, pero el adivino no le deja atravesar la corriente del Ismeno, pues las víctimas no son favorables. Pero Tideo, enloquecido y ansioso de batalla, grita, como serpiente que silba al sol del mediodía, y lastima al sabio adivino, hijo de Ecleo, con el insulto de halagar cobardemente al destino y la batalla. Y mientras lanza estos gritos, agita tres penachos umbrosos, cabellera del casco, y debajo del escudo las campanillas de bronce hacen resonar el pavor. Y en el mismo escudo lleva un emblema arrogante: un cielo cincelado resplandeciente de estrellas, y en medio se destaca una luna llena brillante, reina de los astros, ojo de la noche. En la locura que le infunde este arrogante arnés, vocifera por las márgenes del Ismeno, mientras aguarda ansioso la llamada de la trompeta. ¿Quién pondrá frente a éste? ¿Quién, cuando caigan los cerrojos, será capaz de defender la puerta de Preto?

ETEOCLES. No hay adorno de guerrero que me atemorice y los emblemas no causan heridas: penachos y campanillas no muerden sin la lanza. Y esa noche sobre el escudo que describes, fulgurante de estrellas celestes, quizá para alguien resultará profética esta locura. Pues si la noche cae sobre sus ojos moribundos, este emblema arrogante tendrá para el que lo lleva una significación exacta y justa: él contra sí mismo habrá profetizado esta insolencia. Yo pondré enfrente de Tideo, como defensor de esa puerta, el prudente hijo de Astaco, de noble raza, que venera el trono del Honor y odia las palabras altisonantes. Opuesto a las acciones vergonzosas, no quiere ser cobarde. Él procede como descendiente de los hombres sembrados que Ares respetó; es un auténtico hijo de nuestra tierra, Melanipo. La batalla lo decide Ares con sus dados; pero es en verdad la Justicia cosanguínea quien le envía para que aleje de su madre nutricia la lanza enemiga.

CORO. Que los dioses concedan la victoria a nuestro campeón, pues justamente se lanza a luchar por la ciudad. Pero tiemblo de ver las muertes sangrientas de aquellos que caerán en defensa de los suyos.

MENSAJERO. A éste los dioses le concedan la buena estrella que deseas. A Capaneo le ha tocado en suerte la puerta Electra: otro gigante mayor que el antes citado, un fanfarrón que no piensa como hombre, y profiere contra las torres amenazas terribles que ojalá el destino no cumpla. Quiéranlo o no los dioses dice que destruirá la ciudad y ni

que descargara la cólera de Zeus sobre la tierra podría pararle. Los relámpagos y las descargas del rayo los comparó a los calores del mediodía. Por emblema tiene un hombre desnudo, que lleva fuego, y en sus manos, como armas, arde una antorcha, y proclama en letras de oro: «Incendiaré la ciudad». Contra este guerrero envía..., pero ¿quién le hará frente? ¿Quién resistirá sin temor a ese hombre arrogante?

ETEOCLES. Esta ganancia engendra otra ganancia. La lengua es un acusador verídico contra los hombres llenos de vana soberbia. Capaneo amenaza, dispuesto a obrar; despreciando a los dioses, ejercitando su boca con necia alegría, envía, simple mortal, al cielo resonante, tempestuosas palabras contra Zeus. Estoy convencido de que con justicia llegará sobre él el rayo que lleva el fuego, que no se parece en nada a los calores del sol del mediodía. Un varón contra él, a pesar de su insolente lenguaje, ha sido designado, el valeroso Polifontes, voluntad ardiente, baluarte de garantía por la benevolencia de Artemis Protectora y de otros dioses. Dime otro guerrero designado por la suerte para otra puerta.

CORO. Muera el hombre que profiere contra la ciudad tan grandes amenazas; que el dardo del rayo le detenga antes de que traspase en mi morada y con su lanza soberbia me arrastre fuera de las alcobas virginales.

MENSAJERO. Te voy a contar ahora, el que ha designado después contra nuestras puertas. Es Eteoclo, el tercer guerrero, para quien una tercera suerte saltó del casco de bello bronce volcado: llevar su tropa a la puerta Neísta. Y hace girar en redondo a sus yeguas que relinchan en sus frontales deseos de haber caído ya sobre la puerta; las muserolas silban un bárbaro sonido, llenas de resuello de los orgullosos ollares. Su escudo lleva un emblema de no modesta condición: hoplita sube por una escalera apoyada a una torre enemiga que quiere derribar. También él grita, en una inscripción, que ni Ares podría arrojarle de los baluartes. Contra ese hombre envía al que sea capaz de alejar de esta ciudad el yugo de la esclavitud.

ETEOCLES. Enviaría ahora a éste, pero con fortuna ha sido ya enviado uno que tiene en sus manos la arrogancia, Megareo, semilla de Creonte, del linaje de los guerreros sembrados, que no retrocederá de las puertas espantado del ruido de los locos relinchos de caballos, sino que o muriendo pagará la crianza a esta tierra o apoderándose de los dos guerreros y de la fortaleza del escudo, adornará con estos despojos la casa paterna. Pasa a

los alardes de otro y no me seas parco de palabras.

CORO. Solicito a los dioses el triunfo para esta parte -¡oh campeón de mi casa!- y para los otros la derrota. Y así, como con mente alocada profieren contra la ciudad fanfarronadas, del mismo modo Zeus Vengador lance sobre ellos una mirada enfurecida.

MENSAJERO. Otro, el cuarto, que ocupa la puerta contigua de Atenea Onca, se acerca gritando: es la figura y la gran talla de Hipomedonte. Al verle blandir una era inmensa -digo el disco de su escudo-, me estremecí, no puedo expresarme de otro modo. El autor que cinceló esa divisa en su escudo no era un artista vulgar: Tifón, que lanza de su boca inflamada una negra humareda, voluble hermana del fuego, y serpientes enlazadas sujetan el reborde extremo del escudo de vientre cóncavo. Él mismo ha lanzado un alarido, y lleno de Ares delira por el combate como una bacante y sus ojos infunden miedo. Hay que guardarse bien del empuje de un tal guerrero: pues el terror ya proclama su arrogancia ante la puerta.

ETEOCLES. Primero Palas Onca, que habita cerca de la ciudad, vecina de esta puerta, odiando la insolencia de este hombre, lo apartará de la nidada como a serpiente horrible. Luego Hiperbio, ilustre hijo de Enope, es el varón escogido contra aquél, deseoso de interrogar al destino en el lance de la necesidad. Es irreprochable en su porte, en su ánimo y en el arreo de las armas. Hermes con razón los juntó: un enemigo se enfrentará con otro enemigo y dioses enemigos chocarán en sus escudos. Pues uno tiene a Tifón que exhala fuego, mientras que para Hiperbio está de pie en su escudo Zeus padre, llameando en sus manos el rayo; y nadie todavía ha visto a Zeus vencido. Tal está ahora distribuida la amistad de los dioses. Nosotros estamos del lado de los vencedores, ellos de los derrotados, si es verdad que Zeus en la batalla es más fuerte que Tifón. Es natural que a los dos contrincantes les suceda lo mismo, y que Hiperbio, de acuerdo con su emblema, encuentre un salvador en el Zeus de su escudo.

CORO. Estoy convencida de que el que lleva sobre su escudo el cuerpo del demon sepultado bajo tierra, odioso enemigo de Zeus, imagen tan aborrecida de los hombres como de los dioses inmortales, caerá de cabeza ante las puertas.

MENSAJERO. Así ocurra. Ahora voy a referirme al quinto, apostado en la quinta puerta, la de Bóreas, junto a la tumba de Anfión, hijo de Zeus. Jura por la lanza que empuña, y que en su presunción venera más que a un dios y por encima de sus ojos,

destruir la ciudad de los cadmeos a despecho de Zeus. Así vocifera este retoño de madre montañesa, hermosa proa, hombre infante: el bozo acaba de extenderse por sus mejillas y tupida barba brota en su adolescencia. Pero su ánimo es cruel, en nada acorde con un nombre de virgen, y avanza con ojo feroz, Partenopeo arcadio. Tal guerrero es un meteco, y quiere pagar a Argos su espléndida crianza; pues parece haber venido no para traficar con la batalla, sino para hacer honor al trayecto de un largo camino. Con todo, no sin jactancia se presenta ante nuestras puertas, pues en el escudo de bronce trabajado, baluarte circular de su cuerpo, agita la afrenta de Tebas, una esfinge carnífera fijada con clavos, brillante figura repujada y que en sus garras lleva un cadmeo, para que sean lanzados contra este hombre muchísimos dardos.

ETEOCLES. ¡Ojalá alcancen de los dioses lo que piensan con sus impías jactancias: así perecerán del todo y miserablemente! También hay para este arcadio del que hablas, un hombre sin jactancia, pero cuyo brazo sabe actuar: Actor, hermano del antes citado. El cual no permitirá que una lengua sin obras fluyendo dentro de las puertas haga crecer desgracias ni que se abra paso a través de las murallas un hombre que lleva la imagen de una odiosísima fiera sobre su enemigo escudo. Su reproche alcanzará al que lo lleva, cuando se encontrará con un esposo martilleo al pie de la ciudad. Si los dioses lo quieren, mis palabras serán verdaderas.

CORO. Tus palabras me llegan al fondo del pecho, los bucles de mis cabellos se levantan erizados, al oír la insolencia de estos arrogantes impíos. ¡Ojalá los dioses los aniquilen en mi tierra!

MENSAJERO. Voy a decir el sexto, el varón más sabio y, más valiente en el combate, el poderoso adivino Anflarao. Colocado delante de la puerta Homoloide, llena de improperios al fuerte Tideo: «Homicida, perturbador de la ciudad, el maestro mayor de los infortunios para Argos, mensajero de Erinis, ministro de Muerte, consejero de estas desgracias para Adrasto.» Después, dirigiendo la mirada hacia tu hermano, el fuerte Polinices, elevando los ojos, y al fin partiendo el nombre en dos, le llama y salen estas palabras de su boca: «¡Ciertamente, tal hazaña es agradable a los dioses y bella de escuchar y de decir a los descendientes: destruir la ciudad de los padres y los dioses de la raza, lanzando contra ellos un ejército extranjero! ¿Con qué derecho vas a restañar la fuente materna? La tierra patria conquistada por tu afán con la lanza, ¿cómo será tu

aliada? Yo, por mi parte, fertilizaré este suelo, adivino sepultado bajo tierra enemiga. Luchemos: no es deshonoroso el destino que espero.» Así habló el adivino, mientras llevaba gravemente su escudo de macizo bronce. Pero no hay emblema en su escudo: pues no quiere parecer el mejor sino serio, cosechando surco profundo en su ánimo, del cual brotan nobles designios. Contra éste te aconsejo que envíes sabios y valientes adversarios. Temible es el que honra a los dioses.

ETEOCLES. ¡Ah, funesto presagio que asoció un hombre justo a los impíos! En toda empresa no hay nada peor que una mala compañía: el fruto no es bueno para cosecharse. Si un hombre piadoso se embarca con marineros ardientes para el crimen, perece con la raza de hombres odiosa a los dioses; o si un justo se une con ciudadanos inhospitalarios que no se acuerdan de los dioses, cae justamente en la misma red y sucumbe a golpes del látigo común del dios. Así ese adivino, digo el hijo de Ecico, prudente, justo, valiente, piadoso, gran profeta, mezclado contra su voluntad, a impíos de boca temeraria, comprometidos en una expedición de difícil regreso, será, si Zeus quiere, arrastrado en la misma red. Creo que ni siquiera atacará nuestras puertas, no porque carezca de valor ni por cobardía de ánimo, sino que sabe cómo ha de morir en la batalla, si los oráculos de Loxias han de llevar su fruto: acostumbra callar o decir lo que conviene. Con todo, contra él colocaremos a otro guerrero, el fuerte Lástenes, guardián de puerta que odia al extranjero; anciano por su mente, tiene, en cambio, un cuerpo joven, ojo rápido y mano presta para alcanzar con la lanza un flanco no protegido junto al escudo. Pero para los mortales el vencer es un don divino.

CORO. Escuchad, dioses, estas justas súplicas, llevarlas a cumplimiento para que se salve la ciudad; girad los males de la guerra sobre nuestros invasores y que Zeus con su rayo los alcance y mate fuera de las murallas.

MENSAJERO. Voy a hablarte del séptimo que viene contra la séptima puerta, de tu propio hermano, y de las desdichas que impreca y pide para la ciudad. Quiere, después de escalar las torres, de ser proclamado rey del país y de haber prorrumpido con un canto de conquista, encontrarse contigo y habiéndose dado muerte morir cerca de ti, si deja vivo al que ha agraviado con la expulsión, castigarle de la misma manera con el destierro. Estas cosas pide el fuerte Polinices, y llama a los dioses gentilicios de la tierra paterna para que vigilen por el total cumplimiento de sus súplicas. Lleva un escudo redondo, recién

forjado, sobre el cual figura un doble emblema: un hombre cincelado en oro, vistoso por sus armas, al que conduce una mujer, guía de mente sensata. Pretende ser justicia, según dicen las letras: «Restituiré este hombre a la patria y volverá a tener su ciudad y la mansión de sus padres». Tales son los emblemas de aquellos: nunca podrás reprocharme por mis relatos. Mas tú sólo decide cómo se ha de pilotar esta ciudad.

(Sale el mensajero.)

ETEOCLES. ¡Oh enloquecido por la divinidad, gran aborrecimiento de los dioses, linaje de Edipo, el mío digno de toda lágrima! ¡Ay de mí! Ahora se cumplen las maldiciones de un padre. Pero no es bueno llorar ni quejarse, no sea que se engendre un lamento más agobiante. Para ese hombre tan bien nombrado, digo, Polinices, pronto sabremos en dónde terminará su emblema: si le devolverán a su patria unas letras de oro cinceladas que fluyen en su escudo con descarrío de la mente. Si la virgen, hija de Zeus, Justicia, estuviera presente en sus acciones y sus pensamientos, quizá esto podría realizarse; pero nunca ni el día que huyó de las tinieblas maternas ni en su crianza, ni al entrar en la adolescencia, ni cuando la barba le esperaba en su mentón, justicia le ha dicho una palabra y le creyó digno de ella; ni creo que ahora, cuando maltrata su tierra patria se ponga a su lado, o sería entonces con razón de r nombre falso, esa justicia aliada a un hombre que a todo se atreve en su ánimo. Con esta confianza yo mismo iré a su encuentro. ¿Qué otro podría actuar con más derecho? Príncipe contra príncipe, hermano contra hermano, enemigo contra enemigo, yo le haré frente. Trae cuanto antes las grebas, protección de la lanza y de las piedras.

CORO. ¡Oh el más querido de los hombres, hijo de Edipo, no seas semejante en cólera al que habla tan horribles palabras! Bastante es que los cadmeos lleguen a las manos con los argivos: pues existe purificación para esta sangre. Pero la muerte mutua de dos hermanos es una mancha que no envejece.

ETEOCLES. Si uno ha de sufrir un mal, que sea sin deshonra; pues es el único provecho entre los muertos; pero los males con deshonra no podrás celebrarlos.

CORO. ¿Qué deseas, hijo? No te arrastre la ceguera llena de cólera al que habla tan horribles palabras! Bastante es que los cadmeos lleguen a las manos con los argivos: pues existe purificación para esta sangre. Pero la muerte mutua de dos hermanos es una mancha que no envejece.

ETEOCLES. Ya que un dios precipita los acontecimientos, que vaya viento en popa hacia la ola del Cocoto, su lote, todo el linaje de Layo, odioso a Febo.

CORO. Un deseo cruel, roedor en exceso, te impulsa a cumplir una matanza de fruto amargo de una sangre no lícita.

ETEOCLES. Es que la odiosa, la negra maldición de un padre, se asienta en mis ojos secos, sin lágrimas, y me dice: «Mejor morir antes que más tarde.»

CORO. Pero tú no te dejes llevar. No te llamarán cobarde si miras por tu vida. La Erinis de negra égida, ¿no saldrá de esta mansión, cuando los dioses acepten una ofrenda de tus manos?

ETEOCLES. Pero los dioses ya no me protegen, sólo les place la ofrenda de mi muerte. ¿Por qué, pues, halagar todavía un destino tan funesto?

CORO. Ahora, al menos, cuando está junto a ti. Porque el demon, con el tiempo, por un cambio de designio, puede mudar y venir con un soplo más clemente. Pero ahora todavía hierve.

ETEOCLES. Lo han hecho hervir las maldiciones de Edipo. Demasiado verídicas eran las visiones de sueños fantasmales que repartían la herencia paterna.

CORIFEO. Escucha a las mujeres, por doloroso que te resulte.

ETEOCLES. Podrías decirme algo que sea posible; pero no ha de ser largo.

CORIFEO. No cojas el camino de la séptima puerta.

ETEOCLES. Estoy afilado y no me embotarás con tu palabra.

CORIFEO. Pero la victoria, incluso sin gloria, los dioses la honran.

ETEOCLES. A un soldado no debe gustar esta palabra.

CORIFEO. Pero ¿quieres segar la sangre de tu propio hermano?

ETEOCLES. Tú no podrás sustraerte a los males cuando los dioses los envían.

(Sale Eteocles.)

CORO. Tengo miedo de que la aniquiladora de estirpes, la divinidad tan diferente de las otras divinidades, la infalible profetisa de desgracias, la Erinis invocada por un padre, dé cumplimiento a las irritadas imprecaciones de Edipo en el extravío de su mente, esta discordia, funesta a sus hijos, la empuja.

Un extranjero reparte las suertes: un cálibo emigrado de Escitia, amargo distribuidor de patrimonios, el hierro de corazón cruel, echando suertes, ha decidido que ocupen tanta

tierra cuanta poseen los muertos, sin parte en las vastas llanuras.

Cuando mueran asesinados, destrozados por sí mismos, y el poder de la tierra haya bebido la cuajada negra sangre de ese crimen, ¿quién podría ofrecer purificaciones, quién los lavará? ¡Oh nuevos dolores de la casa mezclados con antiguas Desgracias!

Hablo de la falta antigua, pronto castigada -pero que permanece hasta esta tercera generación- cuando Layo, rebelde a Apolo, que por tres veces en su oráculo profético, ombligo del mundo, le había declarado que muriera sin hijos si quería salvar a Tebas.

Pero él, vencido por un dulce extravío, engendró su propia muerte, el parricida Edipo, quien sembrando el sagrado campo de su madre, donde se había criado, se atrevió a plantar una raíz sangrienta: un delirio juntó a los esposos insensatos.

Como un mar de males lanza sus olas contra nosotros, si una cae, levanta otra de triple garra, que brama en torno a la popa de la ciudad. En medio se extiende la defensa de un escaso espesor de muralla, y temo que con los reyes sucumba nuestra ciudad.

Porque se cumplen los dolorosos desenlaces de antiguas imprecaciones. La perdición no alcanza a los pobres; pero la prosperidad en exceso, acumulada por hombres afanosos, obliga a arrojar carga de lo alto de la popa.

¿A quién admiraron tanto los dioses, los ciudadanos de Tebas y los hombres todos que alimenta la tierra, como honraron a Edipo cuando quitó de este país al monstruo ladrón de hombres?

Pero después que el mísero conoció su desgraciada boda, atormentado por el dolor, en el delirio de su corazón, realizó un doble mal: con mano parricida se privó de sus ojos más queridos que sus hijos; y contra sus propios hijos, indignado por el mezquino sustento, lanzó, ¡ay, ay!, maldiciones de amarga lengua, y que un día empujando el hierro se partirían la hacienda. Y ahora temo que las cumpla la Erinis de pies rápidos.

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. Tened confianza, hijas criadas por vuestras madres. La ciudad ha escapado del yugo de la esclavitud; han caído al suelo las baladronadas de aquellos hombres arrogantes, y la ciudad en la calma y en los numerosos embates de las olas, no ha hecho agua. Sus murallas la protegen y cubrimos las puertas con campeones capaces de defenderlas en combate singular. La mayor parte de las cosas van bien en las seis puertas; pero en la séptima, el augusto señor del siete, el soberano Apolo, la eligió para sí,

cumpliendo sobre la raza de Edipo los antiguos extravíos de Layo.

CORIFEO. Pero ¿qué suceso nuevo todavía le ha ocurrido a la ciudad?

MENSAJERO. La ciudad se ha salvado, pero los reyes de una misma siembra...

CORIFEO. ¿Quiénes? ¿Qué dices? Enloquezco por miedo a tu palabra.

MENSAJERO. Cálmate ahora, escucha: los hijos de Edipo...

CORIFEO. ¡Ay desgraciada de mí! Soy adivina de estos males.

MENSAJERO. Sin duda alguna, ambos caídos en el polvo...

CORIFEO. ¿Yacen allí? Por cruel que sea, dímelo.

MENSAJERO. Han muerto los varones, derribados por sus propias manos.

CORIFEO. Así se quitaron la vida con fraternas manos.

MENSAJERO. La tierra ha bebido su sangre en la mutua matanza.

CORIFEO. Así el demon les dio a ambos igual destino: la ciudad ha vencido, pero sus príncipes, sus dos caudillos, se han repartido todo su patrimonio con el hierro escita forjado a martillo. Poseerán la tierra que reciban por tumba, arrastrados por las imprecaciones malhadadas de un padre.

(El mensajero sale.)

CORO. ¡Oh gran Zeus y dioses protectores de la ciudad que os habéis dignado salvar las murallas de Cadmo! ¿Me alegro y lanzo el grito de, júbilo en honor del Salvador que ha conservado la ciudad? ¿O lloro a sus capitanes deplorables y desgraciados, privados de hijos, que justificando con razón su nombre «de muchas querellas», perecieron con propósito impío?

¡Qué negra y fatal maldición de la raza de Edipo! Un frío cruel me atenaza el corazón. Entono, cual bacante, para mi tumba una canción, al oír que cuerpos ensangrentados han miserablemente perecido. Es de mal agüero este acorde de la lanza.

Se realizó sin titubeo la maldición salida de la boca paterna: las resoluciones indóciles de Layo han continuado hasta el fin. Una angustia rodea la ciudad: los oráculos no se embotan. ¡Ay, desgraciados príncipes! Habéis conseguido una obra increíble. Han llegado penas aflictivas y no de palabra.

(Se va aproximando el cortejo fúnebre con los cuerpos de Eteocles y Polinices. Sus hermanas Antígona e Ismena asisten también a la ceremonia.)

Es evidente por sí mismo, a la vista está el relato del mensajero: doble angustia,

doble el dolor de estas muertes mutuas, doble lote de sufrimientos consumados. ¿Qué decir? ¿Qué otra cosa que dolores sobre dolores se asientan en esta casa? Arriba, amigas, con el viento de los lamentos, acompañad, golpeando con las manos la cabeza, el ritmo de los remos que siempre a través del Aqueronte hacen cruzar la barca peregrina de negras velas hasta la orilla no pisada por Apolo, privada de sol, hacia la tierra sombría, que a todos acoge.

Pero, aquí estén para un deber amargo, Antígona e Ismena, para el lamento por sus dos hermanas. No hay duda, creo, que de sus bellos pechos, de pliegues profundos, lanzarán un digno dolor. Es justo que, antes que otra voz, nosotras hagamos resonar el lúgubre himno de Erinis, y luego cantemos el odioso peán de Hades.

¡Ay, las más infortunadas de cuantas mujeres ciñen sus vestidos con un cinturón! Lloro, suspiro y no disimulo los gritos agudos que como es justo salen de mi corazón!

(El coro se divide en dos semicoros que se contestan.)

¡Oh, oh, insensatos, incrédulos a vuestras amigas, insaciables de males, que habéis tomado, míseros, la casa paterna por la fuerza!

Míseros, sí, pues encontraron una miserable muerte con afrenta de su casa.

¡Oh, oh, habéis hollado los muros de vuestra casa y, después de haber visto una amarga realenza, estáis ahora reconciliados con el hierro!

Así la augusta Erinis ha cumplido muy verídicamente la maldición del padre Edipo.

Heridos en el siniestro lado, sí, heridos en los costados nacidos de unas mismas entrañas, golpe por golpe dentro de su corazón. ¡Ay, ay, infortunados! ¡Ay, ay, maldiciones que han causado mutuas muertes!

Han atravesado con sus golpes de lado a lado la casa y sus cuerpos con increíble ira, y por el hado de discordia nacido de la imprecación paterna.

Recorre la ciudad un gemido, gimen las murallas, gime el suelo que ama a los varones. Para los venideros quedan estos bienes, por los cuales vino, para los malhadados, la querella y su fatal desenlace.

Se repartieron, insaciables, el patrimonio, y recibieron igual parte. Pero el mediador no está sin reproche para los amigos: Ares no es condescendiente.

Heridos por el hierro, así ambos yacen, heridos por el hierro les espera -quizá alguien diga: ¿qué?- su parte en la tumba paterna.

El lamento de su casa les acompaña, resonante, lacerante, que gime y llora por sí mismo, desolado, no amigo de la dicha, que vierte lágrimas Sin cesar de un corazón que se consume en el llanto por estos dos príncipes.

Puede decirse de estos desgraciados que mucho han hecho por los ciudadanos, y que en la lucha han destrozado las filas de todos los extranjeros.

Infortunada la que los dio a luz, más que todas las mujeres que son llamadas madres. De un hijo que había tomado por esposo los concibió; y así han perecido ambos por manos fratricidas surgidas de una misma semilla.

De la misma semilla, sí, en completa ruina, a causa de una partición sin amor, en una loca disputa, que ha puesto fin a la querella.

Ha cesado el odio, y sobre el suelo ensangrentado sus vidas se mezclan. En verdad son de una misma sangre. Cruel es el árbitro de su discordia, el extranjero del Ponto, el hierro afilado salido de la fragua; y cruel el malvado partidor de riquezas.

Ares, que ha hecho cierta la maldición paterna.

Ya tienen, míseros, la parte que les corresponde de los su frimientos que los dioses envían. Debajo de sus cuerpos habrá una insondable riqueza de tierra.

¡Oh cuántas penas habéis hecho brotar sobre vuestra raza! Al fin las Maldiciones han lanzado el canto agudo del triunfo, después de haber emprendido la raza la huida en una total derrota. Un trofeo de Ate se ha levantado en la puerta en la que se batieron, y vencedor de ambos, descansa el demon.

(El cortejo fúnebre se pone en marcha.)

ANTIGONA. *(Dirigiéndose a Polinices.)* Herido, heriste.

ISMENA. *(Dirigiéndose a Eteocles.)* Tú has muerto habiendo matado.

ANTIGONA. Con lanza mataste.

ISMENA. Con lanza moriste.

ANTIGONA. Desgracias causaste.

ISMENA. Desgracias sufriste.

ANTIGONA. Salid lágrimas.

ISMENA. Salid lamentos.

ANTIGONA. Yaces delante nuestro.

ISMENA. ¡Ay!

ANTIGONA. Mi alma enloquece de gemidos.

ISMENA. En un pecho gime el corazón.

ANTIGONA. ¡Oh tú, digno de todas las lágrimas!

ISMENA. ¡Y tú, también, en todo desgraciado!

ANTIGONA. Has muerto a manos de un hermano.

ISMENA. Y has matado a un hermano.

ANTIGONA. Doble es de decir.

ISMENA. Y doble de ver.

ANTIGONA. En los dolores, unos cerca de los otros.

ISMENA. Y los hermanos junto a los hermanos.

CORO. ¡Oh, Parca, funesta distribuidora de pesares! ¡Sombra augusta de Edipo!
¡Negra Erinis, cuán poderosa eres!

ANTIGONA. ¡Ay!

ISMENA. ¡Ay!

ANTIGONA. Sufrimientos lamentables de contemplar...

ISMENA. ...me mostraste al volver del destierro.

ANTIGONA. Tan pronto llegó, mató.

ISMENA. Se había salvado y expiró.

ANTIGONA. Sí, perdió la vida.

ISMENA. Y la quitó a éste.

ANTIGONA. Deplorable de decir.

ISMENA. Deplorable de ver.

ANTIGONA. Doble penar de igual nombre.

ISMENA. Doble llorar, por triple dolor.

CORIFEEO. ¡Oh Parca, funesta distribuidora de pesares! ¡Sombra augusta de Edipo!
¡Negra Erinis, cuán poderosa eres!

ANTIGONA. Tú la conoces por haberla experimentado.

ISMENA. Y tú no has tardado en conocerla.

ANTIGONA. Cuando regresaste a la ciudad.

ISMENA. Y enfrentaste tu lanza a la de éste.

ANTIGONA. ¡Miserable raza!

ISMENA. ¡Afligida de miserias!

ANTIGONA. ¡Ay, pena!

ISMENA. ¡Ay, desgracias!

ANTIGONA. Para la casa y el país.

ISMENA. Y ante todo para mí.

ANTIGONA. ¡Ay, ay, soberano de lamentos y miserias!

ISMENA. ¡Ay, de todos el más digno de compasión!

ANTIGONA E ISMENA. ¡Ay, poseídos de Ate!

ANTIGONA. ¡Ay, ay! ¿En qué lugar de la tierra les daremos sepultura?

ISMENA. ¡Ay! Donde sea más grande el honor.

ANTIGONA E ISMENA. ¡Ay, ay! Su desventura reposará al lado de su padre.

(El cortejo sale muy despacio de la orquesta. Llega un mensajero.)

MENSAJERO. Debo pregonar las decisiones tomadas por los magistrados populares de esta ciudad cadmea. A Eteocles, que aquí veis, han acordado a causa de su amor al país, sepultarlo en amorosa fosa de tierra; pues odiando al enemigo ha preferido la muerte en su ciudad, y siendo puro y sin reproche hacia los templos de nuestros padres, ha muerto donde es hermoso morir para los jóvenes. Así se me ha ordenado hablar acerca de éste. En cuanto al otro cadáver, el de su hermano Polinices, han resuelto que sea arrojado fuera, sin sepultura, presa para los sabuesos, pues habría sido el devastador del país de los cadmeos, si un dios no hubiera obstaculizado su lanza. Incluso muerto, conservará la mancha de su falta contra los dioses ancestrales, a los que ha ofendido lanzando contra Tebas un ejército extranjero para tomarla. Se ha decidido, pues, que reciba su castigo siendo enterrado ignominiosamente por las aves aladas, y que nadie le acompañe para apilar su tumba, ni le honre con cantos agudos de lamentos; y que sea privado del honor del cortejo fúnebre de los suyos. Tal es lo que ha decretado el nuevo poder de los cadmeos.

ANTIGONA. Pero yo digo a los gobernantes cadmeos: si nadie quiere ayudarme a sepultar a éste, yo lo sepultaré y asumiré el peligro de enterrar a mi hermano, sin avergonzarme de ser desobediente y rebelde para con la ciudad. Es terrible la común entraña de que nacimos, hijos de una madre desgraciada y de un padre mísero. Así, alma mía, participa de manera voluntaria de los males con el que ya no tiene voluntad, siendo

viva para el que está muerto con corazón fraterno. Su carne, no, los hambrientos lobos no la devorarán; que nadie lo piense. Pues un sepulcro y un enterramiento yo, aunque soy mujer, se los proporcionaré, llevándole en los pliegues de mi peplo de lino. Y yo sola lo cubriré. Que nadie piense lo contrario. Algún expediente eficaz ayudará a mi audacia.

MENSAJERO. Te prevengo que no hagas esta afrenta a la ciudad.

ANTIGONA. Te prevengo que no me hagas discursos inútiles.

MENSAJERO. Sin embargo, es duro un pueblo que ha escapado de un desastre.

ANTIGONA. Tan duro como quieras, pero éste no quedará sin sepultar.

MENSAJERO. ¿Al que odia la ciudad, tú le honrarás con una sepultura?

ANTIGONA. ¿Los dioses no le han concedido ya su parte de honor?

MENSAJERO. Sí, hasta el día en que ha arrojado el peligro a este país.

ANTIGONA. Ha sufrido males y con males ha contestado.

MENSAJERO. Pues su lucha ha sido contra todos, en vez de contra uno.

ANTIGONA. La Discordia es la diosa que tiene la última palabra. Yo le enterraré: no hables más.

MENSAJERO. Tú, obra por propia voluntad; yo te lo prohíbo.

CORIFEO. ¡Ay, ay! ¡Oh altaneras, destructoras de las familias, Erinis de la Muerte, que habéis aniquilado de raíz el linaje de Edipo! ¿Qué sufriré? ¿Qué haré? ¿Qué decidiré? ¿Cómo tendré valor para no llorarte ni acompañarte hasta la tumba?

Pero siento espanto y desisto por miedo a estos ciudadanos. Tú, al menos, tendrás muchos que por ti se afligirán; pero aquél, infortunado, se irá sin lamentos y sólo tendrá por canto fúnebre las lágrimas de una hermana. ¿Quién podría creerlo?

PRIMER SEMICORO. (*Con Antígona.*) Que la ciudad castigue o no castigue a los que lloran a Polinices, nosotras iremos y con Antígona le acompañaremos y enterraremos. Este duelo es común a toda la raza, y la ciudad alaba ya esto, ya aquello como justo.

SEGUNDO SEMICORO. (*Con Ismena.*) Y nosotras iremos con éste, como la ciudad y lo justo a la vez lo alaban, porque, después de los Felices y del poder de Zeus, éste es el que salvó la ciudad de los cadmeos para que no volcara y fuera del todo sumergida por la ola de los bárbaros.

LOS SUPLICANTES

PERSONAJES

DÁNAO, padre de los Danoides

Pelasgo, rey de Argos

Mensajero de los hijos de Egipto

Coro de las hijas de Dánao

La acción se desarrolla en la playa cerca de Argos. Al fondo de la orquesta hay una loma con las estatuas de Zeus, Posidón, Héracles Y Apolo.

CORIFEO. Que Zeus, defensor de los suplicantes, quiera mirar lleno de benevolencia a nuestra gente que, en una nave, marchó de la desembocadura del Nilo de fina arena. Habiendo dejado la tierra de Zeus, frontera con Siria, andamos errantes; no que un voto de la ciudad nos haya condenado al destierro por sangre vertida, sino que, en nuestra repugnancia instintiva por el hombre, detestamos las bodas de los hijos de Egipto y su impía locura.

Dánao, nuestro padre, consejero y guía de nuestra decisión, pensando todas las jugadas, se ha decidido por la más gloriosa de las desgracias: huir, veloz, a través de las olas saladas y abordar a la tierra de Argos de donde ha surgido nuestra raza, que se pavonea de haber nacido de la ternera hostigada por el revoloteo del tábano, bajo los efectos del contacto y del soplo de Zeus. ¿A qué país mejor preparado que éste podríamos llegar, con estos brazos suplicantes, con estos ramos ceñidos de lana? Que esta ciudad, su tierra y sus aguas límpidas, que los dioses celestes y los pesados vengadores subterráneos que habitan las tumbas, y Zeus Salvador en tercer lugar, guardián de a los hogares de los justos, acepten como suplicantes a este grupo de mujeres en el espíritu reverente del país;

y antes que este enjambre insolente de hombres, los hijos de Egipto, pise esta tierra cenagosa, echadlos al mar con su veloz nave; y entonces, en un torbellino de azotadora tempestad, en medio del trueno, del rayo y de los vientos cargados de lluvia, enfrentados con un mar salvaje, perezcan antes de apoderarse de las hijas de un tío y subir, a pesar de la ley que lo prohíbe, en tálamos que los rechazan.

CORO. Y ahora llamo al protector más allá el mar, al ternero :' nacido de Zeus que, de un soplo, lo hizo nacer de la ternera, nuestra antepasada que se alimentaba de flores; con el contacto que le dio su nombre puso un justo fin al tiempo reservado a las Parcas, y dio a luz a Épafo.

A éste invocando hoy y recordando las desgracias que mi antigua madre padeció en estos lugares en donde pacía, enseñaré de mis ascendientes pruebas fidedignas que, aunque inesperadas, aparecerán claras a los habitantes de este país; a la larga se reconocerá la verdad.

Y si hay cerca de aquí algún indígena que sepa interpretar el canto de las aves, al percibir mis lamentos creará oír la voz de la esposa de Tereo, lastimosa en sus pensamientos, la voz del ruiseñor que persigue el gavián.

Arrojada de su hogar de antaño, llora la nostalgia de sus lugares acostumbrados, y compone el canto de la muerte de su hijo, cómo sucumbió bajo los golpes de su propia mano, víctima de la cólera de una mala madre.

Así también yo me recreo en lamentarme a la manera jónica, desgarrando mi tierna mejilla tostada al sol del Nilo y mi corazón inexperto en lágrimas. Acumulo sollozos, anhelante de amigos, preguntándome si alguien se preocupa de mi destierro lejos de una tierra caliginosa.

¡Ah dioses de nuestra raza, que sabéis dónde está la justicia, escuchadnos! Si no dais pleno cumplimiento porque es contra el Destino, al menos, vosotros que detestáis prontamente la violencia, sed justos con estas bodas. Incluso para los fugitivos destrozados por una guerra es un refugio contra la desgracia el altar donde reside la majestad de los dioses.

¡Ojalá el fin fuera del todo y verdaderamente feliz! La voluntad de Zeus no es fácil de cazar; pero, por todas partes resplandece, incluso en la lúgubre noche del destino, para la estirpe de los mortales.

Cae siempre segura y no de espaldas, si Zeus decide en su cólera el cumplimiento de una cosa; los caminos de su pensamiento se extienden confusos, sombríos, indescifrables a toda mirada.

Él precipita a los mortales de las altas torres de sus esperanzas a su perdición, pero sin armarse de violencia; todo es fácil para un dios. Su mente, desde lo alto del cielo, ejecuta todos sus designios sin moverse de su sagrado sitio.

Que gire sus ojos hacia la insolencia humana, tal como retoña floreciente en el tronco con obstinados pensamientos a causa de nuestras bodas, aguijoneada por un irresistible delirio, y que reconozca el engaño de Ate.

Tales son los tristes infortunios que digo en mis cantos agudos, sordos, bañados en lágrimas, ¡ié, ié! y lamentos semejantes a cantos fúnebres; viva me honro con mis gemidos.

Séme propicia, tierra montañosa de Apis. ¿Entiendes bien, oh tierra, mi acento bárbaro? Muchas veces mi mano se abate, con un desgarramiento de lino, sobre mi velo sidonio.

Hacia los dioses corren sacrificios expiatorios para obtener la salud, cuando la muerte se cierna encima. ¡iló, ió, ió! Vientos inciertos, ¿hacia dónde nos llevará esta ola?

Séme propicia, tierra montañosa de Apis. ¿Entiendes bien, oh tierra, mi acento bárbaro? Muchas veces mi mano se abate, con un desgarramiento de lino, sobre mi velo sidonio.

Cierto que el remo y la casa de madera, ceñida de cuerdas, que protege del mar, me han guiado aquí sin tempestad con ayuda de los vientos. No me quejo. Pero el Padre que todo le ve ponga, en su tiempo, término favorable a mi infortunio.

Que el gran germen de una augusta madre logre huir del lecho de los varones, ¡ay virgen indómita!

Y que la casta hija de Zeus, correspondiendo a mi petición, deje caer sobre mí de su rostro augusto una mirada salvadera. Que con todo su poder, indignada de esta persecución, libre, ella que es virgen, a otra virgen.

Que el gran germen de una augusta madre logre huir del lecho de los varones, ¡ay virgen indómita!

De lo contrario, negra raza tostada por los rayos del sol, iremos, con nuestros ramos

suplicantes, al dios subterráneo, a Zeus hospitalario de los muertos y moriremos colgadas si no nos logramos alcanzar a los dioses olímpicos.

¡Ah Zeus, es a lo, ¡oh! que persigue esta escudriñadora ira de los dioses. Demasiado conozco el triunfo de una mujer sobre todo el cielo. Es terrible el viento de donde sopla la tempestad.

Y entonces Zeus recurrirá a relatos no justos, por haber despreciado al hijo de la ternera, al que él mismo en otro tiempo engendró, y ahora tiene los ojos apartados de nuestras plegarias. ¡Que desde lo alto de los cielos escuche la voz que le llama!

¡Ah Zeus, es a lo, ¡oh! que persigue esta investigadora ira de los dioses. Demasiado conozco el triunfo de una mujer sobre todo el cielo. Es terrible el viento de donde sopla la tempestad.

(Dánao, que durante el canto del coro, ha subido a una loma, observa el horizonte. Luego desciende y se dirige a sus hijas.)

DÁNAO. Hijas, es preciso ser juiciosas. Habéis llegado aquí gracias a la prudencia de este piloto, vuestro viejo progenitor, en quien confiáis. Y ahora que estamos en tierra firme os animo, con la misma solicitud, a que guardéis bien gravadas mis palabras. Veo una polvareda, muda mensajera de un ejército. Los cubos de las ruedas no callan, empujados por los ejes. Contemplo una tropa, bajo escudo y blandiendo la lanza, con caballos y carros encurvados. Quizá son jefes de esta tierra que, enterados por alguna noticia, vienen a observarnos. Pero ya sea propicio, o esté inflamado por una cólera feroz aquel que conduce el ímpetu de este escuadrón, es mejor, en todo caso, oh hijas, que os sentéis en la colina de los dioses agonales. Más fuerte que una torre es un altar, escudo indestructible. Pero apresuraos y teniendo piadosamente en vuestro brazo izquierdo ramos de suplicantes adornados de blanco lino, ornato de Zeus venerable, responded a los extranjeros con palabras respetuosas, doloridas y vehementes, como conviene a recién llegados, diciéndoles claramente que vuestro destierro está limpio de sangre. Ante todo que el atrevimiento no acompañe a vuestra voz; que ninguna vanidad, en vuestras caras de frente modesta, salga de vuestra mirada tranquila. No seas precipitada en el hablar ni prolija: la gente de aquí es muy sensible. Acuérdate de ceder: eres una extranjera, una desterrada en la necesidad. Un lenguaje altanero no conviene a los débiles.

CORIFEEO. Padre, hablas juiciosamente a juiciosos: procuraré recordar tus sabios

avisos. Pero que Zeus progenitor nos mire.

DÁNAO. Sí, que nos mire con ojo clemente.

CORIFEO. Si él lo desea, todo acabará bien.

DÁNAO. Ahora no te demores, y que triunfe mi plan

CORO. Quisiera ya estar sentada cerca de ti. (*Dirigiéndose a los altares.*) Oh Zeus, ten compasión de nuestras desgracias, antes de que hayamos perecido.

DÁNAO. Invocad también a este hijo de Zeus.

CORIFEO. Invoco a los rayos salvadores del Sol.

DÁNAO. Y también al puro Apolo, dios desterrado del cielo.

CORIFEO. Conociendo este destino, puede compadecerse de los mortales.

DÁNAO. Sí, que nos compadezca y nos asista benévolo.

CORIFEO. ¿A qué divinidad invoco todavía?

DÁNAO. Veo aquí un tridente, atributo de un dios.

CORIFEO. Como nos ha guiado bien, que nos acoja bien en esta tierra.

DÁNAO. Hay también este Hermes según las leyes helénicas.

CORIFEO. Que nos anuncie, pues, un feliz mensaje de libertad.

DÁNAO. Venerad el altar común de todos estos dioses; sentaos en este lugar sagrado, como una bandada de palomas que huyen de gavilanes del mismo plumaje, de enemigos de la misma sangre que quieren mandar la propia raza. ¿Cómo permanecería puro el pájaro que come carne de pájaro? ¿Y cómo sería puro el que quiere casarse en contra de la voluntad de la mujer y del padre de ella? No, ni en el Hades. Una vez muerto, escaparía a la inculpación de lujuria, si realizara tales cosas; todavía hay allí, según dicen, otros Zeus que, sobre todas las faltas, pronuncia entre los difuntos la suprema sentencia. Sed discretas y responded en este sentido, si queréis que triunfe vuestra causa.

(*Llega el rey acompañado de una escolta armada.*)

REY. ¿De dónde viene esta gente en traje no helénico, ataviada con ropas y cintas bárbaras, a la que nos dirigimos? Pues el vestido no es de Argólida ni de ningún país helénico. Mas me admira el que os hayáis atrevido, osadas, a venir a este país, sin mensajeros, ni patronos, ni guías. Es verdad que, según costumbre de los suplicantes, tenéis ramos puestos junto a las estatuas de los dioses agonales; sólo en esto la tierra

griega concuerda con la conjetura. Y sería justo hacer muchas otras suposiciones, si tú, que estás presente, no tuvieras la palabra para explicarlo.

CORIFEO. En cuanto a nuestro adorno no es falso lo que has dicho. Pero yo, dirigiéndome a ti, ¿a quién hablo? ¿A un ciudadano? ¿A un mensajero que lleva el bastón sagrado? ¿O al jefe de la ciudad?

REY. En lo que respecta a esto contéstame y habla confiadamente. Yo soy el hijo de Paleton, nacido de la Tierra, Pelasgo, jefe supremo de este país; y de mí, su rey, ha tomado con razón su nombre el pueblo de los pelasgos, que cultiva esta tierra. Soy dueño de toda la comarca que atraviesa el puro Estrimón, al lado del sol poniente; confino con la tierra de los perrebos, y el país que está más allá del Pindo, tocando a Peonia, y las montañas de Dódona hasta donde el mar corta mi frontera. Todo lo que está dentro de estos límites lo domino. Y esta llanura del país de Apis se llama así desde antiguo en memoria de un héroe sanador. Pues Apis, procedente del otro lado del golfo de Naupacto, profeta hijo de Apolo, limpia este país de monstruos homicidas, azote que la Tierra, infectada por las manchas de antiguas sangres, en su ira soltó, serpientes pululantes, funesta compañía. Apis, aplicando irrefragablemente a la tierra de Argos remedios decisivos, nos liberó de estos males y en recompensa mereció el recuerdo en nuestras súplicas. Y ahora que ya tienes mis señas, declara de qué linaje te ufanas y explícate. Con todo, un largo discurso no es grato a la ciudad.

CORIFEO. Breve y clara será la contestación: nos gloriamos de ser de raza argiva y simiente de una ternera prolífica. Y toda esta verdad la confirmaré si hablo.

REY. Increíbles son a mis oídos, extranjeras, estas palabras: no sé cómo puede ser argiva vuestra raza. Os parecéis más bien a mujeres libias, pero en manera alguna a las nuestras. Todavía el Nilo podría alimentar tal planta. Y el tipo chipriota, que en los moldes femeninos acuñan los artífices masculinos, es semejante al vuestro. He oído hablar también de los indios nómadas que cabalgan en sillas con respaldo sobre camellos a través de las regiones vecinas a Etiopía; y de las Amazonas, sin maridos, que comen carne cruda. Si llevarais arcos, os habría tomado por ellas. Pero enseñame; que entienda mejor que tu estirpe y tu sangre son argivas.

CORIFEO. ¿No dicen que en otro tiempo existió en este país de Argos una guardiana del templo de Hera, lo?

REY. Sí, así es, es un rumor bien confirmado.

CORIFEEO. ¿Un relato no dice también que Zeus se unió con ella, aunque mortal?

REY. Y estos abrazos no escaparon a Hera.

CORIFEEO. ¿Y cómo acabaron estas disputas reales?

REY. La diosa de Argos transformó la mujer en ternera.

CORIFEEO. ¿Y Zeus no se acercó todavía a la ternera cornuda?

REY. Así dicen, bajo forma de un toro semental.

CORIFEEO. ¿Qué hizo entonces la poderosa esposa de Zeus? REY. Junto a la ternera puso de guardián al que todo lo ve.

CORIFEEO. ¿Qué omnividente boyero de una sola ternera quieres decir?

REY. Argos, hijo de la Tierra, que fue muerto por Hermes.

CORIFEEO. ¿Qué otra cosa inventó, pues, contra la infeliz ternera?

REY. Un insecto que persigue y agujonea los bueyes.

CORIFEEO. Las gentes cercanas al Nilo lo llaman tábano.

REY. Así pues, la arroja de esta tierra en una larga carrera. Corifeo. También en esto has hablado en todo de acuerdo con migo.

REY. Y por fin llegó ella a Canobo y a Menfis.

CORIFEEO. Y allí Zeus la toca con la mano y hace nacer una estirpe.

REY. ¿Qué becerro, hijo de Zeus, se gloria de la ternera?

CORIFEEO. Épafo, cuyo nombre verídico recuerda la liberación de Io.

REY. Y de Épafo, ¿quién desciende?

CORIFEEO. Libia, que recoge fruto de la parte mayor de la Tierra. REY. ¿Y qué otro vástago dices que ha nacido de ella?

CORIFEEO. Belo, que tuvo dos hijos y fue padre de este mi padre. REY. Dime ahora el nombre de este hombre sabio.

CORIFEEO. Dánao, y tiene un hermano, padre de cincuenta hijos.

REY. Dime también su nombre con palabras altruistas.

CORIFEEO. Egipto. Y ahora que conoces mi antiguo linaje, trata como argivo al grupo que tienes delante.

REY. Parecéis, en efecto, tener parte desde antiguo en nuestra tierra. Pero ¿cómo habéis osado a dejar las mansiones paternas? ¿Qué destino ha caído sobre vosotras?

CORIFEO. Rey de los pelagos, los males humanos son cambiantes: no podría ser jamás igual el ala del infortunio. Pues ¿quién habría pensado que esta huida inesperada llevaría al puerto de Argos a un pariente indígena desde antiguo, y lo conduciría espantado por el odio del tálamo nupcial?

REY. ¿Qué vienes a pedir de estos dioses agonales con estos ramos recién cortados, adornados de blanco?

CORIFEO. Que no sea esclava de la raza de Épafo.

REY. ¿A causa del odio, o hablas de algo injusto?

CORIFEO. ¿Quién apreciaría a los señores que ha de comprar?

REY. Así se aumenta para los mortales su fuerza.

CORIFEO. Y también un remedio fácil para los malaventurados.

REY. ¿Cómo puedo yo, pues, testimoniaros mi piedad?

CORIFEO. No devolviéndome a los hijos de Egipto si me reclaman.

REY. Grave es lo que dices: es provocar una guerra.

CORIFEO. Pero la justicia es aliada de los que luchan con ella.

REY. Si desde los inicios estaba de vuestro lado.

CORIFEO. Respeta la pompa de la ciudad adornada con estas ofrendas.

REY. Me estremezco al ver estos altares sombreados por estos ramos.

CORIFEO. Terrible es también la ira de Zeus Suplicante.

CORO. Hijo de Palecton, rey de los pelagos, óyeme con corazón benévolo. Mira a esta suplicante, una errática fugitiva, como una ternera que perseguida por el lobo trepa a las rocas es carpadas, y allí, segura de defenderse, muge contando al boyero sus cuitas.

REY. Veo, a la sombra de ramos recién cortados, un grupo nuevo delante de los dioses de la ciudad. Que la causa de estos ciudadanos extranjeros no traiga ningún mal ni, de improviso, surja para la ciudad una disputa inesperada, porque Argos no la necesita.

CORO. Que Temis Suplicante, hija de Zeus, que reparte los destinos, mire este destierro para que no sea pesado. Y tú, a pesar de tu edad y sabiduría, aprende de uno más joven: respetando al suplicante prosperarás. Pues los dioses reciben de buen grado las ofrendas que proceden de un hombre puro.

REY. Vosotras no suplicáis sentadas en mi morada. Si es la ciudad en común que está manchada, que todo el pueblo se ocupe en conseguir remedios. Yo, por mi parte, no

podría hacerte promesas antes de haber comunicado estas cosas a todos los ciudadanos.

CORO. Tú eres la ciudad, tú el pueblo. Soberano irresponsable, tú eres el dueño del altar, hogar del país. Los únicos sufragios son los movimientos de tu cabeza, el único cetro, el que tienes en tu mano. Tú todo lo decides, guárdate de un sacrilegio.

REY. El sacrilegio sea para mis enemigos. Pero yo no puedo ir en vuestra ayuda sin daño. Sin embargo, es desagradable despreciar vuestras súplicas. No sé qué conducta seguir; tengo, miedo de obrar, de no obrar y de tentar el Destino.

CORO. Dirige tu mirada hacia el que vigila desde lo alto, guardián de los mortales desgraciados que, suplicando a sus prójimos, no obtienen la justicia de la ley. La cólera de Zeus Suplicante aguarda a los que son incommovibles a los lamentos del que padece.

REY Si los hijos de Egipto tienen poder sobre ti, por la ley de tu ciudad, alegando que son los más próximos parientes, ¿quién querría oponerse a ellos? Es preciso defender que según las leyes de tu país no tienen ningún poder sobre ti.

CORO. Que no esté yo nunca sometida al yugo de los hombres. Bajo los astros me aplico un remedio contra unos casamientos odiosos: la huida. Toma la Justicia por aliada y juzga según el respeto debido a los dioses.

REY. No es fácil la decisión; no me escojas por juez. Antes te lo dije: sin el pueblo no obraría así por potestad que tenga. Que nunca pueda decirme el pueblo, si alguna vez ocurre algún mal: «Por honrar a unos extranjeros has perdido la ciudad.»

CORO. Consanguíneo de las dos partes, contempla este debate Zeus imparcial, él que, con razón, asigna la injusticia a los malos, la piedad a los que observan las leyes. Si todo se pesa con equidad, ¿por qué te duele hacer lo justo?

REY. Es necesario un profundo pensamiento salvador, un ojo penetrante y no turbado por el vino que descienda al abismo, como un buzo, para que el asunto no atraiga, en primer lugar, tribulaciones para la ciudad, y para uno mismo acabe felizmente. Es decir, que no se apodere de Argos una lucha de represalias, y que yo entregándoos así postradas ante los altares de los dioses, no consiga de compañero al dios de la ruina, al pesado vengador que ni en el Hades libera al difunto. ¿No te parece, pues, que es necesario un pensamiento salvador?

CORO. Piensa, pues, y sé para nosotras, como es de justicia, un patrono piadoso. No traiciones a la fugitiva que un exilio impío ha arrojado de un país lejano.

No quieras verme arrancada de este santuario consagrado a tantos dioses, oh tú, dueño absoluto de este país; reconoce la insolencia de los varones y guárdate de la ira que conoces.

No consentas ver a la suplicante, a despecho de la justicia, arrastrada lejos de las imágenes de los dioses, como un caballo, por las cintas, y unas manos coger mis velos de espeso tejido.

Porque, has de saber que, obres como obres, tus hijos y tu casa deberán pagar un día a Ares la estricta justicia. Reflexiónalo: el poder de Zeus es el de la justicia.

REY. He reflexionado. Aquí encalla mi nave. O contra unos o contra otros es completa necesidad provocar una dura guerra, y el casco de la nave está clavado en el escollo como si lo hubieran levantado con ayuda de cabrestantes navales. Sin dolor no hay desenlace posible. Saqueadas las riquezas de una casa, se pueden adquirir otras de más valor que las pérdidas y volver a completar la carga por voluntad de Zeus, protector de los bienes; una lengua ha lanzado flechas inoportunas que remueven dolorosamente el corazón: una palabra puede ser el bálsamo de otra. Pero para impedir que se vierta de sangre humana es necesario hacer sacrificios e inmolar muchas víctimas a muchos dioses, remedio contra la desgracia. O yo me equivoco mucho sobre esta disputa. Pero prefiero ser patán que profeta de desgracias. Que todo acabe bien contra mi opinión.

CORIFEO. Escucha el fin de tantas palabras suplicantes.

REY Escucho, habla; no se me escapará.

CORIFEO. Tengo lazos y cinturones para sostener mis vestidos.

REY. Sin duda son objetos apropiados a la indumentaria femenina.

CORIFEO. Pues sabe que de ellos espero un hermoso recurso.

REY. Explícame qué significan estas palabras tuyas.

CORIFEO. Si no ofreces a esta gente una promesa...

REY ¿Qué vas a realizar con ayuda de los ceñidores?

CORIFEO. Adornar estas imágenes con ofrendas insólitas.

REY Estas palabras son enigmáticas; habla claramente.

CORIFEO. Colgarnos lo más rápidamente posible de estos dioses.

REY. He oído una palabra que me flagela el corazón.

CORIFEO. Has comprendido; te he abierto los ojos.

REY Sí, por todas partes obstáculos invencibles. Una multitud de , males como un río, avanza sobre mí: me he sumergido en este mar de ruina, sin fondo, infranqueable, y en ninguna parte hay un puerto para estos males. Porque, si yo no llevo a cabo vuestra petición, no puedo alcanzar con mi arco la mancha que evocas. Y si, por otra parte, contra tus parientes, los hijos de Egipto, de pie delante de las murallas, llego a la decisión de un combate, ¿no es una pérdida cruel que unos hombres, a causa de las mujeres, ensangrenten la llanura? Sin embargo, me urge respetar la ira de Zeus Suplicante: entre los mortales, es el temor supremo. Así pues, tú, anciano, padre de estas vírgenes, toma al instante estos ramos en tus brazos y colócalos sobre otros altares de nuestros dioses patrios, para que todos los ciudadanos vean esta señal de tu súplica y no profieran alguna palabra contra mí: porque el pueblo gusta de criticar a los que gobiernan. Y quizás al ver estas cosas surja la compasión: el pueblo odiará la insolencia del conjunto masculino y estará mejor dispuesto para con vosotros. Porque todo el mundo se inclina benevolamente los débiles.

DÁNAO. Es para nosotros un bien muy grande haber encontrado un patrón que respeta al suplicante. Pero hazme acompañar de guardias y guías indígenas para que me ayuden a encontrar los altares colocados delante de los templos de los dioses de la ciudad y sus moradas hospitalarias, y podamos avanzar con seguridad a través de la ciudad. La naturaleza nos ha dado rasgos diferentes: el Nilo y el Inaco no alimentan razas semejantes. Vigila que la osadía no provoque temor: más de uno ha muerto a un amigo por ignorancia.

REY. Id, guardianes; el extranjero tiene razón. Guiadlo a los altares de la ciudad, morada de nuestros dioses. Y a los que encontréis, decidles, sin extenderos, que conduciís a un marino, suplicante de nuestros dioses.

(Dánao se marcha en dirección a la ciudad en compañía de unos guardias.)

CORIFEEO. Has hablado a mi progenitos y puede marchar con tus instrucciones. Pero yo, ¿qué haré? ¿En dónde me ofreces una seguridad?

REY Deja aquí tus ramos, símbolo de tus penas.

CORIFEEO. Los dejo confiando en tu brazo y en tus palabras.

REY. Ahora pasa a la parte llana del recinto sagrado.

CORIFEEO. ¿Y cómo podría defenderme la parte abierta a todos?

REY No queremos entregarte a las aves de presa.

CORIFEO. Pero ¿sí me entregas a monstruos más odiosos que crueles serpientes?

REY A palabras favorables responde con palabras confiadas.

CORIFEO. No es de extrañar que seamos pesadas a causa del temor del corazón.

REY. Siempre el miedo ha sido improcedente en reyes.

CORIFEO. Tú, pues, reconforta mi corazón con palabras y obras.

REY Tu padre no te dejará sola mucho tiempo. Yo voy a reunir a la gente del país, para disponer a tu favor la comunidad, y enseñaré a tu padre lo que debe decir. Quédate, pues, aquí, y en tus oraciones pide a los dioses del país lo que deseas obtener. Yo voy a ocuparme de todo esto. Que la Persuasión me acompañe y la Fortuna eficaz.

(El rey sale con su tropa.)

CORO. Rey de reyes, bienaventurado entre los bienaventurados, poder soberano entre los poderes, feliz Zeus, óyenos, aleja airado de tu raza la insolencia masculina, y en el mar purpúreo precipita la fatal negra nave.

Propicio a la causa de las mujeres, mira nuestro antiguo linaje; renueva la gozosa leyenda de nuestra abuela que fue querida. Acuérdate, tú que tocaste a lo. Nos honramos de ser linaje de Zeus y de esta tierra emigramos.

Una antigua huella me lleva a los lugares en donde mi madre, bajo la mirada del guardián, pacía las flores, en la pradera nutritora de bueyes. De allí, lo, agitada por el tábano, huye aturdida a través de muchos pueblos diversos, y cruzando, por orden del destino, el estrecho encrespado, pasa los límites de los dos continentes opuestos. Se lanza a través de Asia, de un extremo a otro de Frigia, criadora de corderos, pasa la ciudad misia de Teutras y los valles de Lidia, y precipitada a través de las montañas de Cilicia y Panfilia, alcanza los ríos inagotables, el país de opulencia, la ilustre tierra de Afrodita, fértil en trigo.

Pero, acosada siempre por el dardo del boyero alado, llega al i sagrado recinto de Zeus, rico en frutos de todas clases, el prado alimentado por las nieves y asaltado por el furor de Tifón, y a las aguas intactas del Nilo, enloquecida por los ignominiosos trabajos y los dolores causados por el agujón de Hera.

Los mortales que vivían entonces en esta región palidieron de espanto y sus corazones palpitaron delante de un espectáculo inusitado, al ver una bestia repulsiva,

mezclada de ser humano, en parte ternera, en parte mujer, y quedaron atónitos ante el prodigio.

Pero entonces, ¿quién fue el que curó a la errante y miserable lo, agujoneada por el tábano?

El que gobierna por tiempo infinito, Zeus la libró de sus males con su fuerza salutífera y su soplo divino, y ella destila el doloroso pudor de las lágrimas. Pero el germen recibido de Zeus, según un relato verídico, dio a luz a un hijo irreprochable.

Un hijo feliz por mucho tiempo. De donde toda la tierra pregona. «Un hijo, fuente de vida, es en verdad linaje de Zeus.» Pues ¿quién habría hecho cesar un delirio querido por Hera? Obra es de Zeus. Y quien dice que esta raza es hija de Épafo, lo acierta.

¿A qué dios podría invocar con más razón por sus justas acciones? Él es nuestro padre, que con su propia mano nos ha plantado, soberano, antiguo en sabiduría, gran artífice de nuestra raza, remedio universal, dios de los vientos propicios, Zeus.

No sometido al dominio de nadie, dirige lo más débil siendo el poder más grande. Nadie tiene el trono más alto, que él adora desde abajo. Así está su obra, su palabra ordena realizar lo que en la mente su espíritu lleva. (*Llega Dánao.*)

DÁNAO. Tened confianza, hijas; todo va bien en la ciudad. El pueblo ha votado un decreto decisivo.

CORIFEO. ¡Salve, oh anciano que anuncias noticias tan buenas! Pero cuéntanos hacia dónde se ha confirmado la decisión, de qué manera ha prevalecido la poderosa mano del pueblo.

DÁNAO. Los argivos han votado no de una manera dudosa, sino para rejuvenecer mi viejo corazón. Porque el éter se ha erizado de las manos levantadas de todo el pueblo que ha sancionado estas palabras: «Nosotros tendremos la residencia en este país, libres, sin rescate y con derecho de asilo contra todo mortal; nadie, ni habitante ni bárbaro, podrá llevársenos; y si alguien acude a la fuerza, el terrateniente que no nos ayude será privado de sus derechos de ciudadano y desterrada por sentencia del pueblo.» Tal es la resolución que les ha animado, en defensa nuestra, el rey de los pelasgos, invitando a la ciudad a no hacer crecer en el futuro la terrible ira de Zeus, y evocando la doble mancha, nacional y extranjera, que aparecería contra la ciudad, monstruo indomable, alimentado de dolor. Al escuchar estas palabras, las manos del pueblo de Argos, sin esperar al

mensajero, han decretado estas cosas. El pueblo pelásgico ha escuchado las razones persuasivas de una arenga, pero Zeus ha llevado a cabo la decisión.

CORIFEYO. ¡Ea! Invoquemos sobre los argivos bendiciones como premio a sus beneficios. Y Zeus Hospitalario se digne dar en verdad a los honores de una boca bárbara un cumplimiento del todo irreprochable.

CORO. Ahora que los dioses, hijos de Zeus, nos escuchen mientras derramamos votos sobre esta raza. Que nunca prenda fuego a la tierra pelásgica el ardiente Ares, que detiene con sus gritos las danzas y siega los hombres en campos ajenos.

Pues han tenido piedad de nosotras, han dado un voto favorable, respetando los suplicantes de Zeus en este rebaño no envidiable. No han votado con los hombres, despreciando la causa de las mujeres; han puesto los ojos en el vengador de Zeus, vigilante, incombustible, el cual ¿qué casa tendré sobre el tejado manchándolo? Pesado se posa encima de ella.

Honran su misma sangre en estos suplicantes de Zeus santo; por ello con altares puros agradarán a los dioses.

Que a la sombra de estos ramos vuele, pues, de nuestra boca una súplica deseosa de su gloria. Que nunca la peste vacíe de hombres la ciudad, ni el bárbaro tiña de sangre de cuerpos indígenas la llanura de su tierra.

Que la flor de la juventud no sea segada, ni que el amante de Afrodita, Ares, azote de los humanos, la tronche en capullo.

Que resplandezcan llenos de ofrendas los altares cabe los cuales se reúnen los ancianos, así la ciudad prospere en el respeto a Zeus poderoso, hospitalario en grado sumo, que con ancestral ley rige el destino.

Os pedimos que nuevos nacimientos sin cesar proporcionen protectores al país, y que Artemis Hecate vigile el alumbramiento de las mujeres.

Que ningún azote mortífero venga sobre esta ciudad destruyéndola, armando a Ares, enemigo de danzas y cítaras, engendrador de lágrimas, y suscite los clamores de la guerra civil.

Que el enjambre doloroso de las enfermedades se coloque lejos de la cabeza de los ciudadanos, y Apolo Liceo sea propicio a todos sus niños.

Haga Zeus que la tierra tributé su fruto en abundancia de todo el año, que las ovejas

que pacen sus campos sean fecundas, y que todo florezca bajo el favor de los dioses.

Que sobre los altares los rapsodas pongan un canto de buena suerte, y que de labios puros salga la voz amante de la cítara.

Que guarde impertérrito sus honores el Consejo soberano de la ciudad, poder previsor que atiende al bien común. Y a los bárbaros, antes de amar a Ares, premien, sin dolores, satisfacciones reguladas por tratados. Y a los dioses protectores del país siempre den, coronados de laureles, los honores de las hecatombes ancestrales; pues el respeto a los padres es la tercera ley escrita en el libro de la Justicia, divinidad supremamente venerable.

(Dánao sube al altozano y desde allí observa el mar. Después se gira hacia sus hijas.)

DÁNAO. Alabo estas peticiones sensatas, hijas; pero vosotras no os turbéis al oír de vuestro padre una nueva inesperada. Desde esta atalaya asilo de suplicantes, diviso la nave. Es fácil de distinguir: no se me oculta ni el aparejo de las velas, ni las empavesadas, ni la proa que con sus ojos mira el camino a seguir, obediente al timón que la dirige desde la popa, demasiado obediente para aquellos a los que no es amiga. Es posible ver a los marinos con sus miembros negros que salen de las túnicas blancas, y son bien visibles las otras naves y toda la tropa auxiliar. La nave capitana, junto a la costa, ha amainado y rema poderosamente. Pero hay que mirar hacia el horizonte con calma y prudencia y no descuidar estos dioses. Yo, habiendo tomado defensores y abogados, volveré. Quizá venga un mensajero o una embajada queriendo llevaros y cogeros por derecho de rescate. Pero nada de esto acontecerá; no les temáis. Sin embargo, es mejor, por si nos demoramos en el auxilio, que no olvidéis en ningún momento este asilo. ¡Ánimo! Con el tiempo, en el día fijado, todo mortal que desprecia a los dioses recibirá su castigo.

CORIFEO. Padre, estoy asustado; las naves ¡cuán veloces se aproximan! No hay en medio ningún plazo largo de tiempo.

CORO. Un miedo terrible se apodera de mí; ciertamente, ¿de qué me ha servido la huida por tantos caminos? Padre, estoy muerta de espanto.

DÁNAO. Puesto que el voto de los argivos es irrevocable, hija, ten confianza. Ellos combatirán por ti, lo sé bien.

CORIFEO. Es una maldición la voraz estirpe de Egipto, insaciable de combates, y

hablo al que lo sabe.

CORO. Han logrado en su odio surcar el mar en naves bien en sambladas de rostro sombrío, con un numeroso ejército negro.

DÁNAO. Más numerosos son los que aquí encontrarán, con brazos bien curtidos al sol del mediodía.

CORIFEO. No me dejes sola, padre, te lo pido; una mujer sola, nada es. Ares no habita en ella.

CORO. Llenos de pensamientos criminales de pérfidos designios, con impuros corazones, ellos, como cuervos, no se preocupan de los altares.

DÁNAO. Sería para nosotros muy conveniente, hija, si se hicieran odiosos de ti y de los dioses.

CORIFEO. Pero no será por temor de estos tridentes y de la majestad de los dioses que retirarán las manos de nosotras, padre.

CORO. Orgullosos sin límite, devoradores con audacia impía, perros sin vergüenza, están sordos a la voz de los dioses.

DÁNAO. Pero hay un proverbio: los lobos son más fuertes que los perros; y el fruto del papiro no gobierna a la espiga.

CORIFEO. Como tienen también instintos de fieras lujuriosas y salvajes, hay que guardarse de caer en su poder.

DÁNAO. No es tan veloz el apresto de un ejército naval ni el amarre: hay que conducir a tierra los cables salvadores e incluso una vez echada el áncora los jefes de flota no se muestran confiados en seguida, máxime cuando llegan a un país sin puerto, a la hora en que el sol declina hacia la noche: la noche acostumbra ser causa de angustia para el piloto juicioso. Así, el desembarco de un ejército no podría realizarse bien, si la nave no se asegura antes con el anclaje. Pero tú piensa que por el miedo no te olvides de los dioses. Yo me apresuraré en volver habiendo conseguido ayuda. La ciudad no se lamentará del mensajero: es ya anciano, pero joven de espíritu y bien hablado.

(Dánao se marcha en dirección a la ciudad)

CORO. ¡Oh, tierra montañosa, justa veneración nuestra! ¿Qué será de nosotras? ¿Adónde huiremos en este país de Apis, si es que hay en algún lugar un escondrijo sombrío? ¡Ojalá me transformara en un negro humo vecino de las negras nubes de Zeus y

desapareciendo del todo, como polvo en vuelo sin alas, muriese!

Mi alma no deja de estremecerse y mi corazón, ennegrecido, palpita. Los barruntos de mi padre me han impresionado y estoy muerta de miedo. Quisiera hallar el destino en un lazo colgada, antes de que un hombre maldito tocara mi piel. ¡Que muera, mejor, con Hades por señor!

¿En qué lugar del éter podría tener un asiento, allí donde la humedad de las nubes se cambia en nieve? ¿O una roca desnuda, abandonada de cabras, inaccesible, solitaria, colgada en el vacío, nido de buitres, que me asegura una caída profunda, antes que sufrir, contra mi corazón, unas bodas desgarradoras?

Entonces, no lo niego, sería presa de los perros, festín de las aves del lugar. Pues morir libera de males miserables; venga el destino antes que el tálamo nupcial. ¿Qué otra senda fugitiva puedo trazar, para escapar del matrimonio?

Eleva tu voz aguda hasta el cielo invocando a los dioses y a las diosas. Pero ¿cómo se cumplirán estas súplicas? Echa sobre nosotras, padre, una mirada liberadora, combativo, mira la violencia con ojos no amigos, como es justo. Respeta a tus suplicantes, señor de la tierra, todopoderoso Zeus.

Pues la raza de Egipto, insolencia intolerable, acosándonos en carrera varonil, con clamores injuriosos, anhela coger violentamente a esta fugitiva. Pero sólo tú tienes el astil de la balanza. ¿Qué pueden los mortales llevar a cabo sin ti?

(Ven a lo lejos una tropa egipcia y aumenta su desasosiego.)

¡Oh, oh, oh, ah, ah, ah! He aquí a nuestro raptor que sale de la nave, que llega a tierra. Ojalá perezcas antes, raptor.

Pronuncio un grito de angustia. Veo el prelude de los violentos trabajos que me aguardan. ¡Ah, ah! Huye hacia el refugio. El terror triunfa insoportable, en tierra en mar. Señor del país, protégenos.

(Corren hacia los altares. Llega un mensajero egipcio con tropa armada.)

MENSAJERO. Rápido, rápido, hacia la galeota, con toda la celeridad de vuestras piernas. Si no, si no, habrá cabellos arrancados, arrancados, y marcas con hierro candente, y cabezas cortadas en un sangriento degüello. Rápido, rápido, a la nave.

CORO. Ojalá en medio del curso impetuoso de la ruta marina hubieras perecido con la insolencia de tus amos y la nave de fuertes clavijas.

MENSAJERO. Sangrante te hago ir al barco si no te vas veloz de aquí. Yo te aconsejo: cede a la fuerza, renuncia a la obstinación, a la ofuscación. ¡Eh, eh! Levántate del asiento y rápido ves a bordo. No respeto al que está sin ciudad.

CORO. Que nunca más vuelva a ver las que hacen crecer y fluir en los mortales la sangre que da la vida.

MENSAJERO. De allí soy yo, de noble cuna, de rancia nobleza. Pero tú irás al barco, al barco, veloz. Quieras o no quieras. Por la fuerza, por la fuerza, adelante contigo. Ahora arriba, que no sufrirás nada malo si mueres por nuestras manos.

CORO. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay! Así perecieras violentamente en el sagrado recinto marino, errante, a merced de los celestes vientos, alrededor del promontorio arenoso de Sarpedón.

MENSAJERO. Grita, vocifera, calma a los dioses; tú no saltarás la borda de la nave egipcia, por más que des salida muy amargamente a tus lamentos.

CORO. ¡Ay ay! Que salvajemente ladrando al país como un perro, alardeas lleno de vanagloria. Que el gran Nilo que ve tu insolencia aparte tu inaudita soberbia.

MENSAJERO. Te ordeno ir lo más velozmente posible hacia la galeota de buenos flancos. Que nadie se demore. El arrastramiento no respeta los rizos.

CORO. ¡Ay, ay!, padre, el refugio del altar es una mentira. Me arrastra al mar como una araña, paso a paso, un espectro, un espectro negro. ¡Otototoi! madre Tierra, madre Tierra, aparta el grito terrible. ¡Oh padre, hijo de la Tierra, Zeus!

MENSAJERO. No, yo no tengo miedo de los dioses de aquí, ellos no me han criado ni han alimentado mi vejez.

CORO. Hacia mí salta la serpiente bípeda. Como una víbora me amenaza. Lo que me libra de ella, ¿me libraré de su mordedura?

¡Otototoi! madre Tierra, madre Tierra, aparta el grito terrible. ¡Oh, padre, hijo de la Tierra, Zeus!

MENSAJERO. Si no vienes a la nave siguiendo mi mandato, el desgarramiento no compadecerá el trabajo de tu túnica.

CORO. Estamos perdidas. Señor, sufrimos tratos impíos.

MENSAJERO. Pronto veréis a muchos señores, los hijos de Egipto. Confiad, no hallaréis la anarquía.

CORO. ¡Ah, jefes, gobernantes de este país, soy sometida a la fuerza!

MENSAJERO. Parece que os habré de arrancar de aquí, arrastrar por los cabellos, ya que no escucháis con atención a mis palabras.

(En el momento que los soldados se disponen a arrastrar a las suplicantes, aparece el rey del país con sus tropas.)

REY. ¡Eh! Tú, ¿qué haces? ¿Con qué osadía ultrajas esta tierra de los pelagos? ¿O crees haber llegado a una ciudad de mujeres?

Por ser bárbaro eres demasiado osado para con los helenos.

Habiendo errado mucho nada acertaste con inteligencia.

MENSAJERO. ¿Qué falta he cometido contra la justicia?

REY En primer lugar, no sabes ser extranjero.

MENSAJERO. ¿Cómo no? ¿Encontrando lo que había perdido?

REY ¿A qué patronos del país te has dirigido?

MENSAJERO. Al más grande de los patronos, a Hermes, dios de los que buscan.

REY Dirigiéndote a los dioses no tienes ningún respeto por ellos.

MENSAJERO. Yo venero a las divinidades del Nilo. REY Y las de aquí nada son, según cuentas.

MENSAJERO. Me llevaré a estas mujeres, si alguien no me las arrebatara.

REY. Llorarás, si las tocas, y no tardarás mucho tiempo.

MENSAJERO. Oigo unas palabras en nada hospitalarias.

REY No considero por huéspedes a los que despojan a los dioses.

MENSAJERO. Iré a contarlo a los hijos de Egipto.

REY. Esto no va a atemorizar mi corazón.

MENSAJERO. Pero, para saber y comunicar más claramente las cosas -pues conviene que un mensajero lo anuncie con exactitud todo-, ¿cómo me expresaré? ¿Quién diré, al llegar, que me ha quitado el grupo de primas? Estos pleitos no los juzga Ares sirviéndose de testimonios: una disputa la ha resuelto por un ajuste con dinero; antes hay muchas pérdidas humanas, muchas vidas segadas.

REY. ¿Por qué debo decirte cómo me llamo? Con el tiempo lo sabrás tú y tus compañeros. En cuanto a estas mujeres, con su beneplácito podrás llevártelas, si las convence una piadosa razón. Un voto unánime del pueblo argivo lo ha decidido sin apelación: nunca entregaré por la violencia a un grupo de mujeres. El clavo está

claramente sujeto de parte a parte, de suerte que permanecerá inquebrantable. No se trata de palabras conservadas en tablillas, ni selladas en los pliegues de un papiro: oyes con claridad el lenguaje de una boca libre. Y ahora desaparece lo más rápidamente posible de mi vista.

MENSAJERO. Sabe que desde ahora provocas una guerra incierta. ¡Que sean la victoria y el poder para los varones!

REY. De hombres también encontrarás en este país y que no beben vino de cebada.

(El mensajero se retira. El rey se dirige al coro.)

Y vosotras todas, con vuestras sirvientas, tened confianza y entrad en nuestra bien cercada ciudad, protegida por el elevado aparejo de sus torres. De casas hay allí muchas propiedad del pueblo -yo mismo me la he construido con mano generosa- en donde hay estancias dispuestas para alojaros con otros muchos; pero si os place más, podéis habitar en casas para vosotras solas. Sois libres de escoger lo que os sea más ventajoso y placentero. Yo soy vuestro protector y todos los ciudadanos, cuya decisión se cumple ya. ¿Aguardas acaso patronos más soberanos que éstos?

CORIFEEO. Que por estos regalos seas colmado de bienes, divino rey de los pelasgos. Benévolo, envíanos aquí a nuestro padre, el denodado Dánao, providente y mentor. Pues primeramente que decida él en dónde debemos alojarnos y qué lugar es el más adecuado: todo el mundo está pronto a lanzar reproches a los que hablan otra lengua. Ocurra lo mejor conservando nuestra reputación y sin palabras airadas por j parte del pueblo de esta ciudad.

(El rey se marcha.) Colocaos en vuestro sitio, queridas siervas, en el mismo orden en que Dánao nos asignó a cada una la criada como dote.

(Llega Dánao con hombres armados.)

DÁNAO. Hijas mías, hay que ofrecer a los argivos, oraciones, sacrificios y libaciones, como a unos dioses del Olimpo, porque han sido salvadores sin vacilar. Así han escuchado el relato .j de los acontecimientos con el amor que se tiene por los parientes y la indignación que merecen vuestros primos. Y han asignado a mi persona esta escolta de hombres armados, para que tenga mi privilegio de honor y para que no muera de manera inesperada e imprevista por un golpe fatal de lanza y venga sobre este país un peso eterno. A cambio de tales servicios, si nuestra alma está bien gobernada, debemos

honrarlos de una manera más digna. Y ahora, junto a las numerosas . lecciones de humildad inscritas en vosotras por vuestro padre, escribiréis ésta: una compañía desconocida se prueba con el tiempo; todos, en el caso de un bárbaro, tienen una lengua pronta, y es fácil decir una palabra que puede manchar. Así os exhorto a no avergonzarme, ya que poseéis esta edad que atrae la mirada de los hombres.

El tierno fruto maduro es difícil de guardar: las bestias se afanan como los hombres, ¿cómo no?, las fieras aladas y las que pisan la tierra. Cipris proclama los cuerpos llenos de savia, invitando al amor a coger la flor de la juventud. Sobre la delicada belleza de las vírgenes, todo el que pasa, vencido por el deseo, lanza el dardo encantador de sus ojos. Procurad que no suframos tal destino, que hemos evitado a costa de muchos trabajos y surcando con nuestra quilla una gran extensión de mar; no consigamos una vergüenza para nosotros mismos y un placer para mis enemigos. Alojamiento lo tenemos doble: uno lo ofrece Pelasgo, otro la ciudad, para vivir sin alquiler. Todo nos lo facilitan. Guarda sólo estos consejos paternos, honrando más la honestidad que la vida.

CORIFEO. Por lo demás, que nos sean propicios los dioses olímpicos; pero en cuanto a mi belleza, confía, padre. Porque, si los dioses no han decidido nada nuevo, no me desviaré del camino que hasta ahora ha seguido mi corazón.

(Dánao se va. Sus hijas se preparan para seguirlo.)

CORO. Venid y celebremos a los dioses bienaventurados, señores de Argos, los que protegen la ciudad y los que habitan cabe las corrientes del antiguo Erásino. Responded a nuestro canto, compañeras. Reciba nuestra alabanza esta ciudad de los pelasgos, no honremos con nuestros himnos las bocas del Nilo, sino a los ríos que, a través del país, derraman, prolíficos, sus aguas tranquilas y con fértiles riegos nutren el suelo de esta tierra.

Que la casta Artemis lance sobre nuestro grupo una mirada compasiva y que Cítereas no nos imponga a la fuerza unos matrimonios. Este premio sea para los que odio.

SIRVIENTAS. Nuestro canto piadoso no descuida a Cipris: pues con Hera es casi tan Poderosa como Zeus. Diosa de la astucia, es honrada por sus obras augustas. Junto a ella, asociada a su madre, están el Deseo y la encantadora Persuasión, a quien nada resiste. También Harmonía ha recibido su parte en el lote de Afrodita, y el cuchicheante juego de mores.

Para las fugitivas temo de antemano grandes tempestades, crueles dolores y guerras sangrientas. ¿Por qué han tenido ellos una travesía favorable para las rápidas persecuciones? Lo que está marcado por el destino, ocurrirá. No se puede pasar más allá de la mente de Zeus, augusta, inaccesible. Como tantas otras mujeres antes que tú, tu destino puede ser el tálamo nupcial.

CORO. Que el gran Zeus retire de mí las bodas de la estirpe de Egipto.

SIRVIENTAS. Con todo, esto sería lo más sensato.

CORO. Tú tratas de seducir lo inseducible.

SIRVIENTAS. Y tú desconoces el futuro.

CORO. ¿Por qué debo yo bucear en el pensamiento de Zeus, un abismo insondable?

SIRVIENTAS. Suplica con palabra moderada.

CORO. ¿Qué justa medida me enseñas?

SIRVIENTAS. No escudriñes con excesiva curiosidad los asuntos de los dioses.

CORO. Que el soberano Zeus me libre de un casamiento detestable, odioso, como liberó a lo, acabando sus sufrimientos con mano sanadora y haciéndole una saludable violencia.

Que otorgue el éxito a las mujeres: me resigno con la parte mejor del mal y con dos tercios de la suerte; y siga al proceso una sentencia justa, de acuerdo con mis súplicas, por los caminos de salvación que tiene la divinidad.

PROMETEO ENCADENADO

PERSONAJES

Fuerza y Violencia, criados de Zeus

Hefesto, dios del fuego, hijo de Zeus

Prometeo, hijo de la diosa Temis

Océano, divinidad

Io, hija de Inaco

Hermes, mensajero de los dioses

Coro de Oceánides

La escena representa una región montañosa, en los confines del mundo, cerca del mar. Llegan Fuerza y Violencia, traen prisionero a Prometeo. Les sigue Hefesto con sus herramientas de herrero. Se disponen a clavar al titán en una escarpada roca.

FUERZA. Hemos alcanzado la región extrema de la tierra, el rincón escítico, en un desierto nunca hollado. Hefesto, a ti te concierne cumplir las órdenes que te dio tu padre, en estas abruptas rocas sujetar a este malhechor con grilletes irrompibles y vínculos de acero. Porque robando tu flor, el resplandor del fuego, origen de todas las artes, se la entregó a los hombres. Ha de pagar la pena a los dioses por una falta como ésta, para que aprenda a soportar la tiranía de Zeus y renunciar a sus sentimientos humanitarios.

HEFESTO. Fuerza y Violencia, para vosotros se ha cumplido ya el mandato de Zeus y

nada os retiene ya. Pero yo no me atrevo a atar a un dios hermano en esta sima tormentosa. Sin embargo, es incontestablemente necesario tener coraje para ello:

es cosa grave no cumplir las palabras de un padre. (A Prometeo.) De Temis, la consejera, hijo de elevados pensamientos, contra tu voluntad y la mía voy a clavarte con indisolubles lazos de bronce a esta roca inhóspita, en donde no verás ni la voz ni la figura de un mortal, sino que quemado por la resplandeciente llama del sol, cambiarás la flor de tu piel; con alegría para ti, la noche con su manto estrellado ocultará la luz y el sol disipará de nuevo la escarcha del alba; pero siempre te abrumará la carga del mal presente, pues todavía no ha nacido tu libertador. Esto has ganado con tus sentimientos humanitarios. Tú, un dios que no te acoquinas ante la cólera de los dioses, has otorgado, más allá de lo justo, unos honores a los mortales; por esto montarás en esta roca una guardia ingrata, de pie, sin dormir ni doblar la rodilla. Lanzarás muchos lamentos y gemidos inútiles, pues el corazón de Zeus es inflexible. Un nuevo señor siempre es duro.

FUERZA. Vamos, ¿por qué te demoras y te apiadas en vano? ¿Por' qué no aborreces al dios más odioso de los dioses, que ha, entregado a los mortales tu privilegio?

HEFESTO. El parentesco es muy fuerte, y la amistad.

FUERZA. Lo concedo. Pero desobedecer las palabras de un padre ¿cómo es posible? ¿No temes esto más?

HEFESTO. Tú siempre eres cruel y lleno de audacia.

FUERZA. Ningún remedio proporcionará el llorar por ése; no t3 canses en un trabajo inútil.

HEFESTO. ¡Oh oficio muy odiado por mí!

FUERZA. ¿Por qué lo odias? De los males presentes, ciertamente no tiene culpa alguna tu oficio.

HEFESTO. Sin embargo, ojalá hubiera tocado a otro.

FUERZA. Todo es enojoso, salvo mandar sobre los dioses; porque nadie es libre excepto Zeus.

HEFESTO. Lo sé, y nada puedo responder a esto.

FUERZA. ¿No te apresuras, pues, en rodearle de cadenas, para que el padre no te vea remiso?

HEFESTO. Pueden verse ya en sus manos las manillas.

FUERZA. Cíñeselas a los brazos y con toda tu fuerza golpea con el martillo y clávalo en las rocas.

HEFESTO. El trabajo ya se termina y no en vano.

FUERZA. Golpea más, aprieta, nada dejes flojo; pues es capaz de encontrar alguna salida, incluso de lo impracticable.

HEFESTO. Este codo, al menos, está fijo y es difícil que le suelte.

FUERZA. Ahora clávale en medio del pecho, bien fuerte, la dura mandíbula de una cuña de acero.

HEFESTO. ¡Ay, ay, Prometeo, gimo por tus penas!

FUERZA. ¿Vacilas y lloras por los enemigos de Zeus? Vigila no sea que un día te compadezcas a ti mismo.

HEFESTO. Ves un espectáculo horrible de ver.

FUERZA. Veo que ése tiene lo que merece. Mas échale a los costados las bridas.

HEFESTO. Es mi obligación hacerlo, no me lo mandes con tanta insistencia.

FUERZA. Pues te ordenaré y además te azuzaré. Baja y sujeta sólidamente con anillas sus piernas.

HEFESTO. El trabajo está hecho y sin gran esfuerzo.

FUERZA. Con vigor hunde estas trabas en la carne; pues es severo el que juzgará tu obra.

HEFESTO. Tu lenguaje responde a tu figura.

FUERZA. Ablándate; pero no me reproches mi obstinación y la aspereza de mi carácter.

HEFESTO. Vámonos; tiene una red en torno a sus miembros.

FUERZA. Ahora sé, allá, insolente y despojando a los dioses de sus privilegios, dáselos a los efímeros. ¿Qué alivio son capaces los mortales de llevar a tus penas? Con falso nombre los dioses te llaman Prometeo, pues tú mismo necesitas un previsor para saber de qué manera te librarás de tal artificio.

(Hefesto con Fuerza y Violencia salen.)

PROMETEO. ¡Oh éter divino, y vientos de alas rápidas, y fuentes de los ríos, y sonrisa innumerable de las olas marinas, y Tierra madre universal, y círculo omnividente del Sol; yo os invoco: ved lo que, siendo dios, sufro de los dioses!

Mirad con qué ultrajes desgarrado he de padecer durante un tiempo infinito de años. Tal es la cadena infame que contra mí ha inventado el joven caudillo de los Felices. ¡Ay, ay! Por el sufrimiento, presente y futuro gimo, sin saber cuándo surgirá el fin de estos males.

Pero ¿qué digo? Todo lo que ha de acontecer lo sé bien de antemano y ninguna desgracia imprevista vendrá de nuevo sobre mí. Pero es preciso soportar lo más ligeramente posible la suerte decretada, sabiendo que no hay lucha contra la fuerza de la Necesidad.

Con todo, me es igual de imposible callar o no callar esta desgracia. Porque habiendo proporcionado una dádiva a los mortales estoy uncido al yugo de la necesidad, desdichado. En el tallo de una caña me llevé la caza, el manantial del fuego robado, que es para los mortales maestro de todas artes y gran recurso. De este pecado pago ahora la pena, clavado con cadenas bajo el éter.

¡Ah, ah! ¿Qué ruido, qué aroma invisible ha volado hasta mí? ¿Vienes de un dios, de un mortal o de un semidiós? ¿Ha llegado a este peñasco, en los límites del mundo para contemplar mis penas, o qué quiere? Mirad encadenado a este dios desgraciado Odiado de Zeus, me he enemistado con todos los dioses que frecuentan la corte de Zeus por mi gran amor hacía los hombres. ¡Ay, ay! ¿Qué movimiento de alas escucho cerca de aquí? El aire susurra con ese ligero batir de alas. Todo lo que se aproxima me produce pavor.

(Llega el coro de las Océánides en un carro alado que se coloca sobre un roquero cercano al que está clavado Prometeo.)

CORO. Nada temas. Amiga es esta tropa que en rápida carrera de alas se ha acercado a este peñasco, consiguiendo persuadir a duras penas el corazón paterno. Veloces las brisas me trajeron.

Pues el eco de los golpes de hierro penetró hasta el fondo de mis cavernas y arrojó de mí el tímido pudor; descalza me lancé en mi carro alado.

PROMETEO. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay! Prole de la fecunda Tetis, hijas del padre Océano, que con su curso insomne gira en torno a toda tierra, mirad, contemplad con qué cadenas clavado en la cima rocosa de este precipicio monto una guardia no envidiable.

CORO. Veo, Prometeo; y una tímida niebla llena de lágrimas a mis ojos, cuando contemplo sobre esa roca tu cuerpo que se consume en la ignominia de estos grilletes de

acero. Porque nuevos pilotos gobiernan el Olimpo y Zeus, con nuevas leyes, reina arbitrariamente y aniquila ahora los colosos de antes.

PROMETEO. ¡Si al menos me hubiera precipitado bajo tierra, más allá del Hades hospitalario a los muertos, hasta el Tártaro infranqueable, echándome ferozmente en cadenas insolubles, de suerte que ni un dios ni nadie se regocijará de ello! Pero ahora juguete de los vientos, miserable, sufro para escarnio de mis enemigos.

CORO. ¿Cuál de los dioses tiene un corazón tan duro que haga burla de esto? ¿Quién no comparte tus pesares, excepto Zeus? Éste, siempre en su ira, de un alma inflexible, somete la raza celeste, y no cesará hasta que se haya saciado su corazón, o que alguien con alguna artimaña conquiste el mando tan difícil de conquistar.

PROMETEO. Ciertamente, aunque ultrajado en estos brutales grilletes de mis miembros, todavía tendrá necesidad de mí el príncipe de los Felices para enseñarle el nuevo designio que le despojará de su cetro y honores. Y no me ablandará con melifluos sortilegios de la persuasión, ni nunca yo, acoquinado con sus duras amenazas, revelaré este secreto, antes de que me libre de fieras cadenas y consienta en pagar la pena de este ultraje.

CORO. Tú eres osado y en vez de ceder por estos amargos sufrimientos, hablas con demasiada libertad. Un temor penetrante altera mi corazón y me estremezco por la suerte que te espera: dónde debes abordar para contemplar el fin de estos sufrimientos. Pues el hijo de Crono tiene un carácter inaccesible y un corazón inflexible.

PROMETEO. Sé que es severo y que tiene en su poder la justicia; sin embargo, creo que un día será de blando corazón cuando sea sacudido de este modo. Entonces aplacando esta rígida cólera, vendrá presuroso a concertar conmigo alianza y amistad.

CORIFEO. Descríbelo todo y explícanos en qué culpa te ha sorprendido Zeus para ultrajarte de una manera tan infame y cruel. Infórmanos, si no te perjudica el relato.

PROMETEO. Me duele hablar de estas cosas, pero no decir nada es también un dolor; de todos modos, infortunios. Así que los dioses empezaron a enfadarse y se produjo entre ellos la discordia, unos queriendo arrojar a Crono de su trono, para que Zeus desde entonces reinara; otros por el contrario esforzándose para que Zeus no mandara nunca sobre los dioses; entonces yo, que quería persuadir con los mejores consejos a los titanes, hijos de la Tierra y del Cielo, no pude. Despreciando las arteras trazas creyeron, en su

brutal presunción, que sin fatiga se harían los dueños por la violencia. Pero, no una sola ; vez, mi madre, Temis y Tierra, forma única bajo nombres diversos, me había profetizado cómo se cumpliría el futuro: que no por la fuerza ni por la violencia, sino con engaño deberían vencer a los poderosos. Mientras yo les iba explicando estas cosas con mis palabras, no se dignaron ni dirigirme la mirada. Lo mejor en aquellas circunstancias me pareció que era, haciendo caso de mi madre, ponerme al lado de Zeus que recibía de grado a un voluntario. Por mis consejos el antro negro y profundo del Tártaro oculta al antiguo Crono y a sus aliados. Tales son los beneficios que ha recibido de mí el tirano de los dioses y que me ha pagado con esta cruel recompensa.

Sin duda es un achaque inherente a la tiranía no confiar en los amigos.

Ahora, lo que me preguntáis, por qué causa me hiere, os lo aclararé. En cuanto se sentó en el trono paterno, en seguida distribuyó entre los dioses sus privilegios, a cada uno diferentes, y organizó su imperio; pero no se preocupó en absoluto de los míseros mortales, sino que, aniquilando toda la raza, deseaba crear otra nueva. A este proyecto nadie se opuso sólo yo. Yo me atreví; libré a los mortales de ir, destrozados, al Hades. Por eso ahora estoy sufriendo tales sufrimientos, dolorosos de sufrir, lamentables de ver. Por haber tenido ante todo piedad de los mortales, no fui juzgado digno de conseguirla, sino que implacablemente estoy así tratado, espectáculo infamante para Zeus.

CORIFEO. De corazón de hierro y tallado de una piedra, Prometeo, es el que no se indigna contigo por tus penas. Yo, por mi parte, habría deseado no verlas, y ahora que las veo siento un dolor en el corazón.

PROMETEO. Sí, sin duda, para los amigos soy doloroso de ver.

CORIFEO. ¿Fuiste, tal vez, más lejos que esto?

PROMETEO. Sí. Hice que los mortales dejaran de pensar en la muerte antes de tiempo.

CORIFEO. ¿Qué solución hallaste a este mal?

PROMETEO. Albergué en ellos esperanzas ciegas.

CORIFEO. Gran favor otorgaste a los mortales.

PROMETEO. Además de esto, yo les regalé el fuego.

CORIFEO. ¿Y ahora los efímeros tienen el fuego resplandeciente?

PROMETEO. Por él aprenderán muchas artes.

CORIFEO. Por tales culpas Zeus te...

PROMETEO. ... me ultraja y no afloja para nada mis males.

CORIFEO. ¿No hay un término fijado a tu prueba?

PROMETEO. No, ninguno, salvo cuando le plazca a él.

CORIFEO. ¿Cuándo le placirá? ¿Hay alguna esperanza? ¿No ves que has delinquido? Pero decir que has delinquido, para mí no es ningún placer y para ti es dolor. Pero dejemos esto y busca algún medio de librarte de esta prueba.

PROMETEO. Es fácil al que tiene el pie fuera de las desgracias aconsejar y amonestar al infortunado. Pero todo esto yo lo sabía. De grado, de grado falté, no lo negaré; ayudando a los mortales yo mismo me he encontrado castigos. Con todo, no creía que con tales penas había de consumirme en unas rocas abruptas, encontrándome en una cima desierta y sin vecinos. Pero ahora, sin lamentaros por estos sufrimientos, bajando a tierra firme, escuchad mi suerte futura, para que lo sepáis todo hasta el fin. Creedme, creedme, compadeced al que ahora sufre: la aflicción vuela sin cesar, y ora se posa en uno, ora en otro.

CORIFEO. Tú urges a una tropa dispuesta a obedecerte, Prometeo. Ahora, dejando con pie ligero este raudo asiento y el éter, ruta sagrada de las aves, me acercaré a este suelo escabroso; porque deseo escuchar hasta el final tus padecimientos.

(Mientras las Oceánides descienden al suelo, aparece Océano en un carro tirado por un caballo alado.)

OCEANO. He llegado al final de un largo viaje en mi recorrido hacia ti, Prometeo, dirigiendo con mi mente, sin bridas, este ave de alas veloces. De tus desgracias, sábelo, me compadezco. El parentesco, creo, me obliga, y, aparte la sangre, no hay a quien diera parte mayor que a ti. Conocerás que digo la verdad y que no se halla en mí adular en vano. Venga, pues, dime en qué he de ayudarte; porque nunca dirás que tienes un amigo más seguro que Océano.

PROMETEO. ¡Ea!, ¿qué es esto? ¿También tú vienes a ser testigo de mis males? ¿Cómo te atreviste, dejando la corriente que lleva tu nombre y las roqueras grutas naturales, llegar a la tierra madre del hierro?. ¿O has venido para contemplar mi suerte e indignarte con mis males? Mira este espectáculo: yo, el amigo de Zeus, que le ayudé a establecer su tiranía, con qué sufrimientos soy abatido por él.

OCÉANO. Lo veo, Prometeo, y quiero aconsejarte lo mejor, aunque eres listo. Conócete a ti mismo y adopta nuevas actitudes, pues también hay un nuevo tirano entre los dioses. Pero si lanzas palabras tan duras y aceradas, quizá te oiga Zeus que está sentado mucho más alto que tú, y el enojo de estos males presentes te parezca un juego. Así, desgraciado, deja este afán y busca la liberación de estos males. Tal vez te parecerá que digo cosas viejas; sin embargo, tal es, Prometeo, el salario de una lengua demasiado altiva. Tú todavía no eres humilde ni cedés a los males, y a los presentes quieres añadir otros. Tómame, pues, por maestro y no estires tu pierna contra el aguijón, viendo que ahora reina un monarca duro y sin que tenga que rendir cuentas. Ahora me marchó e intentaré, si puedo, librarte de estas penas; tú tranquilízate y no hables con demasiado insolencia. ¿O no sabes siendo en rigor tan sabio, que se castiga a una lengua disparatada?

PROMETEO. Te envidio porque te encuentras fuera de culpa aunque participaste en todo y te asociaste a mi osadía. Ahora déjalo y no te preocupes. De todos modos no le convencerás; no es fácil de convencer. Y vigila que no te perjudiques en este camino.

OCÉANO. Eres mucho mejor para inspirar prudencia al prójimo que a ti mismo; juzga por hechos, no por palabras. Pero en mi afán, no me retengas. Porque me ufano, sí, me ufano de que Zeus me concederá la gracia de librarte de estos males.

PROMETEO. Te alabo por tu solicitud y no cesaré de hacerlo; en buena voluntad nada descuidas. Pero no te esfuerces: trabajarás en vano, sin provecho para mí, si es que quieres hacerlo. Permanece tranquilo y mantente apartado. Porque yo, si soy desgraciado, no por esto quisiera que a los más alcanzaran las desgracias. No, en verdad, pues ya me consume la suerte de mi hermano, Atlas, que en las regiones de occidente, de pie, sostiene en sus espaldas la columna del cielo y de la tierra, peso no fácil para el brazo. También he compadecido, al verle, al hijo de la Tierra, habitante de las cuevas cilicias, gran gigante de cien cabezas, domado por la fuerza, el impetuoso Tifón. Se enfrentó a todos los dioses, silbando miedo de sus atroces fauces; de sus ojos brillaba horrible esplendor, como si fuera a aniquilar violentamente la tiranía de Zeus. Pero le alcanzó el dardo que no duerme de Zeus, el rayo que desciende respirando fuego y le derrotó de sus altivas fanfarronadas. Pues herido en el mismo corazón, quedó reducido a cenizas y su fuerza disipada por el rayo. Y ahora, cuerpo inútil y arrinconado, yace cerca del estrecho

marino, oprimido bajo las raíces del Etna, mientras Hefesto, instalado en las altas cimas, forja el hierro ardiente. De allí un día irrumpirán torrentes de fuego que con feroces fauces devorarán las vastas llanuras de la fecunda Sicilia. Tal ira exhalará Tifón con los ardientes dardos de una insaciable tormenta de fuego, aunque carbonizado por el rayo de Zeus. Pero tú no eres inexperto y no me necesitas como guía; sálvate, como sabes. Yo apuraré este mi destino hasta que Zeus aplaque su ira.

OCÉANO. ¿No sabes esto, Prometeo, que las palabras son médicos de la enfermedad de la cólera?

PROMETEO. Sí, si uno ablanda el corazón en el momento preciso, y no reduce por la fuerza una pasión virulenta.

OCÉANO. Pero, si uno muestra solícito esfuerzo y valor para la acción, ¿qué daño ves tú que haya en ello?

PROMETEO. Trabajo inútil y simplicidad irreflexiva.

OCÉANO. Déjame que sufra esta enfermedad; pues es provechoso parecer insensato cuando uno es cuerdo.

PROMETEO. Esta falta más bien parecerá la mía.

OCÉANO. Sin duda tus palabras me envían de nuevo a casa.

PROMETEO. Temo que tu lamento por mí te lance a una enemistad.

OCÉANO. ¿Con el que acaba de sentarse en un todopoderoso asiento?

PROMETEO. Vigila que no se altere tu corazón.

OCÉANO. Tu infortunio, Prometeo, es maestro.

PROMETEO. Vete, aléjate, salva tu actual buen sentido.

OCÉANO. Cuando ya me iba, me molestaban tus palabras. Pues mi cuadrúpeda ave acaricia ya con sus alas el dilatado camino del éter y gozoso doblará la rodilla en su establo.

(Océano se marcha en su monstruo alado. Tras un silencio, las Océánides aparecen sobre de una roca y cantan lo siguiente.)

CORO. Lloro por tu fatal destino, Prometeo; y vertiendo de mis delicados ojos una corriente de lágrimas mojo mi mejilla con húmedas fuentes. Hostilmente gobernando con leyes propias Zeus manifiesta a los dioses de antaño su lanza soberbia.

Ya todo este país ha lanzado un grito lastimero; sus pueblos lloran por la grandeza y el

antiguo prestigio tuyo y de tus hermanos, y todos cuantos mortales habitan la tierra vecina de la sagrada Asia, ante el gran gemido de tus penas sufren con tigo.

Y las vírgenes que habitan en la tierra cólquide, valientes luchadoras, y la turba de Escitia, que ocupa el lugar más remoto de la tierra alrededor del lago Meótico.

Y la flor guerrera de Arabia, los que viven una ciudadela escarpada cerca del Cáucaso, hostil ejército que brama en lanzas de acerada proa.

Sólo antes otro dios titán he visto sufrir, vencido en la ignominia de unos lazos de acero, Atlas, que llevando siempre en la espalda, fuerza inflexible, la tierra y la bóveda celeste, gime.

La ola marina cayendo ola sobre ola brama, llora el abismo, el tenebroso Hades en las profundidades de la tierra ruge, y las fuentes de los sagrados ríos exhalan su dolor quejumbroso.

PROMETEO. (*Tras de un largo silencio.*) No penséis que callo por arrogancia o altanería; pero un pensamiento me devora el corazón al verme así tan vilipendiado. En verdad, a estos dioses nuevos, ¿qué otro si no yo les repartió exactamente sus privilegios? Pero sobre esto callo; pues sabéis lo que podría deciros. Escuchad, en cambio, los males de los hombres, cómo de niños que eran antes he hecho unos seres inteligentes, dotados

de razón. Os lo diré, no para censurar a los hombres, sino para mostraros la buena voluntad de mis dones. Al principio, miraban sin ver y escuchaban sin oír, y semejantes a las formas de los sueños en su larga vida todo lo mezclaban al azar. No conocían las casas de ladrillos secados al sol, ni el trabajo de la madera; soterrados vivían como ágiles hormigas en el fondo de antros sin sol. No tenían signo alguno seguro ni del invierno, ni de la floreciente primavera ni del estío fructuoso, sino que todo lo hacían sin razón, hasta que yo les enseñé los ortos y ocasos de los astros, difíciles de conocer.

Después descubrí también para ellos la ciencia del número, la más excelsa de todas, y las uniones de las letras, memoria de todo, laboriosa madre de las Musas. Y el primero até bajo el yugo a las bestias esclavizadas a las gamellas y a las albardas, a fin de que tomaran el lugar de los mortales en las fatigas mayores, y llevé bajo el carro a los caballos, dóciles a las riendas, orgullo del fasto opulento. Sólo yo inventé el vehículo de

los marinos, que surca el mar con sus alas de lino. Y, mísero de mí, yo que he encontrado estos artificios para los mortales, no tengo artimaña que pueda librarme de la

actual desgracia.

CORIFEEO. Padeces un castigo indigno; privado de razón divagas, y como un mal médico que a su vez ha enfermado, te de sanimas y no puedes encontrar para ti mismo los remedios curativos.

PROMETEO. Escucha el resto y te sorprenderás más: las artes y recursos que ideé. Lo más importante: si uno caía enfermo, no había ninguna defensa, ni alimento, ni unción, ni pócima, sino que faltos de medicinas morían, hasta que les enseñé las mezclas de remedios clementes con los que ahuyentan todas las enfermedades. Clasifiqué muchos procedimientos de adivinación y fui el primero en distinguir lo que de los sueños ha de suceder en la vigilia, y les di a conocer los sonidos de oscuro presagio y los encuentros del camino. Determiné exactamente el vuelo de las aves rapaces, los que son naturalmente favorables y los siniestros, los hábitos de cada especie, los odios y amores mutuos, sus compañías; la lisura de las entrañas y qué color necesitan para agradar a los dioses, y los matices favorables de la bilis y del lóbulo del hígado. Haciendo quemar los miembros cubiertos de grasa y el largo lomo, encaminé a los mortales a un arte difícil de entender y revelé los signos de la llama que antes eran oscuros. Tal es mi obra. Y los recursos escondidos a los hombres debajo de la tierra, bronce, hierro, plata, oro, ¿quién podría preciarse de haberlos descubierto antes que yo? Nadie, lo sé bien, a menos que quiera hablar en vano. En una palabra, sabe todo a la vez: todas las artes para los mortales proceden de Prometeo.

CORIFEEO. No ayudes a los mortales más allá de lo necesario y descuides tu propia desgracia. Yo tengo buena esperanza de que un día, liberado de estas cadenas, no tendrás un poder inferior a Zeus.

PROMETEO. No tiene decretado todavía que esto se cumpla, la Moira que todo lo lleva a término; cuando estaré encorvado por mil dolores y desgracias, entonces escaparé de estas cadenas. El arte es con mucho más débil que la Necesidad.

CORIFEEO. ¿Y quién es el timonero de la Necesidad?

PROMETEO. Las Moiras de tres formas y las memoriosas Erinis.

CORIFEEO. ¿Zeus, pues, es más débil que ellas?

PROMETEO. No puede, por lo menos, escapar a su destino.

CORIFEEO. ¿Y cuál es el destino de Zeus sino reinar por siempre?

PROMETEO. Sobre esto no preguntes más, no insistas.

CORIFEO. Es, sin duda, un augusto secreto lo que ocultas.

PROMETEO. Hablad de otra cosa; no es el momento de revelar este secreto, sino de esconderlo lo más posible; pues guardándolo oculto, escaparé de estas cadenas humillantes y de estos sufrimientos.

CORO. Que nunca el que todo lo gobierna, que nunca Zeus coloque enfrente de mi voluntad su fuerza, que jamás me tarde en acercarme a los dioses con sagrados festines de hecatombes junto al curso inagotable del Padre Océano, ni los ofenda con mis palabras. Antes permanezca firme en mí este propósito y no se borre jamás.

Es dulce pasar una larga vida en confiadas esperanzas alimentando el corazón de deleites ruidosos. Pero me estremezco cuando te veo desgarrado por tantos sufrimientos. Pues sin temer a Zeus, por propio criterio honras en exceso a los mortales, Prometeo.

Vamos, amigo, dime, ¿qué favor te aporta tu favor? ¿Dónde está la defensa, la ayuda de los efímeros? ¿No has visto la impotencia reducida, igual al sueño, que encadena la ciega raza humana? Nunca la voluntad de los mortales conculcará el orden establecido por Zeus.

Esto he aprendido observando tu funesto destino, Prometeo. Y un canto bien diferente ha volado hacia mí, el canto de himeneo que un día en torno a tu baño y a tu lecho de bodas entoné, cuando, persuadida por tus presentes, llevaste a nuestra hermana Hesíone a compartir contigo el lecho como esposa.

(Entra lo teniendo en su frente dos cuernos de vaca. Tras sus primeras palabras se sienta de nuevo sacudida por el aguijón del tábano.)

IO. ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué raza? ¿A quién diré que miro atormentada con pétreo brida? ¿Qué falta expiras tú en esta agonía? Dime a qué parte de la tierra he llegado, mísera, en mi extravío.

¡Ay, ay! ¡Ah, ah! Vuelve nuevamente a picarme, desgraciada, un tábano, fantasma de Argos, hijo de la Tierra. Apártalo, Tierra, porque tiemblo al ver al boyero de mil ojos. Camina con su pérfida mirada. Ni muerto la tierra lo oculta, sino que saliendo de las sombras a mí, infortunada, me da caza y me hace errar, afamada, por los arenales de la playa.

Detrás de mí, la sonora caña encerada deja oír la canción que duerme. ¡Ay, ay, dioses!

¿A qué lejanas tierras me llevan estas carreras errantes? ¿En qué falta, hijo de Crono, en qué falta me has sorprendido para haberme uncido en estos tormentos, ¡ay, ay!, y extenuar así a una desgraciada alocada por el temor del tábano que la persigue? Abrásame en el fuego, escóndeme bajo tierra, dame por alimento a los monstruos marinos. No rechaces mis ruegos, Señor. Mis carreras infinitas me han sobradamente ejercitado, ni puedo saber cómo escapar a los padecimientos. ¿Oyes la voz de la cornígera doncella?

PROMETEO. ¿Cómo no oír a la muchacha hostigada por el tábano, a la hija de Inaco, que abrasa de amor el corazón de Zeus y ahora, odiada de Hera, se ejercita por fuerza en esas infinitas carreras?

IO. ¿De dónde viene que has pronunciado el nombre de mi padre? Responde a la infortunada: ¿quién eres tú, miserable, que a esta desgraciada saludas en términos tan verídicos y nombraste el mal de divina procedencia que me consume al morderme con aguijones vagabundos?

Empujada con violencia por el hambriento ultraje de mis saltos, he llegado víctima del airado designio de Hera. ¿Cuál de los desgraciados sufre, ¡ay, ay!, como yo? Pero dime con claridad lo que voy a padecer. ¿Qué expediente, qué remedio hay de mi mal? Enseñámelo, si lo sabes. Habla, da a conocer esto a la pobre virgen errante.

PROMETEO. Te diré claramente todo lo que quieras saber, no entretejiendo enigmas, sino en lenguaje simple, como es justo abrir la boca a amigos. Estás viendo al dador del fuego a los mortales. Prometeo.

IO. Oh tú que te mostraste tan beneficioso a la comunidad de los mortales, paciente Prometeo, ¿por qué razón sufres esto?

PROMETEO. Acabo justamente de quejarme por mis trabajos.

IO. Entonces, ¿no vas a otorgarme ese favor?

PROMETEO. Di qué pides: de mí puedes saberlo todo.

IO. Indica quién te ató en esa roca escarpada.

PROMETED. La decisión de Zeus, pero la mano de Hefesto.

IO. ¿Y de qué faltas pagas tú la pena?

PROMETED. Basta que te haya manifestado sólo esto.

IO. Muéstrame, además, el fin de mi viaje y cuál será este día para mí, la desdichada.

PROMETEO. No conocerlo es mejor para ti que conocerlo. lo. No me escondas lo que he de padecer. PROMETEO. No te rehúso ese favor.

IO. Entonces, ¿por qué tardas en proclamarlo todo?

PROMETED. No hay malquerencia, pero dudo en turbar tu alma.

IO. No te preocupes más por mí, pues me es dulce.

PROMETEO. Ya que lo deseas, debo hablar; escucha, pues.

CORIFEO. No, todavía no; dame también a mí una parte de satisfacción. Sepamos primero la enfermedad de ésta, que nos diga ella misma sus funestos infortunios. De ti aprenda después los restantes trabajos.

PROMETED. Trabajo tuyo es, lo, de complacerles con esta dádiva, máxime cuando son hermanas de tu padre; pues llorar y lamentar las desgracias cuando se ha de obtener una lágrima de los que escucha, merece el esfuerzo realizado.

IO. No sé cómo podría negarme a vosotras: en términos claros sabréis todo lo que pedís; sin embargo, me da vergüenza contaros cómo la tempestad suscitada por un dios y causa de mis metamorfosis se ha abatido sobre mí, mísera.

Sin cesar visiones nocturnas visitaban mi alcoba virginal y me exhortaban con dulces palabras: «Oh muy feliz muchacha, ¿por qué permanecer tan largo tiempo virgen, cuando puedes alcanzar la boda más excelsa? Porque Zeus está inflamado por ti con el dardo del deseo y anhela compartir contigo los placeres de Cipris. Tú, niña, no rechaces el lecho de Zeus; marcha hacia la pradera ubérrima de Lerna, a los rediles y boyeras de tu padre, para que el ojo de Zeus cese en su deseo.» Tales eran los sueños que todas las noches me sobresaltaban, mísera, hasta que osé revelar a mi padre los sueños nocturnos. Entonces a Pito y a Dodona despachó frecuentes mensajeros para saber qué debía emprender o decir que fuera agradable a los dioses. Pero ellos regresaban refiriendo unos oráculos equívocos, oscuros, difíciles de interpretar. Por último, una respuesta nítida llegó a Inaco, que claramente le recomendaba y anunciaba que me arrojara de la casa y de la patria, para errar en libertad hasta los últimos confines de la tierra, si no quería que viniera el rayo inflamado de Zeus que destruiría todo su linaje. Obediente a estos oráculos de Loxias, mi padre me desterró y cerró su casa, a pesar suyo y mío: pero el freno de Zeus le obligaba a obrar así con violencia. Al punto mi forma y mi espíritu se alteraron y cornuda, como veis, y mordida por el tábano de acerado aguijón, me precipito, de un

salto benéfico, hacia la corriente salutífera de Cernea y a la fuente de Lerna. Un boyero, hijo de la Tierra, de intemperados humos, me seguía con sus innumerables ojos fijos en mis pasos. Un destino imprevisto le privó de repente el vivir, y yo, desgarrada por el tábano, corro de país en país bajo el látigo divino. Ya sabes lo sucedido; y si puedes decirme qué penas me faltan, dímelo; no intentes, por compasión, tranquilizarme con relatos falsos; pues digo que no hay enfermedad más vergonzosa que las palabras compuestas.

CORO. Deja, deja, calla. ¡Ay! Nunca, nunca pensé que unas palabras tan extrañas llegaran a mis oídos, que unos sufrimientos, unas miserias, unos espantos, tan penosos de ver, tan penosos de sufrir, helaran mi alma con aguijón de doble filo. ¡Ay, destino, destino, me estremezco al contemplar la suerte de lo!

PROMETEO. Demasiado pronto gimes y llena estás de temor; aguarda hasta que sepas el resto.

CORIFEO. Habla, explícate: es dulce a los enfermos conocer exactamente de antemano el dolor que les falta.

PROMETEO. La anterior petición la lograsteis fácilmente gracias a mí; deseabais primero saber por ella misma el relato de su desgracia; ahora oír lo que queda, qué sufrimientos ha de padecer esta joven por orden de Hera. Y tú, semilla de Inaco, guarda mis palabras en tu corazón, si quieres conocer el final de tu camino.

Primero, partiendo de aquí, vuélvete hacia el sol saliente y dirígete hacia los campos sin arar. Llegarás a los escitas nómadas que habitan chozas de mimbre trenzado sobre carros de hermosas ruedas y que llevan colgados arcos de largo alcance. No te aproximes a ellos, sino que, poniendo el pie en los acantilados en donde resuena el mar, atraviesa el país. A mano izquierda viven los que trabajan el hierro, los cálibes: guárdate de ellos, pues son feroces, inaccesibles a los extranjeros. Llegarás al río Hibristes, de nombre verídico; no lo atraveses, no es fácil de cruzar antes que alcances el mismo Cáucaso, el más alto de los montes, donde este río impetuoso brota de sus sienas. Debes pasar por encima de sus cumbres vecinas de los astros, para tomar el camino que lleva al mediodía, en donde hallarás a la hueste de las amazonas enemigas de los hombres, que un día fundarán Temiscira en torno al Termodonte, allí donde está Salmideso, mandíbula áspera del Ponto, huésped cruel a los marinos, madrastra de las naves; ellas te guiarán muy

gustosamente. Entonces llegarás junto a las mismas puertas estrechas del lago, al istmo de Cimería, el cual con corazón intrépido debes dejarlo y atravesar el estrecho Meótico. Entre los mortales siempre vivirá el glorioso relato de tu paso y Bósforo recibirá de sobrenombre. Dejando el suelo de Europa, llegarás al continente asiático. ¿No os parece que el tirano de los dioses es en todo igualmente violento? Deseando, dios como es, unirse a esta mortal lanzó contra ella este destino errante. ¡Amargo pretendiente de tu boda has encontrado, doncella! Pues el relato que acabas de oír, piensa que todavía no es ni siquiera el preludeo.

IO. ¡Ay, ay de mí! ¡Ah, ah!

PROMETEO. De nuevo gritas y suspiras; ¿qué harás, pues, cuando sepas los sufrimientos que te restan?

CORIFEO. ¿Tienes todavía otros sufrimientos para decirle? PROMETEO. Sí, un mar tempestuoso de fatal calamidad.

IO. ¿Qué gano, entonces, con vivir? ¿Por qué no al instante me arrojó de esta roca escarpada, para que, aplastándome en el suelo, me libere de todos estos males? Mejor es morir de una vez que sufrir miserablemente todos los días.

PROMETEO. Dificilmente, entonces, podrías soportar mis pruebas. Yo no tengo destinado morir, pues la muerte sería una liberación de mis dolores. Pero ahora no hay término fijado a mis trabajos, hasta que Zeus caiga de su trono.

IO. ¿Es posible que un día caiga Zeus de su poder?

PROMETEO. Tú te alegrarías, creo, de ver este suceso.

IO. ¿Y cómo no, si es por Zeus que sufro tan desgraciadamente?

PROMETEO. Que esto será así, puedes estar segura.

IO. ¿Quién lo despojará de su cetro tiránico?

PROMETEO. Él mismo y sus insensatos planes. lo. ¿De qué manera? Dímelo, si no hay daño en ello.

PROMETEO. Contraerá una boda de la que un día se arrepentirá.

IO. ¿Con una diosa o con una mortal? Dímelo, si se puede.

PROMETEO. ¿Por qué con quién? No está permitido decirlo.

IO. ¿Acaso será derribado de su trono por su esposa?

PROMETEO. Ella tendrá un hijo más fuerte que su padre.

IO. ¿Y no tiene ningún medio de apartar este infortunio?

PROMETEO. No ciertamente, salvo yo desatado de estas cadenas.

IO. ¿Y quién te desatará sin el permiso de Zeus?

PROMETEO. Debe ser uno de tus descendientes.

IO. ¿Cómo dijiste? ¿Un hijo mío te libraré de estos males?

PROMETEO. Sí, el tercer linaje después de diez generaciones más.

IO. No es fácil de comprender esta profecía.

PROMETEO. Tampoco busques conocer a fondo tus padecimientos.

IO. No me ofrezcas un bien para después quitármelo.

PROMETEO. De dos presentes, te concederé uno.

IO. ¿Cuáles? Muéstramelos y dame a elegir.

PROMETEO. Te lo concedo, elige: o te diré claramente tus males o el que me liberará.

CORIFEEO. De estas dádivas concede una a ésta y otra a mí, y no desprecies mis palabras. A ella cuenta lo que le falta por correr y a mí tu libertador. Pues esto es lo que deseo.

PROMETEO. Puesto que éste es vuestro deseo, no me negaré a narrar todo cuanto deseáis. A ti, primero, lo, revelaré tu agitada carrera; grábala en las fieles tablillas de tu memoria.

Cuando hayas atravesado la corriente, frontera de los dos continentes, sigue adelante hacia los encendidos levantes pisados por el sol, cruzando el mugiente mar, hasta que alcances la llanura gorgónea de Cístenes, donde viven las Fórcides, tres viejas doncellas de figura de cisne, que tienen un ojo común, un solo diente, y a las que nunca mira el sol con sus rayos ni la nocturna luna. Cerca de ellas se hallan tres hermanas aladas con cabellera de serpientes, las Gorgonas, aborrecidas de los hombres, a las que ningún mortal puede ver sin expirar. Tal es la advertencia que te hago. Pero escucha otro peligroso espectáculo: guárdate de los perros mudos de Zeus, de dientes afilados, los grifos y del ejército Arimaspo, gente de un solo ojo, montada a caballo, que vive junto a las aguas del aurífero río Plutón: tú no te acerques a ellos. Entonces llegarás a una tierra lejana, un pueblo de tez oscura, establecido junto a las fuentes del sol, donde está el río Etíope. Baja por las riberas de éste hasta que llegues a la catarata, en donde de los montes

Biblinos Nilo vierte sus aguas augustas y saludables. Éste te conducirá hasta el país triangular nilótico, donde el destino os reserva, lo, a ti y a tus hijos, fundar una gran colonia. Sí algo de esto es confuso y difícil de comprender, pregunta de nuevo y entérate con precisión. Dispongo de más tiempo del que quiero.

CORIFEO. Si tienes algo nuevo u olvidado que contar de su fatigosa carrera, dílo; pero si lo has dicho todo, concédenos ahora el favor que pedimos. Lo recuerdas, sin duda.

PROMETEO. Ésta ha oído enteramente el final de su viaje. Pero, porque sepa que no vanamente me escucha, le diré qué trabajos bajos ha sufrido antes de venir aquí, dándole con ello la prueba de mi relato. Con todo omitiré la mayor parte de las fatigas e iré al término mismo de tus viajes.

En cuanto llegaste a las llanuras de los morosos y al escarpado dorso de Dodona, donde está el profético asiento de Zeus Tesproto con el prodigio increíble de las encinas que hablan, las cuales te saludaron claramente y sin enigmas como la que había de ser la ilustre esposa de Zeus -¿te halaga algo de esto?-, te lanzaste, punzada por tábano, por el camino de la costa hasta el gran golfo de Real, de donde la tormenta vuelve a traer aquí tus cursos errantes. Pero con el tiempo este golfo marino, sábelo bien, será llamado Jonio, recuerdo para todos los mortales de tu paso. Ésta es la prueba de que mi mente ve más de lo que es manifiesto.

Lo demás os lo relataré a la vez a vosotras y a ésta, volviendo sobre la huella de mi anterior relato. Hay una ciudad, Cánobo, en el extremo del país, junto a la misma boca y alfaque del Nilo; allí Zeus, imponiéndote su mano serena, al simple contacto, te vuelve el juicio; y darás a luz un hijo, cuyo nombre recordará que hizo nacer Zeus, el negro Épafo, que recogerá el fruto de todo el país que riega el Nilo de ancha corriente. La quinta generación después de él, formada por cincuenta doncellas, volverá de nuevo a Argos no de buen grado, huyendo de unas bodas consanguíneas con sus primos; éstos, en el frenesí de su deseo, halcones que van a la caza de palomas, vendrán también dando caza a unas bodas prohibidas. Mas un dios les negará lo que desean, y el país pelasgo los recibirá, vencidos por los golpes de un Ares femenino con una audacia que vela en la noche; pues cada esposa quitará la vida a su esposo tiñendo en el degüello una espada de doble filo. ¡Tal venga Cipris a mis enemigos! A una sola de las muchachas el encanto del amor no le deja dar muerte al compañero de lecho, sino que será ablandada en su resolución; de dos

cosas preferirá una, ser llamada cobarde antes que asesina. Y ésta, en Argos; dará a luz a un real linaje. Sería necesario un largo discurso para exponerlo claramente; sabed, al menos, que de esta siembra nacerá el hombre valiente, famoso por su arco, que me libraré de estos tormentos. Tal es el oráculo que me contó mi madre, la titánide Temis, de antiguo nacida. Mas, cómo y de qué manera, se necesita mucho tiempo para decirlo, y tú no ganarías nada con saberlo.

IO. ¡Ah, ah! Una convulsión, un delirio que turba mi mente, vuelven a abrazarme; el dardo sin forjar del tábano me hiere; mi corazón horrorizado palpita en mi pecho; mis ojos giran en sus órbitas. Arrastrada fuera del camino por un viento furioso de locura no gobierno mi lengua, y confusos pensamientos chocan al azar contra las olas de odiosa Ate.

(Io sale apresuradamente.)

CORO. Sabio, sí, sabio era el primero que concibió en su espíritu y formuló con la lengua que casarse según su rango es con mucho lo mejor, y cuando se es artesano no ambicionar unas bodas con gente enervada por las riquezas o envanecida por el linaje.

¡Ojalá que nunca, nunca, oh Moiras inmortales, me veáis aproximarme como esposa al lecho de Zeus, ni conseguir por marido a alguien de los dioses! Pues me estremezco al ver la doncella lo, hostil al varón, consumirse, gracias a Hera, en la fatigosa carrera de sufrimientos.

A mí, una boda con un igual, no me asusta. Lo que temo es que el amor de dioses poderosos me mire con su ojo inevitable. Pues es una guerra contra la cual no es posible la guerra, sin más esperanza que la desesperanza, y no sé qué sería de mí. Porque no veo cómo podría escapar a la voluntad de Zeus.

PROMETEO. En verdad, todavía Zeus, por altivo que sea de corazón, será humilde, según la boda que se dispone a contraer, que lo arrojará aniquilado de su tiranía y de su trono. Entonces se cumplirá del todo la maldición de su padre Crono, que pronunció al caer de su antiguo trono. De estos trabajos, ningún dios, salvo yo, podría mostrarle claramente la solución. Yo lo sé y de qué forma. Después de esto, que esté sentado, animoso y confiado en los ruidos con que llena los aires, blandiendo en sus manos un dardo flamígero. Nada de esto le bastará para no caer ignominiosamente con una caída intolerable: tal es el adversario que se está preparando contra sí mismo, prodigio

invencible, que encontrará una llama más poderosa que el rayo y un ruido más ensordecedor que el trueno; y dispersará el azote marino que sacude la tierra, el tridente, lanza de Posidón. Cuando choque con este mal, aprenderá qué diferencia hay entre mandar y ser esclavo.

CORIFEO. Tú rechazas, según tus deseos, a Zeus.

PROMETEO. Digo lo que se cumplirá y además lo que deseo.

CORIFEO. ¿Hay que esperar a que alguien mande sobre Zeus?

PROMETEO. Y tendrá que soportar fatigas más pesadas que las mías.

CORIFEO. ¿Cómo no tienes miedo de lanzar palabras como éstas?

PROMETEO. ¿Y qué puede temer aquel que está decretado que no muera?

CORIFEO. Puede enviarte una prueba más dolorosa que ésta.

PROMETEO. Que lo haga: todo lo espero.

CORIFEO. Sabios son los que se inclinan ante Adrastea.

PROMETEO. Adora, implora, adula al poderoso del momento; a mí me importa Zeus menos que nada. Que haga, que mande como quiera durante este corto período; pues no reinará mucho tiempo sobre los dioses.

Pero veo a ese correo de Zeus, al servidor del nuevo tirano; seguramente viene a comunicar algo nuevo.

(Llega Hermes conduciendo por sus sandalias aladas.)

HERMES. A ti, el diestro, sumamente mordaz, que ofendiste a los dioses, pasando a los efímeros sus privilegios, ladrón del fuego, a ti te lo digo: el padre te manda decir que las bodas son éstas de que tanto alardeas por las cuales él caerá de su trono. Y esta vez explícate sin enigmas y cada cosa por separado. No me obligues, Prometeo, a un doble viaje, porque ya ves que Zeus no se ablanda con tus procedimientos.

PROMETEO. He aquí un discurso solemne y lleno de arrogancia, como de un criado de los dioses. Sois jóvenes y ejercéis un poder joven, y creéis que habitáis una fortaleza inaccesible a los dolores. Pero ¿no he visto ya a dos soberanos caídos de estas alturas? Y al tercero, al que ahora señorea, lo veré con más ignominia y rapidez. ¿Acaso te parezco tener miedo y agazaparme delante de los dioses jóvenes? Mucho, más bien todo, me falta para ello. Y tú regresa de nuevo por el camino que seguiste, pues no sabrás nada de lo que intentas averiguar de mí.

HERMES. Sin embargo, con estas arrogancias de antaño has venido a anclar en estos males.

PROMETEO. No cambiaría, sábelo bien, mi desgracia por tu servil condición. Es mejor, creo, estar esclavizado a esta roca que ser el fiel mensajero del padre Zeus. Es así que a los ultrajes hay que corresponder con ultrajes.

HERMES. Pareces envanecerse de tu actual situación.

PROMETEO. ¿Yo envanecerme? Así viera yo envanecidos a mis enemigos. Y a ti te cuento entre ellos.

HERMES. ¿También a mí me acusas, de tus desgracias? PROMETEO. En una palabra, odio a todos los dioses que ha

biendo recibido beneficios de mí me tratan inicualemente.

HERMES. Comprendo que deliras de una gran enfermedad maligna.

PROMETEO. Estoy enfermizo si enfermedad es odiar a los enemigos.

HERMES. Serías insoportable si estuvieras bien.

PROMETEO. ¡Ay de mí!

HERMES. Zeus no conoce esta palabra.

PROMETEO. El tiempo, al envejecer, todo lo enseña.

HERMES. Tú, sin embargo, todavía no sabes ser sensato.

PROMETEO. Ciertamente, no habría hablado a un criado como tú.

HERMES. Parece que no quieres decir nada de lo que desea el padre.

PROMETEO. Estando en deuda con él, debería devolverle el favor.

HERMES. Te burlas de mí como si fuera un niño.

PROMETEO. ¿No eres un niño y algo más simple todavía, si esperas saber alguna noticia de mí? No hay ultraje ni artificio con cuales me impele Zeus a declarar esto antes de que desate estas cadenas infamantes. Según ello, que lance la llama devoradora, que con la nieve de blanca ala y con truenos subterráneos confunda y agite todo el universo; nada de ello me doblegará hasta revelarles por quién ha de caer de su tiranía.

HERMES. Mira si esta actitud te resulta útil.

PROMETEO. Hace tiempo que todo está visto y decidido.

HERMES. Decídetes, insensatos, decídetes a razonar bien ante estos sufrimientos.

PROMETEO. En vano me importunas, como si exhortaras a una ola. No imagines que

un día, asustado por el decreto de Zeus, llegue a ser de alma mujeril y suplique al gran odiado, levantando hacia él mis palmas a guisa de mujer, para que me libere de estas trabas.

HERMES. Me parece que, si hablo, voy a hablar mucho y en vano, pues en nada te conmueves ni ablandas con ruegos; sino que mordiendo el bocado como un potro recién domado, te rebelas y luchas contra las riendas. Sin embargo, tu violencia se funda en un débil razonamiento: pues la obstinación, para el que razona mal, nada puede por sí misma. Considera, si no te convencen mis palabras, qué tempestad, qué triple ola de desgracias te caerá inexorablemente encima. Primero, ese escarpado pico, con el trueno y la llama del relámpago, el padre lo hará pedazos y esconderá tu cuerpo que quedará aprisionado en los brazos encorvados de la piedra. Cuando haya transcurrido una larga duración de tiempo, regresará nuevamente a la luz; pero entonces el perro alado de Zeus, el águila sangrienta, desgarrará vorazmente un gran jirón de tu cuerpo, un comensal que, sin ser invitado, vendrá todo el día a regalarse con el negro manjar de tu hígado. No esperes un término de este suplicio hasta que aparezca un dios dispuesto a sucederte en los trabajos y se ofrezca a descender al tenebroso Hades y a las oscuras profundidades del Tártaro. Ante esto, t reflexiona; pues no se trata de una jactancia fingida, sino de una palabra muy bien pronunciada. Porque la boca de Zeus no sabe mentir, sino que cumple todo lo que dice. Tú mira bien y medita y no creas jamás que la insolencia sea mejor que el prudente consejo.

CORIFEO. Para nosotras, Hermes no parece hablar desatinadamente: porque te invita a dejar la arrogancia y a buscar la sabia discreción. Escucha: para un sabio es vergonzoso persistir en el error.

PROMETEO. Conocía yo el mensaje que ése ha vociferado; pero que un enemigo sea maltratado por enemigos, no es deshonoroso. Así pues, que lance contra mí el rizo de fuego de doble filo, que el éter sea agitado por el trueno y la furia de vientos salvajes; que su soplo sacuda la tierra y la arranque de sus fundamentos con sus raíces; que la ola del mar con áspero bramido confunda las rutas de los astros celestes; que precipite mi cuerpo al negro Tártaro en los implacables torbellinos de la Necesidad. Sin embargo, él nunca me hará morir.

HERMES. Tales son los pensamientos y las palabras que es posible oír de seres sin

juicio. ¿Qué falta a su suplicio para ser un delirio? ¿Se relaja en sus furores? Pero en todo caso, vosotras que compartís sus sufrimientos, retiraos aceleradamente estos lugares, no sea que el mugido implacable del trueno aturda vuestros sentidos.

CORIFEO. Háblame de otras maneras y exhórtame en términos que me convenzan, pues de ninguna manera se puede tolerar la palabra que acabas de soltar. ¿Cómo puedes obligarme a practicar villanías? Con éste quiero sufrir lo que sea preciso, pues he aprendido a odiar a los traidores, y no hay peste que aborrezca más que ésta.

HERMES. Bien, pues, no olvidéis lo que ahora os prevengo, y cuando seáis botín de la calamidad no reprochéis a la fortuna y nunca digáis que Zeus os lanzó a un padecimiento imprevisible, sino, en verdad, vosotras a vosotras mismas. Porque sabiéndolo y sin sorpresas ni engaño os encontraréis por vuestra locura prendidas en la red inextricable de Ate.

(Hermes se retira. El huracán empieza a desencadenarse y la tierra a temblar.)

PROMETEO. Ahora no se trata ya de palabras sino de hechos: la tierra tiembla, al tiempo que en sus zigzagueantes profundidades muge el eco del trueno; relámpagos fulguran encendidos; torbellinos agitan tolvaneras; soplos de todos los vientos saltan unos contra otros, anunciando una lucha de hostil aliento; se mezclan confundidos el cielo con el mar. Tal es el ímpetu de Zeus que, intentando asustarme, avanza claramente contra mí. ¡Oh majestad de mi madre, oh Éter que haces girar la luz común a todos! ¡Ya veis de qué manera tan injusta!

(Las rocas, con Prometeo y las Océanides, se sumergen estrepitosamente entre rayos y truenos.)

AGAMENÓN

PERSONAJES

Guardián

Coro de ancianos

Clitemnestra

Mensajero

Agamenón

Cassandra

Egipto

La escena representa el palacio de los Atridas, en Argos. Delante hay varios altares y estatuas de los dioses. Es de noche y en la azotea del palacio hay un guardián.

GUARDIÁN. A los dioses solicito el fin de esta tarea, la vigilancia de un largo año en que tumbado, a manera de perro, en lo alto del palacio de los Atridas, he llegado a conocer la asamblea de los astros nocturnos y los que traen a los hombres el invierno y el verano, poderosos luminares que brillan en el éter, con sus ocasos y salidas. Y ahora espero la señal de la antorcha, el resplandor del fuego que nos traiga desde Troya la noticia de su conquista: así lo manda un corazón esperanzado de mujer de varonil propósito. Pero, cuando tengo el lecho húmedo de rocío que me inquieta durante la noche, sin visita de sueños -pues el miedo, en vez de sueño, me acompaña y no me deja cerrar sólidamente los párpados de sueño- cuando, digo, quiero cantar o silbar y conseguir así con el canto un remedio contra el sueño, entonces lloro lamentando la desgracia de esta casa, no dirigida sabiamente como en el pasado. ¡Ojalá venga ahora una

feliz liberación de estos trabajos, apareciendo en la noche el alegre mensaje de fuego!

(Se ve de pronto lucir, a lo lejos, la llama de un fuego.)

¡Oh salve, luminaria de la noche, que anuncias una luz diurna y la celebración de numerosas danzas en Argos, en gracia a este suceso!

¡Iú, iú! Estoy anunciando claramente a la esposa de Agamenón que se alce rápidamente de su lecho y eleve en la casa, con motivo de esta antorcha, un grito de alegría, si en verdad ha sido conquistada Ilión, como la hoguera proclama con su brillo. Y yo mismo bailaré el prelude, pues voy a mover mis fichas de acuerdo con la jugada de mis amos: tres veces seis me proporciona en suerte esta hoguera.

¡Ojalá que pueda, al volver el señor de este palacio, aguantar con mi mano la suya querida! Lo demás callo: un buey enorme pesa sobre mi lengua; pero el palacio mismo, si voz tuviera, hablaría con claridad. Pero yo, de grado, me explico para los que saben y me olvido del ignorante.

CORIFEYO. Este es el décimo año desde que el gran aniversario de Príamo, el rey Menelao, y Agamenón, coyunda poderosa de Atridas, honrada por Zeus en un doble trono y cetro, sacaron de esta tierra una expedición argiva de mil naves.

Con fuerza, de su pecho gritaban la guerra, a manera de buitres que en extremo dolor por sus polluelos revolotean por encima del nido, bogando con los remos de sus alas, tras perder el trabajo de empollar sus crías.

Pero alguien -quizá Apolo, o Pan, o Zeus-, oyendo en las alturas el graznido agudo de estas aves, vecinas de su reino, envía a los culpables una Erinis, tardía vengadora.

Así también el poderoso Zeus hospitalario manda contra Alejandro a los hijos de Atreo: y por culpa de una mujer de muchos hombres impone luchas numerosas y extenuantes -la rodilla hundida en el polvo y rota la lanza en combate preliminar- a dánaos y troyanos por igual.

Las cosas permanecen donde ahora están, pero se cumplirán en el tiempo marcado por el destino; ni con sacrificios que arden ni con libaciones de no quemadas ofrendas aplacarán la inflexible ira de los dioses.

Mas nosotros, incapaces por la carne vieja, excluidos de esta empresa, aquí permanecemos, guiando con el bastón nuestra fuerza de mitos. Porque la joven médula que reina en los pechos es igual que la de un viejo y Ares no habita en ellos. ¿Y qué es un

hombre en su extrema vejez, marchito ya su follaje? Anda sobre tres pies, y no más fuerte que un niño camina errante cual sueño aparecido en pleno día.

Pero tú, hija de Tindáreo, reina Clitemnestra, ¿qué sucede?, ¿qué noticias hay? ¿Qué sabes? ¿En virtud de qué nuevas, enviando avisos por todas partes, mandas hacer sacrificios?

De todos los dioses protectores de la ciudad -supremos, subterráneos, domésticos, placeros- los altares arden de ofrendas. Aquí y allá, larga hasta el cielo, sube la llama animada con los dulces estímulos, sin engaño, de un aceite puro, sacado del fondo del palacio.

Relátame de esto lo que puedas y debas; hazte médico de esta inquietud, que unas veces me llena de tristes pensamientos, y otras, a la vista de los sacrificios que haces brillar, una esperanza aleja de mi corazón la congoja insaciable, este sufrimiento que me destroza la vida.

CORO. Soy dueño de cantar el mando de feliz agüero de los caudillos de la expedición, pues mi vieja existencia por voluntad de los dioses todavía me inspira la persuasión, fuerza de los cantos. Diré cómo el poder de doble trono de los aqueos, autoridad concorde a la juventud helena, envía con lanza y mano vengadora un presagio impetuoso a la tierra téucrida: dos reyes de las aves contra dos reyes de las naves, una negra, otra blanca por la espaldas. Aparecieron cerca del palacio, del lado de la mano que blande la lanza, en lugares bien visibles, devorando una liebre madre, cargada con su preñez, frustrada en su última carrera.

Canta un himno lúgubre, lúgubre, pero que triunfe, al fin, lo mejor.

Y el sabio adivino del ejército, al ver a los valerosos Atridas dispares en carácter, en las aves devoradoras de la liebre, reconoció a los caudillos de la guerra y dijo así, interpretando el prodigio: «Con el tiempo, esta expedición conquistará la ciudad de Príamo, y una Moira aniquilará con violencia a todos, junto a la muralla, como ovejas numerosas de un rebaño, sólo que alguna envidia de los dioses, anticipando el golpe, no ensombrezca el gran bocado bélico forjado para Troya. Porque Artemis, la pura, por compasión está irritada contra los perros alados de su padre, que antes del parto inmolan con sus crías la liebre desgraciada, y aborrece el festín de las águilas.»

Canta un himno lúgubre, pero que triunfe, al fin, lo mejor.

«Ella la Hermosa, tan amiga de los tiernos cachorros de feroces leones y tan grata para los retoños deseosos, aún de la teta, de las fieras silvestres, pide que se cumplan los presagios de estos hechos y las visiones favorables y a la vez acusadoras de las aves. Pero yo invoco a Peán, el sanador, para que la diosa no proporcione a los dánaos una larga demora en el puerto, en las naves retenidas por vientos contrarios, provocando un nuevo sacrificio sin flautas ni festines, artífice familiar de discordias que no respeta ni al esposo. Pues aguarda un terrible, traidor, infatigable intendente, el rencor memorioso que toma venganza de los hijos.»

Estos fueron los destinos fatales que, junto a los venturosos, sacados de las aves agoreras proclamó Calcante para la casa de los reyes. Y de acuerdo con ellos canta el himno lúgubre, lúgubre, pero que triunfe, al fin, lo mejor.

Zeus, quienquiera que sea, si quiere ser designado así, así te invoco. Nada puedo, por más que todo lo pondero, comparar con Zeus, si es que en verdad hay que arrojar el peso vano de la cavilación.

El que antes era grande, rebotante de audacia, invencible, nadie habla de él, ya existió; y el que vino después, halló un vencedor. Mas, el hombre que con fervor hará resonar epinicios en honor de Zeus alcanzará la suprema sabiduría.

Él condujo a los hombres al saber, estableciendo como ley: «el aprender sufriendo». En vez del sueño destila el corazón un dolor por males pasados, y a los rebeldes llega incluso la sensatez. Sin duda un favor violento de los dioses sentados cabe el timón augusto.

De este modo el caudillo superior de las naves aqueas, sin censurar al adivino, cedió a los vientos del destino adverso cuando por la calma y el ayuno el pueblo aqueo sufría detenido enfrente de Calcis, en medio de las agitadas aguas de Áulide.

Pues los vientos venían del Estrimón, trayendo funestos descansos, hambres, peligrosos anclajes, dispersión de hombres, ruina de naves y jarcias; y prolongando más la demora consumían con la tardanza la flor de los argivos. Y cuando el adivino, invocando a Artemis, anunció a los jefes otro remedio más penoso que la amarga tempestad, los Atridas golpeando la tierra con sus báculos no pudieron contener las lágrimas.

Y así el rey más anciano habló de esta forma: «Penoso es mi destino si desobedezco,

pero penoso también si doy muerte a mi hija, orgullo de la casa, mancillando ante el altar mis manos paternas con arroyos de sangre virginal. ¿Cuál de las dos acciones está libre de males? ¿Cómo voy a dejar las naves, faltando a mi alianza? Porque si el sacrificio y la sangre virginal calman los vientos, es lícito desearlo apasionadamente. Sea para bien.»

Y después que su cuello fue uncido al yugo del destino, y sopló en su mente un viento contrario, impío, impuro, sacrílego, desde entonces cambió de opinión hasta resolver un acto de increíble audacia. Porque a los mortales enardece la mísera demencia, torpe consejera, causante de desgracias. Él, pues, se atrevió a hacerse verdugo de su hija, para ayudar a una guerra en venganza de una mujer, y como ofrenda propiciatoria por las naves. Las súplicas, los clamores a su padre, la edad virginal, en nada lo tuvieron los jefes deseosos de guerra. Después de la plegaria, al ver a la muchacha asida con toda su fuerza a los vestidos de su padre, ordenó éste a los siervos que, a manera de cabra, inclinando su cuello hacia adelante, la condujeran en vilo sobre el altar y ahogaran todo grito de maldición para la casa amordazando su hermosa boca con la violencia y la fuerza muda de un freno.

Hasta el suelo se desliza su túnica teñida de azafrán y de sus ojos lanzaba dardos lastimeros a cada sacrificador. Parece por su porte una imagen que quiere hablar, ella que tantas veces en los banquetes suntuosos de los Atridas había cantado y entonado amorosamente con voz pura y virginal, en la tercera libación, el feliz peán del padre querido.

Lo que después sucedió ni lo vi ni lo digo, pero las artes de Calcante no fueron vanas. Justicia otorga, a los que han sufrido, conocimiento; el futuro, cuando suceda, lo oirás. De momento déjalo correr, no llores antes de hora, pues claramente llegará con los rayos de la aurora. Y en adelante salgan tan bien las cosas como las desea la que, aquí presente, es el único baluarte que defiende la tierra de Apis.

(Sale Clitemnestra.)

CORIFEEO. Vengo, Clitemnestra, a rendir homenaje a tu poder, pues es justo honrar a la esposa de un príncipe, cuando el trono carece de varón. Pero ya sea que sacrifiques por haber recibido alguna buena noticia, ya sea por gratas esperanzas, te escucharía con gusto; pero no me ofenderé si callas.

CLITEMNESTRA. Dulce mensajera, como dice el proverbio, sea la Aurora, hija de

la madre Noche. Oirás una alegre noticia mayor que toda esperanza: los argivos han conquistado la ciudad de Príamo.

A

CORIFEO. ¿Qué dices? Tus palabras me han escapado de tan increíbles.

CLITEMNESTRA. Troya es de los aqueos. ¿Hablo claramente?

CORIFEO. La alegría me inunda provocando mis lágrimas.

CLITEMNESTRA. Sí, tus ojos revelan tus buenos sentimientos.

CORIFEO. ¿Es digno de crédito? ¿Posees de ello alguna prueba?

CLITEMNESTRA. La tengo, ¿cómo no?, si un dios no me ha engañado.

CORIFEO. ¿Acaso honras a las crédulas visiones de los sueños?

CLITEMNESTRA. No podría aceptar la opinión de una mente dormida.

CORIFEO. ¿O es un rumor sin alas el que te ha engordado?

CLITEMNESTRA. Te burlas de mi juicio como si fuera el de una niña.

CORIFEO. ¿Y desde cuándo ha sido destruida la ciudad?

CLITEMNESTRA. Te lo digo: en la noche que ha engendrado este día.

CORIFEO. ¿Y qué mensajero podría llegar tan rápidamente?

CLITEMNESTRA. Hefesto, que desde el Ida ha enviado un fulgor brillante. Una lumbrera enviaba aquí, otra lumbrera por un correo de fuego: el Ida al monte Hermeo de Lemno; desde esta isla acoge la gran hoguera, la tercera, la cumbre de Atos, consagrada a Zeus; saltando sobre el dorso del mar, la fuerza de la antorcha viajera, el pino ardiente, transmite alegre su brillo dorado, como un sol, a las cumbres del Macisto; éste, sin demora ni dejarse vencer por un sueño irreflexivo, no descuida su turno de mensajero: de lejos la luz de la lumbrera señala a los guardianes del Mesapio su paso por las corrientes del Euripo; ellos hacen brillar su respuesta y envían adelante el mensaje prendiendo fuego a un montón de brezo seco. Vigorosa y sin nunca apagarse, la llama corre de un salto la llanura del Asopo, a manera de luna brillante hasta las rocas del Citerón, y allí despierta otro relevo del fuego mensajero. La guardia no se niega a la luz viajera quemando más que los precedentes. La luz se lanzó por encima de la laguna Gorgopis, y llegando al monte Egiplancto les ordena a no retrasar el servicio del fuego. Envían, prendiéndola con ímpetu pletórico, una gran barba de fuego, que resplandece a lo lejos hasta lanzarse al otro lado del promontorio que vigila el estrecho del Satánico. En cuanto

llega al monte Araene busca la cumbre vecina de esta ciudad y, por fin, alcanza esta mansión de los Atridas una luz que no es sin parentesco con el fuego del Ida.

Tales son las órdenes dadas a mis lampadeforos, que se han cumplido por relevos sucesivos y vencen el primer corredor y el último. Esta es la prueba y la señal, te digo, que me envía mi esposo desde Troya.

CORIFEO. Después, señora, daré gracias a los dioses; pero yo quisiera oír del principio al fin lo que acabas de decir y sorprenderme de ello.

CLITEMNESTRA. Troya los aqueos poseen en este día. Creo que se alza de la ciudad un clamor inconfundible: si viertes vinagre y aceite en la misma vasija, podrás decir que se separan hostilmente. Así es posible oír, por separado, los gritos de vencidos y vencedores, siendo diversa su fortuna. Unos, caídos en tierra, abrazan los cadáveres de esposos y hermanos, y los niños, hijos de padres ya ancianos, gimen del fondo de una gargante esclava por la muerte de los seres más queridos. A otros, la noctívaga fatiga después de la batalla los aglomera, hambrientos, al banquete de lo que guarda la ciudad, sin orden alguno, sino según la suerte que ha tocado a cada uno. En las casas conquistadas de Troya viven ya, libres de las heladas y de los rocíos al raso. ¡Cuán felices dormirán toda la noche sin montar guardia!

Si ellos honran a los dioses, patronos de la tierra cautiva, y los templos de esos dioses, los conquistadores no serán a su vez conquistados. Pero que no se apodere de los soldados un deseo de saquear lo que no es lícito, vencidos por el deseo de lucro. Porque necesitan un regreso seguro a la patria, recorrer la vuelta de la doble carrera. Incluso si el ejército regresa sin ofensa contra los dioses, pudiera despertarse el dolor de los muertos, si es que no ocurre alguna inesperada desgracia. Tales cosas escuchas de mí, que soy una mujer; pero que triunfe el bien de modo que se vea de manera clarísima. Pues prefiero este disfrute a muchos dones.

CORIFEO. Mujer, tú hablas con cordura como un varón sensato. Yo, después de escuchar de ti pruebas convincentes, me dispongo a invocar a los dioses. Porque nos han otorgado una gracia no indigna de nuestros trabajos.

CORO. ¡Oh soberano Zeus, oh noche amiga, conquistadora de grandes glorias! Tú has lanzado sobre las torres de Troya una red que las cubre de modo que ni grande ni pequeño han podido evitar el fuerte cáncamo de la esclavitud de Ate que todo lo avasalla.

Yo adoro al gran Zeus hospitalario que ha realizado esta hazaña de tensar desde antiguo el arco contra Alejandro, a fin de que ni antes del blanco ni más allá de las estrellas fuera lanzada en vano la flecha.

De Zeus puede decirse que es el golpe: fácil es de rastrearlo. Actuó como había decretado. Alguien ha dicho que los dioses no se dignan cuidarse del mortal que pisotea la gracia intangible, pero éste no es hombre piadoso. Pues a los hijos alcanza el castigo por acciones que no deben ser osadas, si alguien aspira a más de lo justo, si una casa desborda de opulencia excesiva. Sea sin peligro la riqueza, de modo que baste al hombre juicioso.

Porque no hay defensa para el hombre que, ahído de riqueza, cocea contra el gran altar de la Justicia para destruirlo.

Le fuerza la funesta Persuasión, hija irresistible de Ate consejera. Todo remedio es inútil. La culpa no se puede esconder, sino que brilla con fulgor siniestro. A manera de mala moneda ennegrecida por el uso y los golpes, así resulta al ser juzgado, pues se porta como un niño que persigue un pájaro que vuela, causando a su ciudad un dolor inmenso. Ninguno de los dioses escucha su plegaria: aniquilan al varón injusto, culpable de estos crímenes.

Así sucedió con Paris que, entrando en la casa de los Atridas, afrentó la mesa hospitalaria con el rapto de una esposa.

Y ella, dejando a su pueblo choques tumultuosos de escudos, lanzas y aprestos de naves, llevando en vez de dote la ruina para Ilión, atravesó con rapidez las puertas y se atrevió a hacer lo que no debía. Profundamente temían los adivinos del palacio diciendo: «¡Oh casa, casa y príncipes! ¡Oh lecho y huellas de un esposo amante! Es posible ver el silencio humillante, irreprochable, sin olvido del marido abandonado. Por la nostalgia de la que está allende del Mar, un fantasma parecerá reinar en esta casa.»

El encanto de estatuas tan bellas es odioso al marido, en sus ojos vacíos se disipa del godo Afrodita.

En sueños se le aparecen dolorosas figuras que le traen una vana alegría. Vana, sí, porque cuando imagina ver lo deseable, se desliza fugitiva de sus manos la visión, recorriendo con sus alas los caminos del sueño. Tales son los dolores en el hogar de esta casa y ogros que superan a éstos. En godas partes, en las moradas de cada uno de los que

partieron juntos de la tierra helénica, se manifiesta una pena que destroza el corazón. Muchas son, por cierto, las desgracias que hieren el alma.

Cada cual sabe el familiar que partió para la guerra; pero en lugar de hombres, sólo urnas y cenizas retornan a sus casas.

Ares, el cambista de cadáveres, coloca su balanza en medio de la lucha, y llenando fácilmente las urnas de cenizas humanas, envía desde Ilión a los amitos, carbonizado, un penoso polvo causa de amargas lágrimas. Y timen ensalzando ya a uno como «insigne en la batalla», ya a ogro como «caído gloriosamente en la matanza» por culpa de una mujer ajena. Tales murmuraciones se profieren quedamente y un resentimiento doloroso se esparce contra los Agridas vengadores.

En cambio, allí mismo, en torno a la muralla, ogros bizarros guerreros ocupan, sepultados, la tierra íliaca.

Peligroso es el rumor de los ciudadanos, lleno de ira: así se pata la deuda debida a maldición del pueblo. Mi ansiedad espera escuchar alto escondido en la noche, pues los dioses no dejan de vigilar a los homicidas. Y las negras Erinis, con el tiempo, hunden en las tinieblas, con trastorno infortunado de su vida, al que ha prosperado contra justicia, y cuando está entre los invisibles ya no tiene fuerza. Es riesgo grave la gloria excesiva, pues Zeus hiere con rayos certeros.

Yo prefiero una prosperidad sin envidia; ni sea un destructor de ciudades, ni, cautivo, vea mi vida sometida a ogros.

Por la ciudad se extiende una veloz noticia llevada por el fuego mensajero de tragas nuevas. ¿Quién sabe si es auténtica o si es un engaño de los dioses? ¿Quién es tan infantil o privado de razón que inflamado su corazón por un reciente mensaje de la llama, luego, si el caso es ogro, se amilane? Es propio del gobierno de una mujer expresar su contenido antes de que aparezca la realidad. Demasiado crédula se extiende rápidamente la opinión femenina; pero rápida también parece la nueva proclamada por mujer.

CORIFEEO. Pronto sabremos si esas antorchas brillantes, los relevos de las hogueras y del fuego son verdaderos o si, como los sueños, esta alegre luz ha venido a engañar nuestros sentidos. Veo a un mensajero que viene de la ribera sombreado por las ramas del olivo. Este polvo sediento, hermano y vecino del lodo, me atestigua que no sin voz ni encendiendo la llama con leña del bosque te dará noticias con el humo del fuego, sino

que hablando nos invitará a alegrarnos aún más. O... me horroriza el relato contrario. ¡Ojalá que a la ventura que ya se ha mostrado se añada otro acontecimiento favorable! Y si alguien hace votos para la ciudad en otro sentido, que él mismo coja el fruto de la perversidad de su corazón.

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. ¡Oh suelo patrio de la tierra argiva! En este día del año décimo llego a ti, habiendo conseguido una esperanza después de muchas fallidas. Pues jamás pensaba que en esta tierra de Argos, al morir, iba a tener mi parte de queridísima sepultura. Salve, tierra, salve, luz del sol, y tú, Zeus, supremo soberano del país, y el señor Pitio, que ya no enviarán el arco más flechas contra nosotros: bastante tiempo, junto al Escamandro, nos fuiste hostil; pero ahora sé nuestro salvador y médico, señor Apolo. A los dioses que presiden el ágora, a todos os invoco, y a mi protector Hermes, mensajero querido, orgullo de los mensajeros, y a los héroes que nos acompañaron: recibid de nuevo benévolos al ejército que queda todavía de la guerra. ¡Oh mansión de los reyes, techos queridos, bancos augustos, estatuas brillantes de los dioses! Si alguna vez en otro tiempo, también ahora acoged dignamente con estos resplandecientes rostros al rey, después de tantos años. Pues viene nuestro rey Agamenón, llevando para vosotros y para todos éstos una luz en plena noche. Recíbidle de corazón, se lo merece, después que destruyó Troya, habiendo removido el suelo con el pico de Zeus el justiciero. Han desaparecido los altares y los templos de los dioses; la semilla de todo el país ha sido eliminada. Habiendo lanzado sobre Troya un pesado yugo, ha llegado el soberano Atrida, anciano afortunado. De todos los hombres de ahora es el más digno de ser honrado: pues ni Paris ni la ciudad que comparte el castigo pueden jactarse que la hazaña sea mayor que la pena. Condenado por raptó y hurto, ha perdido la presa y ha segado de raíz su casa paterna y su país. Doblemente los Priámidas han pagado sus culpas.

CORIFEO. ¡Salve, mensajero del ejército de los aqueos!

MENSAJERO. Sí, estoy convencido; no negaré a los dioses mi muerte.

CORIFEO. Estabais heridos del deseo por quienes os deseaban.

MENSAJERO. Quieres decir que esta tierra a floraba el ejército, que también le añoraba.

CORIFEO. Mucho ha llorado mi corazón enlutado.

MENSAJERO. ¿De dónde procedía este amargo sufrimiento?

CORIFEO. Hace tiempo que el silencio es el único remedio de mis males.

MENSAJERO. ¿Y cómo? Ausentes tus reyes, ¿temías a alguien?

CORIFEO. Tanto que ahora morir sería para mí, como para ti, una gran alegría.

MENSAJERO. Sí, porque las cosas han acabado bien. Pero todo lo que se prolonga puede decirse que tiene por un lado desenlaces felices y por otro motivos de reproche. ¿Quién, excepto los dioses, está libre por completo de dolores durante toda su existencia? ¡Si te contara nuestras fatigas, las malas noches a la intemperie, los pasamanos estrechos y los duros lechos de cubierta! ¿Qué parte del día pasábamos sin gemir ni lamentarnos? Y luego, en tierra, todavía era peor nuestro enfado: los lechos estaban junto a los nuevos enemigos, y del cielo y de la tierra los rocíos de los prados nos empapaban, ruina continua de la ropa, llenando de insectos nuestro pelo. Y si te hablara del invierno, matador de las aves -¡cuán intolerable nos lo hacía la nieve Idea!-; o del calor cuando el ponto cae dormido, sin olas en su lecho meridiano de bonanza. ¿Por qué padecer por estas cosas? Pasaron los sufrimientos, pasaron en verdad; los muertos ya ni siquiera desean levantarse de nuevo. ¿Por qué hay que contar el número de los muertos y que los vivos sufran por la suerte adversa? Yo juzgo digno alegrarse ahora por lo que ha sucedido. Para los que quedamos del ejército argivo, vence la ganancia, y la pena no indina la balanza. Así es que tenemos el derecho de jactamos al resplandor de este sol que vuela por encima del mar y de la tierra: «Conquistada Troya, el ejército argivo ha colgado para los dioses en los templos de Grecia este botín, antiguo y digno ornamento.» Los que oigan esto tienen que elogiar a la ciudad y a sus caudillos; y también será honrada la merced de Zeus que lo ha cumplido todo. Tienes el mensaje completo.

CORIFEO. No niego que soy vencido por tus razones: los viejos con siempre jóvenes para aprender una buena lección. Pero a esta casa y a Clitemnestra principalmente conciernen como es natural estas nuevas, aunque a mí una parte de riqueza.

CLITEMNESTRA. He lanzado hace tiempo un grito de alegría, cuando llego el primer mensajero nocturno de fuego, anunciando la conquista y destrucción de Troya. Y alguien censurándome me dijo: «Convencida por estas señales de fuego, ¿crees que Troya ha sido ya destruida? Muy propio es de mujer dejar exaltar así el corazón...» Con

tales razones me hacían pasar por loca. Con todo, hice sacrificios; y por mandato de esta mujer aquí y allí, a través de la ciudad, se lanzaban los gritos rituales invocando a los dioses en los templos y adormeciendo el devorante ardor de las llamas perfumadas. Ahora, ¿por qué es preciso que me cuentes más cosas? Por el propio rey me enteraré de todo. Me apresuraré a recibir del mejor modo a mi amado esposo que regresa; pues, para una mujer, ¿qué día hay más dulce de ver que éste para abrir de par en par las puertas cuando un dios ha salvado al marido de la guerra? Comunícale a mi esposo: «Que venga cuanto antes a una ciudad querida. Encontrará, al llegar, que su esposa en su casa es fiel, tal como la dejo, perra guardiana, buena para él y feroz para sus enemigos, la misma en todo lo demás, que no ha roto ningún sello en un tiempo tan largo. El placer y las habladurías referentes a otro hombre, los ignoro tanto como el temple del bronce.» Tal es mi jactancia, pero llena de verdad no es vergonzosa cuando la proclama una mujer noble.

(La reina entra en palacio.)

CORIFEEO. La reina ha hablado, si tú lo comprendes, un lenguaje apropiado para los agudos intérpretes. Pero dime, mensajero, te pregunto por Menelao: ¿ha vuelto ya y, salvo, regresará de nuevo con nosotros, príncipe tan querido de esta tierra?

MENSAJERO. No podría relatar lo que es falso de una manera tan bella que aprovechara por mucho tiempo a los amigos.

CORIFEEO. ¿Como podrías decir noticias verdaderas de suerte que fueran agradables? Separadas unas de otras no se ocultan fácilmente.

MENSAJERO. El rey ha desaparecido del ejército aqueo, y, con él, su navío. No miento.

CORIFEEO. ¿Se embarco desde Ilión, a la vista de todos, o una tempestad, aflicción común, la arrebató al ejército?

MENSAJERO. Como hábil arquero has hecho diana: con pocas palabras has dicho un gran desastre.

CORIFEEO. ¿Y le daban por vivo o por muerto las noticias de los otros navegantes?

MENSAJERO. Nadie lo sabe para poderlo anunciar exactamente, solo el sol que nutre de vida a la tierra.

CORIFEEO. ¿Como dices que vino la tempestad sobre la flota por la ira de los dioses y como termino?

MENSAJERO. Un día propicio no conviene ensuciarlo con una lengua mensajera de desgracias: es aparte el honor debido a los dioses. Cuando un mensajero, con rostro triste, trae a una ciudad el abominable dolor de la derrota de su ejército -a la ciudad le ha alcanzado una herida común, mientras que muchos guerreros son sacados de sus casas por el doble látigo que ama Ares, calamidad de dos puntas, yugo sangriento-, cargado de tales desgracias debe ese mensajero entonar este peán a las Erinis. Pero llegando, feliz mensajero de sucesos salvadores, a una ciudad alegre de dicha, ¿como mezclaré los bienes con los males, contando una tempestad que no puede haber caído sobre los aqueos sin la ira de los dioses? Se conjuraron, siendo antes enemigos, fuego y mar y mostraron su alianza destruyendo la miserable armada de los argivos. Durante la noche se alzaron males con olas crueles. Vientos de Tracia hacían chocar entre sí los navíos: corneándose con violencia entre el tifón tempestuoso y el turbión de lluvia que los azotaba, desaparecieron en el torbellino del cruel pastor. Y cuando se elevó la luz brillante del sol, vemos al mar Egeo florecido de cadáveres de los aqueos y de restos de naves. A nosotros y a nuestra nave, con el casco indemne, alguien nos ; salvó ocultamente o rogó por nosotros un dios, no un hombre, cogiendo el timón. Fortuna salvadera se sentó de grado sobre la nave, de suerte que ni en el anclaje tuvimos la furia del oleaje ni encallamos en los escollos de la costa. Después, habiendo escapado de aquel Hades marino, durante el blanco día, sin fe en nuestra suerte, dábamos paso a nuestros pensamientos con un nuevo sufrimiento: arruinada la flota y cruelmente reducida a cenizas. Y ahora, si alguno de aquéllos está con vida, debe hablar de nosotros como muertos, ¿por qué no?, y nosotros pensamos que ellos sufren este mismo . destino. ¡Que suceda lo mejor! Pues confía que Menelao, el primero y antes que nadie, volverá. Al menos, si algún rayo de sol le descubre vivo viendo la luz, por los recursos de Zeus que aún no quiere extinguir su linaje, hay esperanza de que regrese algún día a su casa. Después que has escuchado este relato, sabe que te has enterado de la verdad.

(Sale el mensajero.)

CORO. ¿Quién sino alguien a quien no vemos y que en su presidencia de lo que está decretado rige con acierto su lengua, daba este nombre del todo verídico a la casada entre lanzas, rodeada de discordia, a Helena? Pues de acuerdo con su nombre, ha perdido a las naves, ha perdido a los hombres, ha perdido a las ciudades, cuando de entre cortinas

suntuosas se hizo a la mar al soplo del céfiro poderoso, y tras ella numerosos cazadores armados de escudos que seguían la estela fugitiva de los remos, después que ellos habían desembarcado en las riberas frondosas del Simoente, llevados por una Eris sangrienta.

Una cólera de infalibles designios empujó una boda de nombre cierto para Ilión, exigiendo con el tiempo la paga por el ultraje perpetrado a la mesa y a Zeus, defensor del huésped, de aquellos que ruidosamente celebraban el canto en honor de los esposos, el himeneo que aquel día correspondía a los parientes entonar. Mas ahora, aprendiendo otro himno en lugar de éste, la vieja ciudad de Príamo gime con fuerza un canto de lamentos, llamando a Paris «el funesto desposado», y llora su vida llena de ruinas y de llanto, habiendo tenido que soportar la visión de la mísera sangre vertida de los ciudadanos.

Así un hombre crío en su casa un cachorro de león, privado de la leche materna pero deseoso aún de mamar, manso en los inicios de su vida, amigo de los niños y alegría para los mayores; muchas veces estaba en brazos, a manera de un bebé, mirando con ojos brillantes hacia la mano y moviendo la cola a impulso de las necesidades del vientre.

Pero, con el tiempo, reveló la naturaleza que había recibido de sus padres. Pues devolviendo el favor a los que lo criaron, se preparó espontáneamente un festín con ruinosa matanza de ovejas. La casa se inundó de sangre, dolor ineluctable para sus habitantes, azote de innumerables muertos. Por voluntad de un dios ha sido criado en la casa un sacrificador de destrucción.

De momento llegó a la ciudad de Ilión, pudiera yo decir, un espíritu de bonanza en ausencia de vientos, dulce ornamento de riqueza, tierno dardo de los ojos, flor del deseo que muerde los corazones. Pero ella, desviando su camino, cumplió un amargo fin de su boda: funesta donde vive, funesta compañera, se ha precipitado, por orden de Zeus Hospitalario, sobre los Priámidas, Erinis luctuosa para las esposas.

Desde antaño existe entre los mortales una vieja sentencia: la felicidad humana, cuando crece poderosamente, engendra hijos y no muere sin ellos, y de la excelsa fortuna brota para el linaje una miseria insaciable. Diferente de los otros es mi opinión: pues es la acción impía que engendra muchas otras, semejantes a su raza; porque en las casas donde se asienta la justicia, el destino tiene siempre hijos hermosos.

Mientras que la insolencia, cuando es vieja, suele engendrar entre los malvados otra nueva, ahora o luego, cuando llega el día fijado del parto, y con ella una diosa invencible,

irresistible, impía audacia de negra Ate para las casas, imagen de sus padres.

Justicia, con todo, luce en las moradas de techos ahumados y honra una vida pura. Pero, apartando la vista de las mansiones doradas con suciedad de manos, las deja y se dirige hacia las piadosas, no honrando el poder de la riqueza y su falso sello de gloria. Y todo lo conduce a su término.

(Llega Agamenón, con Casandra, en un carro.)

CORIFEO. Oh mi rey, destructor de Troya, vástago de Atreo ¿cómo he de saludarte? ¿Cómo honrarte, sin excederme ni quedarme corto en el oportuno homenaje? Muchos son los mortales que honran la apariencia transgrediendo la justicia. Todos están prestos a llorar al desgraciado -pero la mordedura del dolor no alcanza nunca el hígado-, y fingiendo compartir una alegría fuerzan un semblante adusto. Pero al buen conocedor de su ganado no pueden escapar unas miradas que, pareciendo proceder de un corazón leal, le halagan con una amistad aguada. Cuando tú, entonces, a causa de Helena -no voy a ocultártelo- enviaste una expedición, formé de ti una imagen desagradable: incapaz de gobernar el timón del pensamiento, hiciste morir a muchos hombres para rescatar una audacia voluntaria. Mas, ahora, de lo profundo del corazón y como un verdadero amigo doy la bienvenida a los que han terminado bien la empresa. Con el tiempo conocerás, si investigas, quién de los ciudadanos administra la ciudad justa o injustamente.

AGAMENON. Primeramente es justo saludar a Argos y a sus dioses, coautores de mi retorno y de la justicia que tomé contra la ciudad de Príamo. Los dioses, sin atender los argumentos de las partes, con decisión unánime sus votos homicidas, destrucción de Ilión, echaron en una urna sangrienta; pero a la contraria que quedó vacía, sólo se acercó la esperanza de una mano. La ciudad conquistada humea visiblemente. Viven sólo las tempestades de Ate: muriendo con Troya la ceniza envía hacia el cielo grasientos vapores de riqueza. A los dioses hemos de pagar por todo esto una deuda inolvidable de gratitud, si en verdad hemos vengado cumplidamente el rapto y por una mujer una ciudad pereció bajo el monstruo argivo, cría de un caballo, tropa armada de escudo, que se lanzó al ocultarse las Pléyades, y saltando por encima de los muros, como carnicero león, lamió hasta saciarse de la sangre de príncipes.

En honor de los dioses he alargado este prelude. En cuanto a los sentimientos que te he oído expresar, los recuerdo; yo digo lo mismo y me tienes a tu lado. Pocos de los

hombres tienen la innata cualidad de honrar sin envidia al amigo afortunado. Un veneno malévolamente invadiendo el corazón dobla el dolor del que posee esta enfermedad: se agobia con sus propias desgracias y gime al contemplar la dicha ajena. Por experiencia puedo decir -pues conozco bien el espejo del trato humano- que aquellos que parecían serme muy adictos resultaron la imagen de una sombra. Sólo Ulises, que embarcó contra su voluntad, una vez uncido fue para mí valeroso caballo de tirante; te lo digo ya esté muerto, ya vivo.

En cuanto a lo demás que atañe a la ciudad y a los dioses, abriendo públicos debates en la asamblea, lo trataremos. Hay que buscar la manera de que dure mucho tiempo lo que esté bien; y si alguno precisa remedios curativos, quemando o cortando prudentemente, intentaremos alejar el azote de la enfermedad.

Ahora, entrando en el palacio y en mi hogar, saludaré en primer lugar a los dioses, que después de haberme enviado lejos me trajeron otra vez. ¡Que la Victoria, puesto que me ha seguido, permanezca aquí por siempre!

(Clitemnestra sale del palacio junto a sus esclavas, que portan telas y tejidos preciosos.)

CLITEMNESTRA. Ciudadanos, veneración de los argivos, no voy a avergonzarme de expresar delante de vosotros mi amor por mi marido: con el tiempo desaparece la timidez en las personas. Sin haberlo aprendido de otros, os contaré mi propia vida agobiante durante el tiempo en que este hombre estuvo al frente de Ilión. En primer lugar, es un mal terrible para una mujer quedarse sola en casa, lejos de su esposo; y luego, venga uno y otro a llevar noticias cada vez peores, gritando males para la casa.

Y si este varón hubiera recibido tantas heridas como el rumor traía a la casa, bien se puede decir que estaría más agujereado que una red. Y si estuviera muerto tantas veces como contaban los relatos, podría jactarse, Gerión segundo, de haber tenido tres cuerpos y de haber recibido una triple carga de tierra, ? muriendo una vez con cada una de estas tres formas. Por esos rumores tan malignos, otras personas soltaron violentamente muchos lazos que, colgando del techo, aprisionaban ya mi cuello.

Por estas causas no está junto a mí, como debería, tu hijo garantía de nuestra fe, Orestes. No te extrañes: le cría un huésped amigo, Estrofo el focense, que me anunciaba penas dobles: tu peligro al pie de Ilión, y que un motín popular derribara el Consejo, ya

que es innato a los hombres cocear al ' caído. En un alegato como éste no hay engaño.

En cuanto a mí, se me han secado las fuentes copiosas de las lágrimas; no queda ni una gota. Con las largas vigiliass mis ojos están enfermos de llorar esperando las llamas anunciadoras de tu vuelta, que siempre eran retrasadas. Y durante mis sueños, era despertada por los vuelos ligeros de un mosquito zumbador, después de ver más desgracias sobre ti que tiempo duraba el sueño.

Ahora, tras tanto dolor, con el corazón libre de angustia, bien puedo llamar a este hombre perro guardián de la casa, cable salvador de la nave, firme columna del elevado techo, hijo unigénito de un padre, tierra aparecida a los navegantes con tra toda esperanza, día bellissimo de ver después de la tormenta, chorro de fuente para el sediento caminante. Es dulce escapar de toda necesidad: de tales saludos le juzgo digno. ¡Que se aleje la envidia: muchas son las desgracias que hemos sufrido ya antes! Y ahora, querido, descende de este carro sin poner en el suelo tu pie, oh señor, destructor de Troya. ¿Qué esperáis, esclavas, a quienes se ha mandado cubrir con una alfombra el suelo de su carrera? Que el camino sea al punto cubierto de púrpura para que la justicia le conduzca a una mansión no esperada. Lo demás, mi cuidado, no vencido del sueño, lo cumplirá justamente con ayuda de los dioses, de acuerdo con lo fijado por el destino.

AGAMENÓN. Hija de Leda, guardián de mi casa, has hablado de manera semejante a mi ausencia, pues te has extendido largamente. Pero alabarme dignamente es un homenaje que ha de venir de otros. Por lo demás, no me mimes a manera de mujer, ni como si fuera un bárbaro me acojas, postrada, con clamores, ni extendiendo alfombras hagas envidioso mi camino. A los dioses hay que honrar así; pero, siendo yo mortal, no puedo caminar sin miedo en medio de bordadas maravillas. Digo que me honres como a un hombre, no como a un dios. Sin alfombras ni bordados también mi fama grita, y el no ser insensato es el mayor regalo del los dioses. Feliz se ha de llamar sólo al que ha terminado la vida en grato bienestar. Te lo dije, yo no podría hacer confiadamente lo que desea.

CLITEMNESTRA. Ahora, respóndeme a esto con entera franqueza.

AGAMENÓN. Ten por cierto que no falsearé mi pensamiento.

CLITEMNESTRA. En un momento de temor, ¿habrías prometido a los dioses obrar así?

AGAMENÓN. Sí, si alguien bien entendido me hubiera manifestado este deber.

CLITEMNESTRA. ¿Qué crees que hubiera hecho Príamo si hubiera logrado esta victoria?

AGAMENÓN. Me parece de cierto que habría pisado tejidos bordados.

CLITEMNESTRA. Así pues, no temas a las censuras humanas.

AGAMENON. Con todo, la opinión del pueblo tiene gran fuerza.

CLITEMNESTRA. El que no es envidiado no es digno de envidia.

AGAMENÓN. Ni es propio de mujer desear pendencias.

CLITEMNESTRA. A los afortunados también conviene el dejarse vencer.

AGAMENON. ¿Tú en tanto estimas la victoria en esta disputa?

CLITEMNESTRA. Créeme y concédeme voluntariamente la victoria.

¡AGAMENÓN. Pues bien, si así lo deseas, que me desaten al punto las sandalias, calzado esclavo de mi pie, y que al pisar esta púrpura ninguno de los dioses alce contra mí desde lejos una mirada envidiosa. Es una gran vergüenza arruinar la casa destrozando con los pies un tesoro de tejidos pagados en plata. Pero basta de esto. A la extranjera, acógela con bondad: la divinidad mira con ojos complacida al que gobierna con dulzura. Nadie con gusto lleva el yugo de esclavo. Y esta mujer que me acompaña es flor escogida entre muchas riquezas, regalo del ejército. Y puesto que me he sometido a obedecerte en esto, voy a entrar en las salas del palacio pisando púrpura.

CLITEMNESTRA. Existe el mar -¿quién podrá agotarlo?- que nutre el jugo de la abundante púrpura, preciado cual la plata, siempre renovado, tinte de los tejidos. La casa, gracias a los dioses, tiene de todo esto, señor: no conoce el palacio la pobreza. Habría ofrecido en mis votos el hollar de muchos tapices, si los oráculos lo hubieran ordenado a esta casa cuando buscaba yo la manera de rescatar tu vida. Porque mientras la raíz vive, el follaje llega a la casa, extendiendo su sombra que protege del perro Sirio. Así, cuando tú has regresado al hogar del palacio, el calor anuncia su llegada en medio del invierno; y cuando Zeus hace vino de la uva ácida, entonces hay en la casa un soplo fresco, si un varón cumplido retorna a palacio. ¡Oh Zeus, Zeus que todo lo cumples, cumple mis deseos, y toma interés en aquello que vayas a cumplir!

(Clitemnestra entra en palacio.)

CORO. ¿Porqué este temor se cierne pertinaz en mi corazón y vaticina graciosa y

espontáneamente? ¿Por qué no puedo escupir a la manera de los sueños oscuros y un valor persuasivo no se sienta en el trono de mi mente? El tiempo ya pasó desde que las amarras fueron arrojadas a las orillas arenosas, cuando el ejército naval llegó a Troya.

Me he enterado de su regreso por mis ojos, testigo soy; sin embargo, mi corazón, desde dentro, sin lira, autodidacto, entona el canto fúnebre propio de la Erinis, y ya no poseo el querido valor de la esperanza. Pero mis entrañas no se equivocan: mi corazón en el vaticinio de mi mente gira y gira con movimientos que se cumplen. Solicito a los dioses que tales cosas caigan de mi esperanza, como mentiras, al lugar donde no se realicen.

Sí, en verdad, el límite de la excelente salud es insaciable, pues la enfermedad, cual vecino medianero, se le echa encima y un próspero destino humano choca en invisible escollo. Si al menos, con honda moderada, el miedo ha arrojado una parte de la riqueza adquirida, la casa no se hunde por completo a pesar de la carga excesiva de opulencia y el navío no se precipita al fondo del mar. Un gran don de Zeus, abundante y nacido de los surcos de las cosechas anuales, aleja la plaga del hambre.

Mas la negra sangre de un hombre, una vez vertida al suelo, ¿quién podría devolverla a la vida con encantos? Al que sabía la recta manera de hacer volver de entre los muertos, ¿no le detuvo Zeus para nuestro bien? Pero si un destino establecido por los dioses no impidiera al propio llevarse más de lo debido, mi corazón, adelantándose a la lengua, revelaría estas cosas; pero ahora brama en las tinieblas, con ánimo afligido, sin esperanza de que se cumpla oportunamente ningún propósito, mientras ardiente viva mi pecho.

(Clitemnestra sale del palacio.)

CLITEMNESTRA. Entra en palacio también tú, Casandra, a ti lo digo. Ya que Zeus, benévolutamente, te ha hecho partícipe de las libaciones en el palacio -de pie entre numerosos esclavos junto a su altar-, baja de ese carro y no seas soberbia. También el hijo de Alcmena dicen, fue vendido y se resignó a la vida de la hogaza servil. Pero si la necesidad inclina la balanza en este sentido, es una gran suerte hallar unos señores ricos de antiguo. Pero, los que sin esperarlo recogieron una hermosa cosecha, son siempre crueles y rigurosos con los esclavos. Tú has oído ya nuestras costumbres.

CORIFEO. (A Casandra.) A ti acaba de hablarte claramente. Puesto que estás dentro de una red fatal, obedece si estás dispuesta a hacerlo; pero quizá no lo hagas.

CLITEMNESTRA. Si no posee, cual golondrina, una lengua bárbara desconocida, intentaré persuadirla con palabras que lleguen a su mente.

CORIFEO. Síguela. Te dice lo mejor en este caso. Obedece, deja el asiento de este carro.

CLITEMNESTRA. No tengo tiempo que perder ante la puerta; porque en el hogar interior del palacio las ovejas están ya dispuestas para el sacrificio. Tú, si vas a hacer algo de lo que te digo, no te demores. Pero si, incapaz de comprenderme, no aceptas mis palabras, en vez de con tu voz, explícate con tu mano bárbara.

CORIFEO. La extranjera parece que necesita un intérprete lúcido. Sus modales son los de una fiera acabada de coger.

CLITEMNESTRA. Está loca sin duda y sólo escucha sus locos consejos: una mujer que llega abandonando una ciudad conquistada y no sabe soportar el freno antes de echar fuera la cólera en una sangrante espuma. Ya no me rebajaré profiriendo más palabras.

(Clitemnestra entra en palacio.)

CORIFEO. Ya que, como me apiado de ella, no me alteraré. Ve, desgraciada, dejando este carro; cede al destino, estrena el yugo.

(Calandra, que hasta el momento callaba, empieza a gritar.)

CASANDRA. ¡Ay, ay, ay, horror! ¡Apolo, Apolo!

CORIFEO. ¿Por qué estos ayes sobre Loxias? Pues este dios nada tiene que ver con los lamentos.

CASANDRA. ¡Ay, ay, ay, horror! ¡Apolo, Apolo!

CORIFEO. De nuevo tu triste lamento vuelve a invocar al dios a quien no conviene un lugar en los gemidos.

CASANDRA. ¡Apolo, Apolo, dios de los caminos, Apolo mío! Me has perdido sin remedio por segunda vez.

CORIFEO. Parece que va a vaticinar sus propios males. La inspiración divina permanece en su mente, aunque de esclava.

CASANDRA. ¡Apolo, Apolo, dios de los caminos, Apolo mío! ¿Adónde, adónde me has traído? ¿A qué mansión?

CORIFEO. A la de los Atridas: si tú no lo sabes, yo te lo digo; y tú no podrás decir que es mentira.

CASANDRA. ¡Ah! Casa odiosa a los dioses, testigo de muchos crímenes dentro de la familia, de desmembramientos; un

matadero de gente, un suelo empapado en sangre.

CORIFEO. La extranjera, creo, tiene buen olfato, como una perra; sigue la pista de muerte de personas, cuya sangre va a descubrir.

CASANDRA. ¡Ah! Creo en estos testimonios: esos niños que lloran su degüello, esas carnes asadas devoradas por un padre.

CORIFEO. Conocíamos tu fama de adivina; pero no buscamos profetas.

CASANDRA. ¡Oh dioses! ¿Qué se prepara? ¿Qué es este nuevo y gran dolor? Un gran mal se trama en esta casa, insoportable para los amigos, incurable, y el socorro está lejos.

CORIFEO. No entiendo estos vaticinios; pero lo demás lo comprendo; toda la ciudad lo proclama.

CASANDRA. ¡Oh miserable! ¿Vas a terminar esta acción? Al esposo que comparte tu lecho, después de haberlo lavado en el baño... ¿cómo diré el final? Pues esto será rápido: extiende mano tras mano deseosa de alcanzarlo.

CORIFEO. Todavía no entiendo; ahora estoy desconcertado por tus oscuros oráculos, con sus enigmas.

CASANDRA. ¡Eh, eh, oh, oh! ¿Qué es esto que aparece? ¿Es una red de Hades? No, más bien la red es su propia esposa, la cómplice del crimen. Que la Discordia, insaciable a la familia, lance un grito de triunfo sobre sacrificio abominable.

CORO. ¿A qué Erinis exhortas a gritar sobre el palacio? Tus palabras no me alegran. Corre a mi corazón una gota de tinte amarillo, semejante a la que llega al caído por la lanza con los rayos del ocaso de su vida, mientras la desgracia rápida se acerca.

CASANDRA. ¡Ah, ah! ¡Ahí, ahí! Aparta el toro de la vaca. Entre vestidos la ha cogido, con un artificio de cuernos negros la hiere y cae en la bañera llena. Te cuento el suceso de un recipiente de sangrienta traición.

CORO. No me jactaría de ser un experto conocedor de oráculos, pero estas palabras las comparo a algo infausto. ¿Qué noticia buena sale nunca de los presagios para los mortales? Por medio de desgracias las artes parleras de los profetas dan a entender el error.

CASANDRA. ¡Ay, ay, desgraciada! ¡malhadada suerte mía! Lloro mi propio dolor y lo vierto también a la copa. ¿Con qué fin me has traído aquí, desdichada de mí? No a otra cosa que compartir la muerte, sin duda.

CORO. Eres una loca, juguete de los dioses y lloras sobre ti misma un canto destemplado, como el rubio rruiseñor, insaciable de llanto que, ay, en su infeliz corazón grita: «Itis, Itis» durante toda su vida ubérrima de penas.

CASANDRA. ¡Ay, ay, destino del melodioso rruiseñor! Los dioses le otorgaron un cuerpo alado y una vida feliz, sin lágrimas. En cambio a mí me espera una muerte a lanza de doble filo.

CORO. ¿De dónde sacas esos tormentos inútiles, violentos, enviados por los dioses y esos horrores que modulas a la vez con lúgubres gritos y notas penetrantes? ¿De dónde los ominosos hitos de tu sendero profético?

CASANDRA. ¡Oh la boda, la boda de Paris fatal a los suyos! ¡Oh Escamandro, río de la patria! En otro tiempo a tus orillas, desgraciada, crecía y me criaba, pero, ahora, cabe el Cocito y en las márgenes del Aqueronte, pronto, creo, cantaré mis oráculos.

CORO. ¿Qué palabras son éstas demasiado claras que has pronunciado? Un niño oyéndolas las entendería. Estoy abatido por tu suerte dolorosa, como por una sangrienta mordedura, mientras tú cantas tus plañideras desgracias que me hieren al oírlas.

CASANDRA. ¡Oh Miserias, Miserias de mi ciudad del todo destruida! ¡Oh sacrificios paternos por las murallas, inmolación de innumerables ovejas de nuestros prados! Ningún remedio ha evitado a la ciudad sufrir lo que sufre. Y yo inflamado el corazón pronto caeré en tierra

CORO. Tus palabras de ahora siguen a las de antes. Algún dios malévolo, cayendo sobre ti con peso enorme, te hace cantar sufrimientos lastimeros que traen la muerte. Pero no puedo conjeturar el fin.

CASANDRA. Ya el oráculo ya no mirará más a través de velos, como una joven recién desposada; brillante, estoy segura, llegará soplando hacia el sol naciente, de suerte que una desgracia mucho mayor surgirá, como una ola, a la luz. Ya no os informaré por medio de enigmas. Y sed testigos de que olfateo, sin perderme, las huellas de los crímenes antiguos. Este palacio nunca lo abandona un coro que si canta al unísono, no es de dulce melodía; pues no entona alabanzas. Sí, ha bebido para tener más coraje, sangre

humana la tropa, difícil de expulsar, de las Erinis familiares que permanecen en el palacio. Sitiando esta morada, cantan el himno de la maldad inicial: después, a su vez, escupen sobre el lecho de su hermano, cruel al que lo mancilla. ¿Erré el blanco o lo acierto como un arquero? ¿O soy una falsa adivina que llama de puerta en puerta diciendo necesidades? Jura en testimonio de que no has oído y no conoces el viejo crimen de esta casa.

CORIFEO. ¿Y cómo un firme juramento, por sólido y sincero que fuera, podría ser una solución? Pero me admiro de que tú, criada al otro lado del mar, en una lengua extranjera, hables con acierto en todo, como si hubieras vivido entre nosotros.

CASANDRA. Apolo, el adivino, me encargó esta tarea.

CORIFEO. ¿Cómo siendo un dios estaba herido por un deseo?

CASANDRA. En otro tiempo se avergonzaba de hablar de ello.

CORIFEO. Todo el mundo es más delicado en la prosperidad.

CASANDRA. Era un luchador que respiraba un completo amor por mí.

CORIFEO. ¿Y llegasteis, como es costumbre, a la hora de los hijos?

CASANDRA. Tras consentir, engañé a Loxias.

CORIFEO. ¿Estabas ya en posesión del arte adivino?

CASANDRA. Sí, ya vaticinaba a mis conciudadanos todas sus desgracias.

CORIFEO. ¿Cómo, pues, te quedaste impasible a la ira de Loxias?

CASANDRA. A nadie convencía en nada, después de esta falta.

CORIFEO. Sin embargo, por todo esto creemos que vaticinas cosas dignas de fe.

CASANDRA. ¡Ay, ay, oh desventura! De nuevo la terrible fatiga de la adivinación me agita profundamente, turbándome con sus siniestros preludios. ¿Veis estos niños sentados delante del palacio, semejantes a las formas de un sueño? Como niños muertos por sus parientes, las manos llenas de carne, alimento de sí mismos, llevando -carga lamentable- sus entrañas e intestinos de que gustó su padre. Por ello alguien, digo, medita su venganza, un cobarde insolente, casero, que se revuelve en el lecho contra el señor que ha llegado, el mío, pues debo soportar el yugo esclavo. Y el capitán de las naves y destructor de Troya no sabe lo que ha dicho y declamado extensa y alegremente la lengua de esa perra odiosa y que, a manera de infortunio solapado, cumpliré con perversas artes. Tal es su audacia: una mujer asesina del varón es... ¿Qué nombre acertaría a dar a este

monstruo repugnante? ¿Dragón de dos cabezas, Escila habitante de las rocas, ruina de nave gantes? ¡Rabiosa madre de Hades, que respira para los suyos Ares sin tregua!

¡Qué alarido de triunfo ha lanzado la mujer toda audacia, como en una batalla victoriosa! ¡Y finge alegrarse de un retorno feliz! Y sí no me creéis, me es igual. ¿Qué importa? Lo que ha de ser, llegará. Y tú, estando presente, pronto me dirás, lleno de lástima, que soy una adivina demasiado verídica.

CORIFEO. El banquete de Tiestes y la carne de sus hijos he comprendido y me estremezco: estoy poseída de terror al oír la verdad y no con imágenes. Pero en cuanto a lo restante que he escuchado, he perdido la pista y corro fuera del camino.

CASANDRA. Digo que vas a ver la muerte de Agamenón.

CORIFEO. Cierra tu boca con un silencio propicio.

CASANDRA. Ningún dios salvador guía mis palabras.

CORIFEO. No, sí ha de ser así: pero ojalá no ocurra.

CASANDRA. Tú haces plegarías, pero ellos se cuidan de matar.

CORIFEO. ¿Y qué varón prepara este sufrimiento?

CASANDRA. Demasiado te extravías de mis profecías.

CORIFEO. Sí, pues no comprendo los recursos del asesino.

CASANDRA. Sin embargo, conozco muy bien la lengua griega.

CORIFEO. También los oráculos de Delfos y, con todo, son difíciles de entender.

CASANDRA. ¡Ah, ah! ¿Qué fuego avanza sobre mí? ¡Oh, oh, Apolo Lício! ¡Ay, ay de mí! Esta leona de dos pies que yace con el lobo, por ausencia del león generoso, me matará a mí, míse rable. Como sí preparara un veneno, añadirá a su poción también un salario para mí. Se jacta, afilando el puñal contra el varón, que también me matará a mí como paga de mí llegada aquí. ¿Por qué entonces llevo estos adornos risibles para mí, el bastón y las guirnaldas fatídicas alrededor del cuello? Os destruiré antes de mí muerte. Id a la perdición: así, arroján doos al suelo, os pago. Colmad de calamidad a otro en vez de a mí. He aquí, Apolo desnudándome él mismo del vestido de profetisa, contemplándome bajo estos ornamentos el hazmerreír unánime de amigos y enemigos. Como una vagabunda de casa en casa en busca de limosna, soportaba ser llamada mendiga, miserable, hambrienta. Y ahora el profeta que me hizo Profetisa me ha conducido a este destino de muerte: en vez del altar patrio me espera un tajo, ensangrentado con la sangre

caliente de mi degüello.

Mas no moriremos impunes por parte de los dioses: vendrá un vengador nuestro, un vástago matricida que hará pagar la muerte de su padre. Desterrado, errante, extranjero a esta tierra, vendré para coronar estas desgracias de los suyos; pues los dioses han jurado un gran juramento, que le traerá el cuerpo yacente de su padre. ¿Por qué, entonces, enternecida, gimo así? Habiendo visto cómo trataron a Troya, los que tomaron la ciudad terminan de este modo por juicio de los dioses. Vamos, voy a entrar y seré fuerte para morir. Saludo en estas puertas a las del Hades: ruego sólo un golpe certero para que, sin convulsiones, derramando dulcemente mi sangre, cierre estos ojos.

CORIFEEO. ¡Oh mujer muy desgraciada y muy sabia también, mucho te has extendido! Pero si verdaderamente conoces tu propio destino, ¿cómo, a manera de una vaca conducida por un dios, caminas tan valiente hacia el altar?

CASANDRA. No hay salida posible, extranjeros, en el tiempo.

CORIFEEO. Pero el último momento se estima en más.

CASANDRA. Este día ha llegado: poco provecho sacaré con la huida.

CORIFEEO. Sabe que eres valiente, de corazón audaz.

CASANDRA. Nadie que es feliz escucha estos elogios.

CORIFEEO. Mas morir de forma gloriosa es una gracia para un mortal.

(Casandra se marcha hacia el palacio, pero se vuelve cede asustada.)

CASANDRA. ¡Ay padre, tú y tus nobles hijos!

CORIFEEO. ¿Qué ocurre? ¿Qué terror te hace retroceder?

CASANDRA. ¡Ah, ah!

CORIFEEO. ¿Por qué gritas así, si no es algún espanto de tu mente?

CASANDRA. El palacio exhala un olor de muerte y de sangre derramada.

CORIFEEO. ¿Cómo? Es el olor de los sacrificios del hogar.

CASANDRA. Es un hedor como el que sale de un sepulcro.

CORIFEEO. No hablas de aromas de Siria, esplendor para la casa.

CASANDRA. Voy a llorar en el palacio mi destino y el de Agamenón. Basta ya de vida. ¡Oh extranjeros! No lloro como un pájaro que pía de miedo ante una mata, sino porque, una vez muerta, deis testimonio cuando una mujer muera, a cambio de mí y un hombre caiga a cambio de otro mal casado. Es el presente de hospitalidad que pido a la

hora de morir.

CORIFEO. ¡Oh desgraciada! Te compadezco por tu destino previsto.

CASANDRA. Deseo aún decir una palabra o un lamento por mí misma. Al sol, hacia su última luz, imploro: que mis asesinos paguen a mis vengadores la deuda de esta esclava muerta, de tan fácil presa.

¡Oh empresas humanas! Prósperas, una sombra puede mudarlas; adversas, unos golpes de esponja mojada borran el dibujo. Y esto, más que aquello, me llena de piedad.

(Casandra entra en Palacio.)

CORIFEO. La prosperidad es insaciable para los mortales. Nadie renuncia a ella, ni la aleja de los palacios ya señalados, diciendo: ano entres aquí.»

A este varón, los bienaventurados le otorgaron la gracia de conquistar la ciudad de Príamo y honrado por los dioses ha regresado a casa. Mas, si ahora ha de pagar la sangre derramada antes, y sacrificando a los muertos, provocar el castigo de otros muertos, ¿qué hombre, al oír esto, podría jactarse de haber nacido con venturoso destino?

(Se oye un grito de Agamenón, procedente del palacio.)

AGAMENON. ¡Ay de mí! He recibido un golpe mortal dentro del pecho.

CORIFEO. ¡Silencio! ¿Quién grita mortalmente herido?

AGAMENON. ¡Ay de mí, de nuevo! Otra vez me hirieron.

CORIFEO. Me parece por los gemidos del rey que el crimen se ha realizado. Comuniquemos, pues, varones, seguros consejos.

(Cada uno de los doce coreutas transmite su opinión.)

1. Os digo mi opinión: enviemos mensajeros a los ciudadanos para que acudan al palacio.
2. Soy del parecer de precipitarnos rápidamente dentro y sorprender el crimen con la espada que mana todavía sangre.
3. Estoy de acuerdo. Mi voto es hacer algo; no es momento de vacilar.
4. Se puede ver: como un preludeo, sus acciones presagian tiranía para la ciudad.
5. Nosotros perdemos tiempo; ellos, en cambio, pisoteando por tierra la gloria de la demora, no duermen con su mano.
6. No sé, en verdad, qué consejo formular.
7. Ésta es también mi opinión, porque no veo la manera de resucitar al muerto con

palabras.

8. Para prolongar nuestras vidas, ¿vamos a ceder ante estos gobernantes que ultrajan el palacio?

9. No es soportable. Es preferible morir la muerte es mejor que la tiranía.

10. Sí; pero por los indicios de esos gemidos, ¿vamos a profetizar que el rey ha muerto?

11. Es necesario enfadarse cuando se sabe cierto una cosa; conjeturar es distinto de saber.

12. Celebro esta idea y la comparto de lleno: saber exactamente qué es del Atrida.

(Se abre la puerta del palacio y aparece Clitemnestra con la espada en la mano. Próximos de ella están los cadáveres de Agamenón y Casandra.)

CLITEMNESTRA. No me avergonzaré de decir lo contrario de muchas cosas dichas antes oportunamente. Pues, ¿cómo el que prepara acciones enemigas contra sus enemigos que fingen ser amigos, podría tender los hilos de la perdición a mayor altura que su salto? Este encuentro no he dejado de meditarlo hace tiempo: la lucha del desquite ha venido a la postre y estoy donde he herido, sobre la obra realizada. La realicé de manera -y no lo negaré- que no pudiera huir ni evitar su muerte. En torno suyo extendiendo una red sin escape, como la de los peces, una tela de fatal riqueza. Le hiero dos veces, y con dos gemidos se debilitan sus miembros; caído ya, le doy un tercer golpe, ofrenda votiva al Hades subterráneo, salvador de los muertos. Así, cayendo, exhala su alma, y lanzando con su aliento un vómito impetuoso de sangre, me alcanza con las negras gotas de sangriento rocío, alegrándome no menos que la lluvia de Zeus alegre a los sembrados en la maternidad germinal del grano.

Así están las cosas, ancianos venerables de Argos; podéis regocijarnos si os place; yo me ufano de ellas. Si fuera lícito verter libaciones sobre el cadáver, sería justo hacerlo aquí, e incluso más que justo. Pues éste ha llenado de tal manera en el palacio la crátera de crímenes malditos, que ahora a su regreso él mismo la ha apurado.

CORIFEO. Nos maravilla la osadía de tu lengua, ya que hablas con tanta jactancia de tu esposo.

CLITEMNESTRA. Me probáis como si fuera una mujer irreflexiva. Pero yo os hablo, bien lo sabéis, con un corazón valiente, y me es igual si queréis elogiarme o

condenarme. Este es Agamenón, mi esposo, cadáver por obra de esta mano derecha, trabajo de justo artífice. Eso es todo.

o qué bebida sacada de las corrientes marinas probaste para cargar con este sacrificio y las maldiciones de un pueblo? Arrojaste, cortase: serás mujer apátrida, odio abrumador de los ciudadanos.

CLITEMNESTRA. Ahora me castigas al exilio, lejos de la ciudad y a soportar el odio de los ciudadanos y las maldiciones del pueblo. Entonces nada hiciste contra este hombre que, sin importarle, como si se tratara de la muerte de una res entre innumerables ovejas de lanudos rebaños, sacrificó a su hija, mi parto más querido, para encantar los vientos tracios. ¿No era a éste al que debías haber desterrado de este país, como castigo a sus crímenes? En cambio, al enterarte de mis crímenes, eres un juez implacable. Mas yo te digo que puedes lanzar estas amenazas con la convicción de que estoy preparada del mismo modo: si me vences con tu mano, gobernarás; pero si la divinidad decide lo contrario, aprenderás, aunque sea tarde, a ser prudente.

CORO. Eres ambiciosa y hablaste con arrogancia. Así, a causa de una acción sangrienta la mente delira, una mancha de sangre brilla en tus ojos. Despreciada, privada de amigos, pagarás la herida con la herida.

CLITEMNESTRA. ¿Y tú quieres oír la sagrada ley de mis juramentos? Por Justicia que ha vengado a mi hija; por Ate y por Erinis, a quienes he sacrificado a este hombre, no se me ocurre ni pensarlo que el temor pise este palacio mientras encienda el fuego de mi hogar Egisto, leal a mí como hasta ahora. Ése es para mí escudo no pequeño de valor.

Yace en tierra al que ha injuriado a esta mujer, felicidad de las Criseidas bajo Ilión; y también esa esclava y adivina, la profetisa que compartió su lecho, fiel concubina, que ha desgastado junto a él los bancos de la nave. Ambos han tenido lo que merecían. Pues él, así, sin más, y ella después de cantar el último lamento de la muerte, yace, su amante, y me la ha traído el propio marido para condimento de mi gozo.

CORO. ¡Ay! ¿Qué destino podría venir en breve, sin excesivo sufrimiento, sin prolongada enfermedad, trayéndome el eterno sueño interminable, después que ha sucumbido el más bondadoso guardián y que tanto sufrió por obra de una mujer? Y ahora a manos de una mujer ha fallecido.

¡Ay, ay, la loca Helena, que tú sola has destruido tantas, tantísimas vidas bajo Troya!

Te has adornado tú misma con una suprema, inolvidable corona, a causa de una sangre indeleble. En verdad, había entonces en el palacio una Discordia, establecida allí para desgracia de un hombre.

CLITEMNESTRA. No invoques, abrumado por estas cosas, un destino de muerte. No vuelvas tu ira contra Helena, cruel destructora de hombres, como si ella sola hubiera perdido las almas de muchos dánaos y provocado un dolor incurable.

CORO. ¡Oh demon, que te lanzas sobre este palacio y sobre los dos Tantálidas, y afirmas la fuerza, desgarradora de mi corazón, de dos mujeres de iguales sentimientos! Puesto encima del cadáver, a manera de cuervo enemigo, se jacta de cantar, según el rito, un himno triunfal.

CLITEMNESTRA. Ahora has rectificado la sentencia de tus labios, invocando al genio que tres veces se ha saciado de esta familia. Es él que alimenta en las entrañas este deseo de lamer sangre, y antes que cese el mal antiguo se declara un nuevo absceso.

CORO. Si, grande, grande es para esta casa y de pesada cólera el demon que recuerdas. ¡Ay, ay, doloroso recuerdo insaciable de destino calamitoso! ¡Ay, ay, por la voluntad de Zeus, causa de todo y que todo lo cumple! Pues ¿qué cosa para los mortales se termina sin Zeus? ¿Cuál de estos sucesos no es obra de un dios?

¡Ay, ay, rey mío, rey mío! ¿Cómo llorarte? ¿Qué puedo decirte del fondo de mi corazón? Yaces en esta tela de araña, exhalando la vida con muerte impía, ¡ay de mí!, domado en este lecho ignominioso por muerte traidora, bajo el arma de dos filos manejada por mano de mujer.

CLITEMNESTRA. Aseguras que esto es obra mía: no consideres que soy la esposa de Agamenón. Tomando la forma de la mujer di este muerto, el antiguo, amargo Alastor di Atreo, cruel anfitrión, lo ofreció en pago, sacrificando un adulto en venganza por unos niños.

CORO. ¡Tú inocente di este crimen! ¿Quién dará testimonio? ¿Cómo, cómo el Alastor de los padres podría ser tu cómplice? Usando de violencia, entre arroyos de sangre fraterna, el negro Ares avanza hacia el lugar en que hará justicia por el cuajo de sangre de unos niños devorados.

¡Ay, ay, rey mío, rey mío! ¿Cómo llorarte? ¿Qué puedo decirte del fondo de mi corazón? Yaces en esta tela de araña, exhalando la vida con muerte impía, ¡ay de mí!,

domado en este lecho ignominioso por muerte traidora, bajo el arma de dos filos manejada por mano de mujer.

CLITEMNESTRA. No, innoble no creo que haya sido la muerte de éste. Pues ¿no es éste quien ha traído una dolosa calamidad a la casa? Sufrió merecidamente por lo que hizo sufrir a mi retoño nacido de él, mi Ifigenia tan llorada. Que no se jacte demasiado en el Hades: con su muerte a filo de espada ha pagado todo cuanto hizo.

CORO. No sé, privado de la solicitud ingeniosa de mi mente, adónde volverme cuando se hunde la casa. Tengo miedo del ruido de este aguacero de sangre que abate la casa. La llovizna ya cesa y la Moira, a la vista de otro crimen, afila en otras piedras su justicia.

¡Oh tierra, ojalá me hubieras recibido antes de ver este hombre ocupando el lecho de bañera plateada! ¿Quién le enterrará o cantará su trino? ¿Te atreverás, después de dar muerte a tu esposo, a honrarlo con tus lamentos y por sus grandes empresas tributar pérfidamente a su alma un homenaje desagradable? ¿Y quién junto a la tumba se afanará en lanzar con sus lágrimas sobre el héroe un elogio con sincero corazón?

CLITEMNESTRA. No te concierne preocuparte de este cuidado. Por mis manos cayó y murió y también le enterraremos, acompañado no de los llantos de los de su casa, sino que Ifigenia, mi hija, cual conviene, saldrá dulcemente al encuentro de su padre, junto al impetuoso río de los dolores y, abrazándole, le besaré.

CORO. Un Ultraje quien en lugar de otro ultraje, y es difícil decidirse entre ellos. Quien despoja es despojado y el que mata paga su deuda. Mientras Zius permanezca en su trono, subsiste: «que el culpable pague», es la ley sagrada. ¿Quién podría echar de la casa al germen maldito? La raza está soldada a la calamidad.

CLITEMNESTRA. Has regado con verdad a este oráculo. Pues bien; yo quiero, concluyendo un pacto con el demon de los Plisténidas, sufrir esta situación por dura que sea; pero, para el futuro, que saliendo de esta casa abrume a otra familia con muertes intestinas. Me basta, en absoluto, con tener una parte de los bienes, si puedo quitar del palacio la locura de recíprocas matanzas.

(Llega Egisto con una escolta de soldados.)

EXISTO. ¡Oh luz amable de este día justiciero! Ya podría decir ahora qué dioses vengadores de los mortales contemplan desde arriba los sufrimientos de la tierra, puesto

que veo, in un manto tejido por las Erinis, a ese hombre que yace di manera grata para mí, pagando las maquinaciones de la mano paterna. Porque Atreo, señor de esta tierra, padre de ése, a Tiestis, mi padre, para decirlo claramente, le desterró de la ciudad y del palacio. Y regresando como suplicante del hogar, el desgraciado Tiestes encontró un destino seguro: no ensangrentar, muriendo aquí mismo, el suelo de la patria. Mas, como presente di hospitalidad, el padre impió de este hombre, Atrio, con más diligencia que amistad, fingiendo que celebraba alegremente un día sacrificar, ofreció a mi padre un banquete con la carne de sus hijos. Desmenuzó, retirado, los pies y el peine extremo de las manos para que no fueran conocidos por los comensales; y Tiestes, en su ignorancia, cogiendo las carnes, comió un alimento funesto, como ves, para el linaje. Después, dándose cuenta de la acción abominable, se queja, y cae de espaldas vomitando el degüello e invoca sobre los pelápidas un destino insoportable, derribando con el pie la mesa al mismo tiempo que lanzaba esta imprecación: «Así perezca todo el linaje de Plístenes».

Por todo esto podéis ver a ese hombre caído; y yo soy en justicia el que ha urdido esta muerte. Decimotercero de los hijos me desterró, cuando era todavía niño en pañales, con mi desventurado padre; después que fui criado, la justicia me ha vuelto a la patria, y sin franquear la puerta he alcanzado a este hombre, anudando toda la trama del plan fatal. Así bello sería para mí morir, ahora que he visto a ése en las redes de la Justicia.

CORIFEO. Egisto, no tengo respeto por aquel que se burla del crimen. ¿Dices que mataste intencionadamente a este varón y que tú solo has planeado este lamentable crimen? Pues yo te digo que a la hora de la justicia, sábelo bien, tu cabeza no escapará a las piedras y a las imprecaciones populares.

EGISTO. ¿Tú, sentado en la última fila de remeros, hablas así, cuando mandan los que están en el puente de la nave? Aunque seas viejo, sabrás cuán duro es a tu edad aprender a ser discreto cuando la orden ha sido dada. Las cadenas y los ayunos son excelentes médicos profetas de las almas para enseñar incluso a la vejez. ¿No te das cuenta de ello viendo estas cosas? No lances coces contra el aguijón, no sea que te lastimes golpeándolo.

CORIFEO. ¿Tú, mujer, aguardando en casa a los hombres, venidos de la guerra, has deshonorado el hecho del esposo y has tramado esta muerte para el caudillo del ejército?

EGISTO. También estas palabras serán causa de llanto. Tienes una lengua contraria a la de Orfeo: él se lo llevaba todo tras sí por la delicia de sus cantos. Tú, provocándome con tus necio

ladridos, serás llevado; y una vez dominado te mostrarás más manso.

CORIFEEO. ¡Qué! ¿Tú serás mi rey de los argivos, tú que tras planeas la muerte de éste, no osaste poner en obra esta acción matándole con tus manos?

EGISTO. Porque el engañarle era, sin duda, propio de una mujer; yo era un sospechoso enemigo de antiguo. Mas, con su dinero intentaré gobernar a los ciudadanos; al que no obedezca unciré un pesado yugo: y no estará harto de cebada, cual potro sujeto por tirantes, sino que el hambre cruel asociada a las tinieblas se cuidará de su docilidad.

CORIFEEO. ¿Por qué en tu alma cobarde no mataste tú solo a este hombre, sino que una mujer, baldón para este país y los dioses locales, le mató? ¿Acaso Orestes ve la luz para que, regresando con un destino favorable, llegue a ser el victorioso matador de ambos?

EGISTO. Puesto que pretendes actuar y hablar así, pronto aprenderás: ¡ea, mis guardias, a la acción!

CORIFEEO. ¡Ea, espada en puño, todos preparados!

EGISTO. También yo tengo el puño en la espada y no rehúso morir.

CORIFEEO. Hablas a quienes aceptan morir; elegimos este riesgo.

CLITEMNESTRA. De ningún modo, ¡oh el más querido de los hombres, causemos otros males. Deplorable cosecha es el haber segado ya tantos. Basta de dolor; no nos manchemos con más sangre.

Id, ancianos, a las casas que el destino os ha concedido, antes de sufrir o hacer algo inoportuno; debía suceder lo que hemos hecho. Si estos trabajos fueran suficientes, lo aceptaríamos, heridos cruelmente por la garra pesada de un dios. Tal es el parecer de una mujer, si alguien estima escucharlo.

EGISTO. ¡Y que brote de estos contra mí una lengua insolente y lancen tales palabras desafiando a un dios, y se alejen del consejo prudente e insulten al que manda!

CORIFEEO. No sería propio de argivos defender a un malvado.

EGISTO. Yo iré en tu busca todavía con el tiempo.

CORIFEEO. No, si un dios conduce a Orestes hasta que llegue aquí.

EGISTO. Sé que los exiliados se alimentan de esperanzas.

CORIFEO. Sigue actuando, engorda la justicia, mientras te es posible.

EGISTO. Tú me vas a pagar cara tu locura.

CORIFEO. Jácate animosamente, como un gallo al lado de la hembra.

CLITEMNESTRA. No te preocupes de esos vanos ladridos; tú y yo, señores de este palacio, restableceremos todo el orden.

LAS COÉFORAS

PERSONAJES

Orestes

Pílates

Coro de esclavas

Electra

La nodriza de Orestes

Clitemnestra

Egisto

Un esclavo

El fondo de la escena representa el palacio de los Atridas, con tres puertas. Una de las laterales conduce al gineceo. En el proscenio se levanta la tumba de Agamenón. Por la izquierda entran Orestes y Pílates.

ORESTES. Hermes infernal, que defiendes los poderes paternos, sé para mí, te lo pido, un salvador y un aliado. Pues llego a esta tierra y regreso...

Sobre lo alto de esta tumba invoco a mi padre: óyeme, escúchame...

He ofrecido un rizo de mis cabellos a Ínaco que me alimentó; y otro en señal de duelo...

Pues no lloré, padre, tu muerte estando presente, ni extendí la mano cuando sacaban tu cadáver...

¿Qué cosa veo? ¿Qué cortejo de mujeres con negros velos es ese que avanza? ¿A qué desgracia asignarlo? ¿Acaso un nuevo sufrimiento se cierne sobre el palacio? ¿O acierto suponiendo que llevan a mi padre las libaciones que apaciguan a los muertos? No puede ser otra cosa, porque con ellas va, creo, Electra, mi hermana, que se distingue por su

llanto amargo. ¡Oh Zeus! Concédeme vengar la muerte de mi padre y sé de grado mi aliado. Píladés, alejémonos para que vea claramente qué es esa procesión de mujeres.

CORO. Enviada de palacio he venido, trayendo libaciones, con agudos golpes de manos. Sangrientas incisiones muestra mi mejilla por el surco reciente que ha abierto la uña, pues mi corazón se alimenta continuamente de gemidos. Los crujientes jirones de mis vestidos de lino han resonado, por causa de mis dolores, en el velo que cubre mi pecho, y estoy abatida por tristes desgracias.

Clamoroso y espeluznante llega el Terror, como vidente de los sueños, en el corazón de la noche, respirando venganza y sacudiendo el sueño; desde el fondo de la casa he hecho resonar estridente un grito de espanto, cayendo pesadamente sobre las habitaciones de las mujeres. Los intérpretes de sueños, que tienen a los dioses por garantes, han proclamado que, bajo tierra, los muertos se quejan airadamente y se irritan contra sus asesinos.

Deseando que este homenaje -inútil homenaje- aleje de ella los males, oh madre Tierra, me envía la mujer maldita. Tengo miedo de preferir estas palabras, pues ¿qué rescate hay de la sangre vertida por el suelo? ¡Oh miserable hogar! ¡Oh palacio aniquilado! Sin sol, odiosas a los mortales, las tinieblas envuelven las mansiones por la muerte de sus señores.

La majestad de antaño, invencible, indestructible, inatacable, que penetraba los oídos y el corazón del pueblo, ya no existe. Todos temen. Triunfar: éste es entre los hombres un dios y más que un dios. Mas, el peso de la justicia alcanza rápida a unos en pleno día; para otros reserva penas tardías en la hora del crepúsculo; y a otros los coge una noche sin fin.

Así como la sangre bebida por la madre Tierra no desaparece, sino que se coagula en grumos que esperan venganza, así una cruel Ate soporta al culpable hasta cubrirlo con una abundancia de males.

No hay remedio para el que ha hollado la habitación de una virgen, y así, aunque todos los ríos confluyeran en uno para purificar la sangre de la mano impura, lavarían en vano.

En cuanto a mí -ya que los dioses me han obligado a compartir la desgracia que envuelve a mi patria, y que de la casa paterna me han traído aquí para un destino servil-

debo, a pesar mío, obedecer las órdenes justas o injustas de mis dueños y dominar el odio que roe mi corazón. Debajo de mis velos lloro el miserable destino de mi señor, helado mi corazón por secretos dolores.

ELECTRA. Siervas, bien probadas en el servicio de la casa, puesto que me estáis acompañando en esta procesión, sed también mis consejeras. ¿Qué diré, mientras derramo estas libaciones fúnebres? ¿Qué palabra le será grata? ¿Cómo rogaré a mi padre? ¿Diré que de parte de una mujer amada a un esposo querido traigo la ofrenda, sí, de mi madre? No tengo valor para ello, ni sé qué decir derramando esta ofrenda sobre la tumba de mi padre. ¿O pronunciaré las palabras, como es costumbre entre los hombres: «A los que te envían estas guirnaldas otórgales una feliz recompensa»... un presente digno de sus crímenes? ¿O en silencio, con desprecio, tal como pereció mi padre, verteré estas libaciones que beberá la tierra, y regresaré lanzando la urna, como se hace en las lustraciones, sin volver los ojos? Asistidme, amigas, en esta decisión, puesto que alimentamos un odio común. No me ocultéis el fondo de vuestro corazón por miedo de alguien; porque lo que está decretado aguarda tanto al libre como al sometido a una mano extranjera. Hablad, pues, si tenéis algo mejor que decir.

CORIFEO. Como un altar adoro la tumba de tu padre. Te diré, puesto que me lo ordenas, las palabras que salen de mi corazón.

ELECTRA. Habla, tal como adoras la tumba de mi padre.

CORIFEO. Mientras haces libaciones pide bendiciones para los leales.

ELECTRA. Pero ¿a cuál de los suyos puedo saludar con este nombre?

CORIFEO. Ante todo, a ti misma, y luego, a todo el que odia a Egisto.

ELECTRA. ¿Para mí y para ti haré, entonces, esta súplica?

CORIFEO. Por ti misma puedes ya juzgar y decidir.

ELECTRA. ¿A qué otro puedo asociar a nuestra causa?

CORIFEO. Acuérdate de Orestes, aunque esté lejos de la casa.

ELECTRA. Excelente idea; no podrías aconsejarme mejor.

CORIFEO. Ahora acuérdate de los culpables de la muerte.

ELECTRA. ¿Qué pediré? Enseña a una inexperta, explícame.

CORIFEO. Que venga contra ellos algún dios o mortal.

ELECTRA. ¿Hablas de un juez o de un vengador?

CORIFEO. Di sencillamente: alguien que mate a su vez.

ELECTRA. ¿Es piadoso pedir esto de los dioses?

CORIFEO. ¿Cómo no lo es devolver mal por mal a los enemigos?

ELECTRA. Heraldo supremo de los vivos y de los muertos, escucha, Hermes infernal, lleva por mí este mensaje y que mis plegarias escuchen los dioses de bajo tierra, vigilantes de la sangre paterna, y la misma Tierra que engendra a todos los seres y habiéndoles nutrido vuelve a recibir su germen. Y yo al derramar esta agua lustral a los muertos, digo, invocando a mi padre: «Ten piedad de mí y de tu Orestes. ¡Que seamos dueños de la casa! Ahora somos unos errantes, vendidos por la que nos ha alumbrado, y que en tu lugar ha tomado por esposo a Egisto, cómplice de tu muerte. Yo soy como una esclava, Orestes está privado de sus bienes, mientras ellos se gozan, insolentemente, con el fruto de tus trabajos. ¡Que venga Orestes con fausto suceso, te lo suplico, escúchame, padre! Y a mí concédeme ser más casta que mi madre y que mis manos sean más piadosas. Para nosotros estos votos; pero, para los contrarios digo que aparezca, padre, un vengador y que los asesinos mueran a su vez en justicia. Esto introduzco en mis súplicas, formulando para ellos esta funesta imprecación; para nosotros, en cambio, envía desde abajo bendiciones con ayuda de los dioses, de la Tierra y de la justicia victoriosa.»

Sobre tales plegarias vierto estas libaciones; vosotros corona dlas, según costumbre, con vuestros lamentos, entonando el peán del muerto.

CORO. Derramad lágrimas, un lamento mortuorio para nuestro fenecido señor, junto a este baluarte que protege de los males y es defensa de los buenos contra el poder de las abominables libaciones vertidas. Escúchame, majestad, escucha, ¡oh señora, la voz de mi confuso corazón. ¡Ay, ay, ay! ¡Oh! ¿Qué esforzado guerrero, liberador de esta mansión,

vendrá blandiendo en la batalla el arco escita tendido en sus manos y empuñando la espada para combatir de cerca?

ELECTRA. La tierra ha bebido ya nuestras libaciones y están en poder de mi padre. *(Electra se dispone a bajar del túmulo y entonces se da cuenta de los cabellos de Orestes.)* ¡Ah! Compar

tid ahora esta novedad.

CORIFEO. Habla, mi corazón palpita de miedo.

ELECTRA. Veo sobre la tumba este bucle cortado.

CORIFEO. ¿De un hombre o de una mujer de ceñida cintura?

ELECTRA. Esto es fácil de adivinar para cualquiera.

CORIFEO. ¿Cómo, pues, a mi edad puedo aprender de la juventud?

ELECTRA. ¿No hay, fuera de mí, quien haya podido cortarse este rizo?

CORIFEO. No, porque son enemigos aquellos que debían al muerto el homenaje de sus cabellos.

ELECTRA. Pero, mirad, este rizo es muy semejante...

CORIFEO. ¿A qué cabellos? Eso deseo saber.

ELECTRA. A los míos. Mira, el parecido es perfecto.

CORIFEO. ¿Acaso será de Orestes esta ofrenda secreta?

ELECTRA. Muchísimo se parecen a sus cabellos.

CORIFEO. ¿Y cómo aquél se ha atrevido a venir hasta aquí?

ELECTRA. Ha enviado este rizo, cortado en homenaje a su padre.

CORIFEO. Lo que me dices no es menos deplorable, si su pie no ha de pisar más esta tierra.

ELECTRA. También a mí me invade el corazón una oleada de 3 amargura y estoy herida como por un dardo agudo. De mis ojos caen amargas, incontenibles, las lágrimas de una pleamar tempestuosa, a la vista de este rizo. Pues ¿cómo puedo esperar que estos cabellos pertenezcan a algún otro ciudadano? Y menos aún se los cortó la asesina, mi madre, que desmiente este nombre por los sentimientos que alberga, impía, para sus hijos. Mas ¿cómo puedo aceptar del todo la idea de que esta ofrenda procede del más querido para mí de los mortales, de Orestes? Con todo, estoy lisonjeada por la esperanza. ¡Ah! Ojalá este rizo tuviera una lengua inteligente, a manera de mensajero, para no ser agitada entre dos pensamientos y supiera claro o que he de arrojarlo, si ha sido cortado de una cabeza enemiga o, si procede de un hermano, asociarlo a mi duelo para ornamento de esta tumba y homenaje a mi padre. Mas, los dioses que invocamos saben en qué tempestades, cual marinos, somos agitados; pero si el destino quiere salvarnos, de una pequeña semilla puede nacer un gran árbol.

(Electra se agacha para dejar el rizo y descubre unas huellas en el suelo.)

Mirad, pisadas, otra señal, iguales a las de mis pies. Sí, hay dos trazas de huellas, las de aquél y las de algún compañero de viaje. Los talones y los contornos de las plantas, si

se miden, coinciden en todo con mis pisadas. Me invade una angustia, un desfallecimiento de la razón.

(Salen de su escondite Orestes y Pílates. Aquél avanza y saluda a su hermana.)

ORESTES. Solicita a los dioses que en lo sucesivo tengas buen éxito, anunciando que tus plegarias han sido realizadas.

ELECTRA. ¿Y cuál es la gracia que acabo de obtener de los dioses?

ORESTES. Estás ante la vista de aquel que poco ha invocabas.

ELECTRA. ¿Y cuál de los mortales puedes saber que yo llamaba?

ORESTES. Sé que es Orestes por quien tanto suspiras.

ELECTRA. ¿Y qué obtengo ahora en respuesta a mis ruegos?

ORESTES. Éste soy yo: no busques a otro más querido.

ELECTRA. ¿Es que tramas, extranjero, algún engaño contra mí?

ORESTES. Entonces maquinó contra mí mismo.

ELECTRA. Pero ¿quieres burlarte de mis desgracias?

ORESTES. Y también de las mías, si yo me río de las tuyas.

ELECTRA. ¿Puedo decir que es realmente Orestes a quien hablo?

ORESTES. Así pues, ahora que me ves, eres tarda en reconocermelo, y en cambio, cuando viste este mechón de pelo cortado en señal de duelo y examinaste las huellas de mis pies, volabas en alas de la esperanza y te parecía tenerme ante los ojos. Examina, aproximándolo al lugar de donde lo he cortado, este rizo de tu hermano tan semejante a tu cabellera. Mira este tejido, obra de tus manos; observa la trama de la lanzadera y la imagen de caza. *(Electra se lanza gritando en los brazos de Orestes.)* Domínate; que la alegría no te haga perder la razón. Pues sé que los seres queridos son nuestros enemigos.

ELECTRA. ¡Oh cuidado queridísimo para el palacio paterno, llorada esperanza de un germen salvador, confía en tu valor y reconquistarás la casa del padre! ¡Oh dulce luz de mis ojos, que compartes cuatro veces mi destino! Pues debo saludarte como un padre, hacia ti se inclina el amor debido a una madre -con toda justicia aborrecida-, y a la hermana inmolada sin piedad; y tú eres el hermano fiel que me trae el respeto. ¡Que solamente la Fuerza y la Justicia, y Zeus, el más poderoso de todos, sean mis aliados!

ORESTES. Zeus, Zeus, contempla nuestra situación. Mira la cría huérfana del águila, del padre muerto entre los repliegues y espiras de la terrible víbora. Desamparados, el

hambre devoradora los oprime, porque no tienen todavía edad para traer a la tienda la caza paterna. Así puedes ver en mí y en ella, digo Electra, hijos sin padre, a dos seres que sufren el mismo destierro de su casa. Si destruyes los polluelos de un padre que te ofreció tantas víctimas y te colmó de honores, ¿de qué otra mano semejante recibirás el homenaje de unos espléndidos

festines? Si aniquilas la raza del águila, ya no podrás enviar a los mortales augurios persuasivos; y si dejas secar por entero este tronco real, ya no servirá más a tus altares en los días de ' hecatombes. Protege nuestra casa; de la pequeñez extrema en que ahora parece haber caído, levántala a la grandeza.

CORIFEO. ¡Oh muchachos, salvadores del hogar paterno, callad! Que nadie se entere, hijos, y que por dar gusto a la lengua no vaya alguien a referir estas cosas a los que mandan. ¡Ojalá que a éstos pueda yo verlos un día muertos en el humo resinoso de la llama!

ORESTES. No, no me traicionará el poderoso oráculo de Loxias, que me ordena afrontar este peligro, y con voces amenazadoras me anuncia desgracias que hielan mi ardiente corazón, si no persigo a los culpables de mi padre del mismo modo, dando muerte por muerte, con un ímpetu taurino que no conoce rescate de dinero. Sino, decía, pagaré con mi propia vida la deuda en medio de muchos y crueles dolores. Revelando a los mortales el enojo de los muertos irritados bajo tierra, me ha dicho las terribles enfermedades que asaltan las carnes, lepras que con salvajes mandíbulas devoran su antigua naturaleza y pelos blancos que surgen sobre estas llagas. Anuncia también los asaltos de las Erinis, provocados por la sangre de un padre, cuando se ven sus ojos brillando en la oscuridad. El dardo tenebroso de los poderes infernales, cuando piden venganza los muertos de una familia, y la rabia y los vanos terrores que salen de noche, agitan, perturban al hombre y lo arrojan de la ciudad con la carne ultrajada por el agujón bronceo. Un hombre así no puede tener parte en la crátera y en la amigable libación; la ira invisible de un padre le expulsa de los altares; nadie le recibe ni le aloja; despreciado de todos, sin amigos, muere al fin, miserablemente consumido por un mal aniquilador. ¿Acaso no hay que tener fe en tales oráculos? Sea como sea, la obra ha de realizarse. Muchos deseos confluyen en uno: las órdenes del dios, el duelo inmenso de un padre, la indignancia que me oprime y, en fin, que los ciudadanos más ilustres del mundo, los

destructores de Troya, con glorioso espíritu, estén así sometidos a dos mujeres. Porque su corazón es de mujer; y si no, pronto lo sabré.

(O restes y Electra ascienden al túmulo de Agamenón.)

CORO. ¡Oh grandes Moiras, que todo se cumpla por obra de Zeus en el sentido que reclama la justicia!

«Que un ultraje se pague con otro ultraje», grita la justicia, reclamando lo que se le debe.

«Que un golpe mortal se expie con otro golpe mortal: el que así ha obrado así sufra», proclama una máxima tres veces vieja.

ORESTES. ¡Oh padre, mísero padre! ¿Qué cosa haciendo o diciendo podría arribar de lejos, con viento propicio, al lecho que te retiene? La luz y las tinieblas se compensan: el llanto que celebra a los Atridas ante palacio es también un grato homenaje.

CORO. Hijo, la feroz quijada del fuego no domina el espíritu del muerto: un día u otro manifiesta su cólera. El muerto es llorado y el vengador aparece. El lamento justificado por padres y genitores arrastra la casa, cuando se lanza con todo vigor.

ELECTRA. Escucha, pues, padre, en respuesta a mis luctuosos pesares. Tus dos hijos sobre la tumba gimen un treno: un sepulcro nos acoge, suplicantes e igualmente desheredados. ¿Qué de estas cosas está sin males? ¿No es invencible Ate?

CORO. Pero todavía un dios, si quiere, puede hacer salir de estos males cantos de acentos más dulces. En vez de lamentos sobre una tumba, el peán puede traer al palacio real una querida crátera de vino nuevo.

ORESTES. ¡Ojalá, bajo Ilión, padre, hubieras muerto atravesado por la lanza de un licio! Habiendo dejado en tu palacio un nombre glorioso y estableciendo en los caminos de tus hijos una vida por todos admirada, tendrías allende el mar una tumba colosal, soportable a los tuyos.

CORO. Amigo entre amigos allí gloriosamente fallecidos, luciría bajo tierra, príncipe venerado, ministro de los poderosos reyes subterráneos, pues fue rey mientras vivió, teniendo en sus manos la suerte del destino y el cetro persuasivo.

ELECTRA. No, padre, no es mi deseo que caído bajo los muros de Troya, con otros guerreros heridos por la lanza, hubieses sido sepultado junto a las orillas del Escamandro, sino que tus asesinos hubieran sucumbido del mismo modo a fin de que aquí, lejos, nos

enteráramos de su destino de muerte, libres de estos deseos.

CORO. ¡Oh hija! Quieres más que oro, más que la suprema felicidad de los hiperbóreos; bien puedes. Con todo, me alcanza el chasquido de un doble látigo: de un lado los defensores están bajo tierra, de otro los dueños tienen manos impuras -situación odiosa para él, más todavía para los hijos.

ORESTES. Estas palabras atraviesan mis oídos como una flecha. Zeus, Zeus, que del mundo subterráneo haces surgir la desgracia, en castigo ulterior a la mano atrevida y pérfida de los hombres... sobre los genitores la venganza igualmente se cumple.

CORO. ¡Ojalá pueda lanzar un poderoso alarido sobre el hombre abatido, sobre la mujer expirante! ¿Por qué oculto en mi alma lo que de todas maneras vuela y delante de la proa de mi corazón sopla la ira impetuosa, el odio rencoroso?

ELECTRA. ¿Cuándo, pues el exuberante Zeus lanzará contra ellos su brazo? ¡Ay, ay! ¡Que habiendo cortado las cabezas, vuelva la confianza al país. Reclamo justicia contra justicia: escuchadme, Tierra y potestades infernales.

CORO. Pero es ley que las gotas de sangre vertidas por tierra exigen otra sangre. Homicidio grita la Erinis, que en nombre de las primeras víctimas envía calamidad sobre calamidad.

ORESTES. ¡Ah, ah! Soberanas del mundo subterráneo, muy poderosas imprecaciones de los muertos, ved, ved lo que resta de los Atridas, la indigencia, la humillante privación del palacio. ¿Hacia dónde dirigirse, oh Zeus?

CORO. Mi corazón de nuevo se agita al oír estos lamentos. Entonces desespera y mis entrañas se ennegrecen a cada palabra que oigo. Pero cuanto te veo lleno de coraje, mi espíritu destierra la pena y todo me parece bello.

ELECTRA. ¿Con qué palabras acertaríamos, padre? ¿Recordaré las penas que hemos sufrido de parte de una madre? Es posible halagarlas, pero ellas no se calman: como un lobo voraz, mi corazón, por obra de mi madre, es implacable.

CORO. Golpeo mi pecho al ritmo de un canto ario y según los ritos de las plañideras cisias, podéis ver mis manos extendidas, acumulando golpe tras golpe, agitándose sin cesar, de arriba, de lejos, y con el choque retumba mi resonante y dolorida cabeza.

ELECTRA. ¡Oh, oh, madre cruel y atrevida! En crueles exequias, a un rey sin su pueblo, a un marido sin llantos ni lamentos osaste sepultar.

ORESTES. Has dicho toda la infamia, ¡ay de mí! Pero esta afrenta de mi padre, ¿no la pagaré con la ayuda de los dioses, con la ayuda de mis brazos? ¡Que yo muera después que la haya matado!

CORO. Lo mutiló, para que lo sepas. Obró, al sepultarlo así, anhelosa de proporcionar a tu existencia un destino insoportable. Ya oyes los tratamientos ignominiosos infligidos a tu padre.

ELECTRA. Hablas del destino paterno. Pero yo era alejada, humillada, por nada tenida. Recluida en mi habitación como perra perniciosa, las lágrimas más prontas que la risa brotaban de mis ojos, vertiendo ocultamente infinitos llantos y gemidos. Oyendo esto fíjalo en tu memoria.

CORO. Fíjalo y por tus oídos deja penetrar una palabra al fondo tranquilo de tu corazón. El pasado es así, el futuro, que tu cólera te lo enseñe. Conviene lanzarse al combate con un ímpetu indomable.

ORESTES. A ti te lo digo, padre: ven en auxilio de los tuyos.

ELECTRA. Y yo también te invoco, derramando lágrimas.

CORO. Y nosotros, con grito concorde, hacemos eco a tus llamadas: óyenos, regresa a la luz, sé nuestro aliado contra los enemigos.

ORESTES. Ares luchará contra Ares, la justicia contra la justicia.

ELECTRA. ¡Oh dioses! Haced prevalecer la justicia.

CORO. Un temblor se desliza dentro de mí al oír estas súplicas. El destino aguarda hace tiempo, pero, si rogamos, puede venir. ¡Oh dolor de la raza, golpe de Ares, lúgubre y sangrante! ¡Oh lamentables, insoportables afanes! ¡Oh dolores que nunca se

calman! En la casa está el remedio para curar estas heridas; no de fuera, sino de ella misma, por medio de una cruel, sangrienta discordia. Este es el himno de los dioses subterráneos. Escuchando, dioses infernales, esta imprecación, enviad, clementes, a estos muchachos un socorro para la victoria.

(Orestes y Electra se arrodillan y golpean la tierra con sus manos.)

ORESTES. Padre, muerto de una manera indigna de un rey, yo te imploro, dame la soberanía de tu palacio.

ELECTRA. Y yo, padre, tengo necesidad de ti para escapar de es teduro trabajo e

infligirle a su vez a Egisto.

ORESTES. Así se establecerán en tu honor los solemnes festines debidos a los muertos, de lo contrario, permanecerás sin honor en los suntuosos, brillantes, grasientos banquetes de esta tierra.

ELECTRA. Y yo, de mi intacta herencia te traeré mis libaciones nupciales al salir de la casa paterna y honraré esta tumba.

ORESTES. ¡Oh tierra!, deja subir a mi padre para que presida el combate.

ELECTRA. ¡Oh Perséfone, otórganos una brillante victoria!

ORESTES. Recuerda el baño en donde fuiste arrebatado, padre.

ELECTRA. Recuerda la red que estrenaste.

ORESTES. En qué lazos innobles fuiste cazado, padre.

ELECTRA. En qué velos ignominiosamente urdidos.

ORESTES. ¿No despiertas a estos ultrajes, padre?

ELECTRA. ¿No alces tu queridísima cabeza?

ORESTES. Envía la justicia a combatir con los tuyos y déjanos usar las mismas tretas, si, vencido, quieres ser, a su vez vencedor.

ELECTRA. Y escucha, Padre, mi último clamor. Viendo tus polluelos acurrucados junto a tu tumba, compadécete de la hembra tanto como de la stirpe varonil y no dejes aniquilar esta semilla de los Pelópidas; pues incluso muerto, no estás sin vida.

ORESTES. Pues los hijos salvan el nombre del padre muerto, como los corchos que sostienen la red y salvan de la profundidad la malla de lino. Escucha, por ti son estos lamentos, tú mismo te salvas haciendo honor a mi plegaria.

(Orestes y Electra descienden del túmulo.)

CORIFEO. Larga pero irreprochable ha sido vuestra plegaria, honor tributado a una tumba no llorada. Y ahora, puesto que tu corazón ha resuelto actuar, deberías actuar ya probando el destino.

ORESTES. Así será; pero no es fuera de camino preguntar de dónde, por qué razón ha enviado estas libaciones, tratando de sanar demasiado tarde un mal incurable. ¡Miserable tributo para enviar a un muerto miserable! Yo no sabría calcular el valor de estas ofrendas, pero son inferiores a la culpa. Todas las libaciones podrías verte por una sola gota de sangre: sería trabajo inútil. Así se dice. Pero si lo sabes, cuéntame, te lo

ruego, estas cosas.

CORIFEO. Lo sé, hijo, porque estaba presente. Sobresaltada por sueños y temores nocturnos, ha enviado estas libaciones la mujer impía.

ORESTES. ¿Y conocéis el sueño para explicarlo claramente?

CORIFEO. Creyó dar a luz una serpiente, según ella misma dice.

ORESTES. ¿Y cuál es la conclusión y el compendio de este relato?

CORIFEO. La ha envuelto en pañales, como a un niño.

ORESTES. ¿Qué alimento buscaba este monstruo recién nacido?

CORIFEO. Ella misma en sueños le ha ofrecido su pecho.

ORESTES. ¿Y cómo no fue herida por la horrible bestia?

CORIFEO. Sí, hasta sacar con la leche un coágulo de sangre.

ORESTES. Esta visión bien podría no ser vana.

CORIFEO. Ella se despierta y lanza, espantada, un grito.

Numerosas antorchas, cegadas por las tinieblas, surgen en el palacio a la voz de la dueña. Entonces envía estas libaciones fúnebres, esperando un remedio que corte sus males.

ORESTES. Mas yo ruego a esta tierra y a la tumba de mi padre que este sueño tenga para mí cumplimiento. Lo interpreto de tal forma que puede concordar en todo: si esta serpiente saliendo del mismo seno que yo, fue envuelta, como un niño, en pañales y abrió su boca alrededor del pecho que me nutrió, y mezcló la dulce leche con un coágulo de sangre, mientras ella gimió de miedo por este hecho, entonces es necesario que, como alimentó al monstruo espantoso, así muera de manera violenta; y yo, transformado en serpiente, la mataré, como predice esta visión.

CORIFEO. Te escojo por adivino de este sueño. Así suceda. Y ahora instruye a tus amigos: a unos explica lo que han de hacer, a otros lo que han de evitar.

ORESTES. El plan es bien sencillo. Ésta que vaya dentro; a vosotros os exhorto que ocultéis estos proyectos míos, a fin de que aquellos que con engaño mataron a un hombre honorable, con engaño también sean cogidos en el mismo lazo y mueran de la manera que ha proclamado Loxias, el soberano Apolo, profeta hasta ahora verídico. Yo, semejante a un extranjero, con un bagaje completo, llegaré a las puertas del recinto con Pílates -yo como forastero, él como huésped antiguo de la casa-. Los dos emplearemos la

lengua del Parnaso, imitando el acento del dialecto focense. Si ninguno de los porteros nos acoge con semblante alegre, porque la casa está poseída de males, esperaremos hasta que alguien al pasar delante del palacio conjeture y diga: «Por qué Egisto si está en Argos y lo sabe, cierra la puerta al suplicante?» Pero si logro franquear el umbral de la puerta del recinto y lo encuentro en el trono de mi padre o viene a hablarme cara a cara y al alcance de mis ojos, sábelo bien, antes que diga: «De qué país es el extranjero?», haré un cadáver, envolviéndolo con ágil bronce. Y la Erinis, saciándose de muerte, beberá una sangre pura en la tercera libación.

Ahora, pues, tú vigila bien lo que sucede en el palacio, para que todo ocurra según lo concertado. A vosotras os recomiendo tener una lengua discreta: callar cuando precise y hablar oportunamente. El resto ruego a mi padre que lo presida, dándome la victoria en los combates de la espada.

(Electra en el palacio. Orestes y Píldes se alejan por la puerta izquierda.)

CORO. Muchos, terribles azotes de terror nutre la tierra, y los senos del mar, monstruos enemigos de los hombres, entre cielo y tierra surgen brillantes meteoros, y todo ser que vuela o anda puede contar la furia proceloso de los huracanes.

Pero ¿quién será capaz de decir la audacia sin límites del espíritu del hombre, y las violentas pasiones, compañeras de desastres para los mortales, de las mujeres de insolente corazón? Las uniones matrimoniales son quebrantadas por el imprudente deseo que se apodera de las hembras, en las bestias y en los hombres.

Sépalo aquél que no tiene una mente olvidadiza, recordando el designio incendiario que concibió la miserable Testiada, matadora de su hijo, cuando lanzó a las llamas del rojo tizón, compañero dado a su hijo desde su primer vagido al salir del seno materno y que debía medir su paso a través de la vida hasta el día decretado por el destino.

Otra mujer hay de recuerdo abominable, la sanguinaria Escila, que en favor de los enemigos sacrificó a un ser querido y, seducida por los collares de oro cretenses, presente de Minos, arrancó -¡corazón de perra!- el cabello inmortal de Niso, mientras éste confiadamente dormía, y Hermes lo alcanzó.

Y ya que he recordado infortunios tan amargos, ¿no es hora de que el palacio maldiga la vil unión, la conspiración de un corazón de mujer contra el guerrero, contra un varón violento, terror de los enemigos? Yo admiro un hogar doméstico sin pasiones, un

corazón de mujer sin audacia.

Mas, entre todos los crímenes el de Lemnos ocupa el primer lugar, según cuenta. El pueblo proclama la vileza del hecho y todo horror nuevo se compara a crimen aborrecido por la calamidad de Lemnos. Por este los dioses, la raza desaparece en el menosprecio de los hombres; nadie venera lo que es odioso a los dioses. ¿Cuál de estos ejemplos no aduzco con razón?

Pero ya la aguda espada está cerca del pecho y lo atraviesa en nombre de la justicia. Es de rigor contra los que, quebrantando todo derecho, han ultrajados pisoteado por tierra, la plena majestad de Zeus. La base de la justicia está firme y la Moira, forjadora de espadas, martillea ya el hierro. Al hijo que ha de vengar, por fin, la abominación de los antiguos homicidios, introduce en palacio la ilustre Erinis de profundos designios.

(Orestes y Píldes entran por la izquierda y se dirigen hacia palacio. Les siguen algunos siervos que llevan los equipajes.)

ORESTES. Esclavo, esclavo, escucha que llaman a la puerta del patio. ¿Quién hay dentro, en el palacio? Esclavo, esclavo, de nuevo llamo. Por tercera vez grito que alguien salga de la casa, si se practica la hospitalidad bajo el gobierno de Egisto.

ESCLAVO. Sí, escucho. ¿De qué país es el extranjero? ¿De dónde procede?

ORESTES. Anuncia a los señores de la casa que por ellos vengo y traigo noticias; pero date prisa, que el carro tenebroso de la noche se acerca y es hora de que los viajeros echen el áncora en las moradas acogedoras de los huéspedes. Que salga alguien con autoridad de la casa, la dueña, o mejor un hombre, porque entonces en la conversación ningún pudor empaña las palabras: un hombre habla a otro con confianza y manifiesta sin reserva su objeto.

(La reina sale del palacio.)

CLITEMNESTRA. Extranjeros, decid si necesitáis algo, pues tenemos todo lo que se puede esperar de una casa como ésta: barros calientes, un lecho que es descanso de las fatigas y la presencia de unos ojos leales. Pero si habéis de tratar algo de mayor reflexión, esto es un asunto de hombres y lo consultaremos.

ORESTES. Soy extranjero, de Daulia, en la Fócide. Había iniciados ya mi viaje hacia Argos, cargado con el bagaje de mi propio negocio, cuando, sin conocernos, se me aproxima un hombre y después de haber averiguado mi viaje y manifestado el suyo, me

dice Estrafio de Fócide -pues en la conversación conocí su nombre-: «Puesto que, en todo caso, extranjero, vas a Argos, acuérdate, sin falta, de decir a sus padres que Orestes está muerto; no lo olvides. Ya sea que prevalezca entre los suyos la opinión de llevarlo a su casa, o de enterrarlo, huésped para siempre, en la tierra donde habitaba, transmíteme de regreso sus órdenes. Ahora, los flancos de una urna de bronce guardan las cenizas de un hombre llorado como se debía.» Lo que oí te lo digo. Si por casualidad hablo con los parientes y allegados, lo ignoro; pero su madre debe saberlo.

CLITEMNESTRA. ¡Ay de mí! Lo que acabas de decir nos ha arruinado del todo. ¡Oh invencible maldición de este palacio! ¡Cómo todo lo vigilas aunque esté bien guardado lejos del camino, y con tus certeros dardos me despojas privándome de los míos, desgraciada! Y ahora, Orestes -que con tan buen consejo había sacado el pie del funesto lodazal-, ahora la única esperanza de una bella alegría, sanadora de esta mansión, la borra tan pronto surge.

ORESTES. Verdaderamente hubiera deseado , con buenas noticias, darme a conocer a unos huéspedes tan nobles y ser por ellos acogido. ¿Qué cosa hay más favorable que un huésped para sus huéspedes? Pero hubiera tenido en mi corazón por una impiedad no haber coronado esta obra para unos amigos, después del juramento realizado y recibimiento dispensado.

CLITEMNESTRA. No por ello obtendrás un trato menos digno ni serás menos que un amigo para esta casa: otro igualmente hubiera venido a anunciar estas cosas. Pero es hora de que unos extranjeros, al final de la jornada, obtengan los cuidados apropiados a un largo camino. (Dirigiéndose a un esclavo.) Llévalo a las habitaciones reservadas a los huéspedes con sus servidores y compañeros de viaje: y que allí encuentren lo que conviene a nuestro palacio. Te encargo hacer esto considerando que debes rendir cuentas. Nosotros iremos a comunicarlo todo al señor de la casa y, como no carecemos de amigos, decidiremos sobre este acontecimiento.

(Clitemnestra entra en palacio, Orestes y Píldes le siguen.)

CORO. Ea, leales servidoras del palacio, ¿cuándo enseñaremos la fuerza de nuestras bocas en defensa de Orestes? ¡Oh augusta tierra, augusto túmulo que estás puesto sobre el cuerpo del jefe de las naves, del rey, escúchanos, ayúdanos! Ahora es el momento en que la dolorosa Persuasión baje con ellos a la lid, que Hermes subterráneo y nocturno dirija

los combates de la espada homicida.

(La nodriza sale del palacio.)

CORIFEO. Creo que el extranjero está preparando un mal golpe: Veo a la nodriza de Orestes deshecha en lágrimas. ¿Adónde vas, Cilicia, fuera del palacio? Tu pena es un compañero sin paga.

NODRIZA. Que los huéspedes llaman a Egisto -me mandan decir cuanto antes la dueña- para que más claramente de hombre a hombre venga a informarse de la reciente noticia. Delante de la servidumbre ha mostrado una actitud sombría, pero en el fondo de los ojos ocultaba una sonrisa, porque todo ha terminado bien para ella; pero, para esta casa todo es desventura por el mensaje que los extranjeros han anunciado de una manera inequívoca. Aquél, al escuchar esta noticia, alegrará su corazón cuando la sepa. ¡Ay desgraciada de mí! Los antiguos dolores intolerables acumulados sobre esta casa de Atreo, ¡cómo han afligido mi corazón en el pecho! pero todavía no había tenido que sufrir una pena como ésta: los Otros males, pacientemente, podía soportarlos. Mas ¡mi Orestes, el desvelo de mi vida, que recibí del seno de su madre, que yo crié... ! ¡y los gritos agudos que me hacían vagar toda la noche y las penas que soporté, todo lo habré sufrido inútilmente! Un niño que no tiene conocimiento se ha de criar como un animalito, ¿no es verdad?, según el criterio de la nodriza. Una criatura todavía en pañales no habla, tenga hambre, sed o ganas de orinar: su joven vientre se basta por sí mismo. Yo bien intentaba adivinar sus necesidades, pero muchas veces, en verdad, me mentía y había de lavar los pañales; entonces hacía a la vez de lavandera y nodriza. Yo, que tenía esta doble tarea, recibí a Orestes de su padre. Ahora, desgraciada, me entero de que está muerto. Voy a encontrar al hombre que es la ruina de esta casa; de buen grado se enterará de la noticia.

CORIFEO. Y bien, ¿cómo quiere la mujer que venga él preparado?

NODRIZA. ¿Cómo dices? Repítelo para que lo entienda mejor.

CORIFEO. ¿Con su guardia o solo?

NODRIZA. Quiere que traigan su escolta de lanceros.

CORIFEO. Mas tú no comunicas este encargo al amo odioso, sino dile con corazón alegre que venga solo, cuanto antes, para que escuche calmadamente un relato. Pues en el mensajero radica que triunfe un plan oculto.

NODRIZA. Pero ¿es que todavía estás alegre después de tales noticias?

CORIFEEO. ¿Y si Zeus decide al fin cambiar esta tormenta de males?

NODRIZA. ¿Cómo? Orestes, la esperanza de la casa, está muerto.

CORIFEEO. Aún no; un mal profeta podría pensar así.

NODRIZA. ¿Qué estás diciendo? Sabes algo aparte de lo que han dicho?

CORIFEEO. Vete, date prisa, lleva el mensaje que te ha encargado: los dioses se preocupan de lo que es menester.

NODRIZA. Iré, pues, y obedeceré tus palabras. Que todo suceda lo mejor posible con ayuda de los dioses. *(La nodriza se retira por la derecha.)*

CORO. Ahora yo te conjuro, Zeus, padre de los dioses olímpicos, concédenos ver la felicidad magníficamente establecida en la casa, concédelo a las que se esfuerzan por el buen orden. Todo lo que proclamo está de acuerdo con la justicia. Oh Zeus, tómala bajo tu protección.

¡Ay, ay! Pon a los que nos son enemigos en la mano de! que está en la casa, ¡oh Zeus porque si lo engrandeces de buen grado te pagará una recompensa doble y triple.

Mira a! potro, huérfano de un héroe querido, uncido en su carro de penas. Regula su carrera y haz que se le vea lanzado en la llanura manteniendo el ritmo en sus esfuerzos para alcanzar la meta.

¡Ay, ay! Pon a los que nos son enemigos en la mano de! que está en la casa, ¡oh Zeus! porque si lo engrandeces de buen grado te pagaré una recompensa doble y triple.

Vosotros que en el interior de! palacio administráis un espléndido recinto de tesoros, escuchadme, dioses benignos. Lavad la sangre de las antiguas desgracias con una pronta justicia, que el viejo crimen no engendre ya más en la casa.

Tú que habitas en la espléndida y bella morada, haz que la casa de un héroe levante la cabeza y contemple con sus leales ojos la brillante luz de la libertad después de este velo de tinieblas.

Que el hijo de Maya le ayude justamente. Porque nadie como él puede hacer soplar un viento propicio cuando quiere. Muchas cosas ocultas revela en sus veredictos, pero cuando pronuncia una palabra oscura, extiende delante de los ojos, tinieblas nocturnas que ni de día se disipan.

Tú que habitas en la espléndida y magnífica morada, haz que la casa de un héroe levante la cabeza y contemple con sus leales ojos la brillante luz de la libertad después de

este velo de tinieblas.

Así por fin emitiremos un solemne canto por la liberación de la casa, canto mujeril, de soplo favorable, de tono penetrante, a cuyo conjuro proclamaremos: «¡Victoria! Para mí crece la ganancia cuando Ate está lejos de los que amo.»

Y tú, lleno de coraje, cuando llegue tu parte en la obra, si ella grita: «¡Hijo!», tú a tu vez grítale tu palabra: «¡Padre!», y cumple la venganza irreprochable.

Llevando en tu pecho el corazón audaz de Perseo actúa en favor de tus amigos, muertos y vivos. Estableciendo dentro del palacio una Ate sangrienta, aniquila al causante del crimen.

Y tú, lleno de coraje, cuando llegue tu parte en la obra, si ella grita: «¡Hijo!», tú a tu vez grítale tu palabra: «¡Padre!», y cumple la venganza irreprochable.

(Llega Egisto por la derecha.)

EGISTO. Vengo, no sin ser llamado, sino por un mensaje que he recibido. Una reciente noticia, de ninguna manera deseada, me entero que han traído unos forasteros que acaban de llegar: la muerte de Orestes. Soportar también esto sería un peso terrible para la casa, estando ya lacerada y mordida por una muerte anterior. ¿Cómo puedo asegurarme si esta noticia es verídica y visiblemente creíble? ¿O más bien es uno de esos rumores medrosos de mujeres que saltan por el aire y mueren sin realizarse? ¿Qué puedes decirme que aclare mi mente?

CORIFEYO. Nosotras hemos oído la noticia, pero tú entra e infórmate por los extranjeros. No hay mensajero que valga cuando uno puede ir personalmente al lugar a enterarse.

EGISTO. Sí, quiero ver e interrogar al mensajero si estaba cerca cuando murió Orestes o si habla por un vago rumor que ha oído. No podrá engañar a un espíritu clarividente como el mío.

(Entra en palacio.)

CORO. ¡Zeus, Zeus! ¿Qué he de decir? ¿Por dónde empezaré mi oración, mi invocación a los dioses? ¿Cómo la terminaré diciendo palabras que iguallen mi buen deseo?

Pues ahora las puntas de las espadas asesinas van a mancharse de sangre o para consumir para siempre la ruina de la casa de Agamenón o, encendiendo fuego y luz de

libertad, Orestes conquistará el trono legítimo y la gran riqueza de sus antepasados. Tal es la lucha que, atleta de reserva, solo contra dos el divino Orestes va a emprender. ¡Sea para él el triunfo!

(Se oyen gritos que proceden del palacio.)

EGISTO. ¡Ay, ay, ay!

CORIFEO. ¡Eh, eh!, ¿Qué sucede? ¿Qué se ha consumado en el palacio?

Alejémonos mientras se acaba la empresa, a fin de que no parezca que somos los culpables de estos males. Porque el resultado del combate está decidido.

(El coro se aleja a un rincón. De la puerta central de palacio sale un esclavo y se dirige velozmente hacia la habitación de las mujeres.)

ESCLAVO. ¡Pobre de mí! Sí, ¡pobre de mí!, mi dueño está muerto. ¡Ay de mí! De nuevo por tercera vez grito: Egisto ya no existe. Ea, abrid rápidamente, quitad los cerrojos de las puertas del gineceo. Un joven vigoroso se necesita pero no para socorrer al muerto. ¿Para qué, pues?

(Golpea la puerta del gineceo.)

¡Eh, eh! Grito a sordos y en vano vocifero, a gentes que duermen sin cuitas. ¿Dónde está Clitemnestra? ¿Qué hace? Me parece que su cuello está ya sobre el filo de la navaja y que caerá por tierra herido por la justicia.

(Clitemnestra sale del palacio.)

CLITEMNESTRA. ¿Qué sucede? ¿Qué son estos gritos que das en la casa?

ESCLAVO. Digo que los muertos matan a los vivos.

CLITEMNESTRA. ¡Pobre de mí! Entiendo el sentido del enigma.

Por la astucia moriremos tal como matamos. Que alguien me entregue un hacha asesina rápidamente. Sepamos si somos ganadores o derrotados, puesto que he llegado a esta decisión.

(Se va hacia palacio. Se abre la puerta central y aparece Orestes con la espada ensangrentada. Junto a él Pílates. Al fondo se ve el cadáver de Egisto.)

ORESTES. Precisamente a ti te busco; él ya tiene su parte y le basta.

CLITEMNESTRA. ¡Ay de mí! ¡Estás muerto, querido Egisto!

ORESTES. ¿A ese hombre amas? Pues bien, yacerás en la misma tumba; ni siquiera muerto le traicionarás.

CLITEMNESTRA. Detente, hijo mío. Respeta, criatura, este pecho sobre el que tantas veces, adormecido, chupabas con tus labios la leche nutricia.

ORESTES. Pílates, ¿qué haré? ¿He de temer matar a una madre?

PILADES. ¿Qué será ahora de los oráculos de Loxias dados en Delfos y de los leales juramentos? Considera que vale más ser enemigo de todos que de los dioses.

ORESTES. Reconozco que has vencido y me aconsejas bien. (*AClitemnestra.*) Sígueme, quiero degollarte cerca de ese hombre.

Cuando vivía lo juzgaste mejor que mi padre; duerme con él una vez muerta, puesto que le amas y odias al que debías amar.

CLITEMNESTRA. Yo te crié y quiero envejecer contigo.

ORESTES. ¿Asesina de un padre, vivirías conmigo?

CLITEMNESTRA. El Destino, hijo, ha tenido su parte de culpa.

ORESTES. Entonces también el Destino ha preparado la muerte.

CLITEMNESTRA. ¿No temes las maldiciones de una madre, hijo?

ORESTES. Que me dio a luz para lanzarme al infortunio.

CLITEMNESTRA. No, ya que te envié a una casa hospitalaria.

ORESTES. He sido vergonzosamente vendido, yo, hijo de un padre libre.

CLITEMNESTRA. ¿Dónde está el precio que por ello he recibido?

ORESTES. Me avergüenzo de reprochártelo claramente.

CLITEMNESTRA. No, dilo todo, pero también las locuras de tu padre.

ORESTES. No acuses al que pasa fatiga mientras tú estás sentada en casa.

CLITEMNESTRA. Es triste para una mujer estar alejada del marido, hijo.

ORESTES. Sí, pero el trabajo del marido las mantiene reposadas en casa.

CLITEMNESTRA. Pareces decidido, hijo, a matar a tu madre.

ORESTES. Tú, no yo, te matarás a ti misma.

CLITEMNESTRA. Mira, guárdate de las perras vengadoras de una madre.

ORESTES. ¿Y cómo huiré de las de mi padre si renuncio a ello?

CLITEMNESTRA. Me da la impresión de que viva dirijo vanamente mis plegarias a una tumba.

ORESTES. La suerte de mi padre determina esta muerte para ti.

CLITEMNESTRA. ¡Pobre de mí!, engendré y nutrí esta serpiente.

ORESTES. ¡Ah, qué profeta tan verídico el terror que te inspiraban tus sueños! Mataste a quien no debías, sufre ahora lo que no debía ser.

(Orestes, seguido de Pílates, arrastra a su madre dentro del palacio. La puerta se cierra. El coro vuelve a la orquesta.)

CORIFEO. También de éstos lloro su triste destino. Ya que el valiente Orestes ha coronado tantas empresas de sangre, lo preferimos así: que el ojo de la casa se haya abierto para siempre.

CORO. Llegó la justicia a los Priámidas, con el tiempo: un castigo abrumador. Ha llegado también al palacio de Agamenón un doble león, un doble Ares. Ha ido hasta el fin el desterrado anunciado por Pitón, estimulado por los sabios consejos de un dios.

Emitid, oh, un grito de júbilo. La casa de los señores está libre de los males y de la disipación de la riqueza a manos de la pareja denigrante, hado de mortal camino.

Ha venido aquel a quien, en lucha secreta, incumbe castigar el crimen por la astucia. En la batalla ha tocado el brazo de Orestes la verdadera hija de Zeus -la que los mortales, acertando el nombre, llamamos Justicia-, respirando sobre sus enemigos una funesta ira.

Emitid, oh, un grito de júbilo. La casa de los señores está libre de los males y de la disipación de la riqueza a manos de la pareja denigrante, hado de mortal camino.

El oráculo proclamado por Loxias desde el gran templo del Parnaso ataca con una astucia sin perfidia el crimen inveterado. La voluntad divina triunfa siempre negando socorro a los malvados. Es justo venerar el poder del cielo.

La luz, ahora, puede verse: la casa se liberó del freno opresor. ¡Levántate, pues, palacio! Demasiado, demasiado tiempo estuviste siempre caído en el polvo.

Pronto el tiempo que todo lo cumple atravesará el vestíbulo de este palacio cuando del hogar toda mancha habrá sido quitada por los ritos purificadores que ahuyentan la calamidad. Los extranjeros que residen en la casa caerán a su vez.

La luz, ahora, puede verse: la casa se liberó del freno opresor. ¡Levántate, pues, palacio! Mucho, mucho tiempo estuviste siempre caído en el polvo.

(Se abre la puerta central de palacio y se ven los dos cadáveres de Clitemnestra y Egisto. Frente a ellos está Orestes. Unos siervos traen el peplo en que murió Agamenón. Va llegando gente de Argos.)

ORESTES. ¡Ved la doble tiranía del país, los asesinos de mi padre, los devastadores

de este palacio! Augustos, estaban poco ha sentados en sus tronos; ahora todavía son amantes -como se puede juzgar por su muerte- y permanecen fieles a su juramento. Juntos juraron dar muerte a mi desgraciado padre, y morir juntos: también esta promesa se ha realizado. Mirad, ahora, los que sois testigos de estos males, el ardid, la cadena de mi infortunado padre, las esposas de las manos, los grilletes de los pies. (*A los siervos que sostienen el peplo.*) Desplegad, mostrad de cerca a todos el velo que cubre al héroe para que el padre, no el mío, sino aquél que todo lo vigila, el Sol, vea las obras impías de mi madre, y un día sea testigo justamente de que conseguí la venganza hasta la muerte de mi

madre. Porque aquí no hablo de la muerte de Egisto: ha tenido, de acuerdo con la ley, el castigo del adúltero. Pero ella, que meditó aquel crimen contra un hombre cuyos hijos había llevado debajo de la cintura -peso de amor un tiempo, pero ahora bien se ve, de odio mortal-, ¿qué te parece?, serpiente marina o víbora, que envenenas todo lo que toca, sin morderlo, con sólo su audacia y su perfidia maternal. Y este velo, ¿cómo acertaré llamarlo, aun con lengua benévola? ¿Trampa de fieras o sudario que cubre al muerto hasta los pies? No, más bien una red, un lazo dirías, peplo que traba los pies: lo que quisiera un ladrón para engañar a sus huéspedes y vivir del robo del dinero; y con esta astucia mataría a muchos y alegraría enormemente su corazón. ¡Que jamás una esposa como ella habite en mi casa! ¡Antes los dioses me hagan morir sin hijos!

CORIFEYO. ¡Ay, ay!, miserables acciones. Tú has sucumbido a una muerte espantosa. ¡Ay, ay! Con el tiempo también el castigo florece.

ORESTES. ¿Lo hizo ella o no lo hizo? Tengo por testimonio este velo, teñido por la espada de Egisto; la mancha de sangre ayuda con el tiempo a destruir los múltiples colores del bordado. Ahora, ya me alabo a mí mismo, lamento ante vosotras, y al invocar a este tejido asesino de mi padre, me aflijo por la acción, por el castigo y por toda la raza; de esta victoria guardo una abominable impureza.

CORIFEYO. Nadie entre los mortales pasará, sin castigo, una existencia del todo exenta de males. ¡Ay, ay! Una tribulación llega hoy, otra mañana.

ORESTES. Pero para que lo sepáis: yo no sé adónde lleva esto; soy como un auriga llevado por los caballos fuera del camino. Vencido, me arrastra mi espíritu indomable. Próximo al corazón el temor está pronto al canto y en ruidosa danza el corazón palpita. Mientras todavía estoy cuerdo, grito a mis amigos, sí, afirmo que no sin justicia he

muerto a mi madre, manchada

con el asesinato de mi padre, abominación de los dioses. Y el que me destiló en el corazón el filtro de esta audacia fue el profeta de Pitón, Loxias el cual me aseguró que si hacía lo que he hecho estaría exento de culpa, pero si lo descuidaba... no diré el castigo: no hay arco que alcance la medida de estos padecimientos. Y ahora, miradme cómo, provisto con este ramo y esta corona, me dirijo al santuario del centro de la tierra, al lugar de Loxias, donde luce una luz indestructible, para huir de esta sangre común; a ningún otro lugar me ordenó Loxias que me dirigiera. Y ruego a los argivos que recuerden siempre cómo han surgido estos males y sean mis testigos cuando Menelao regrese. Yo, errante, desterrado de esta tierra, vivo y muerto dejaré este renombre.

CORIFEO. Tú has actuado bien; no unzas tu boca a un lenguaje amargo ni te maldigas, después que has liberado a toda la ciudad de Argos, cortando felizmente la cabeza a dos serpientes.

(Orestes se dispone a marchar, pero retrocede asustado.)

ORESTES. ¡Ah, ah! ¡Qué mujeres son éstas, como Gorgonas, vestidas de negro, enlazadas de innumerables serpientes! No, no puedo quedarme más aquí.

CORIFEO. ¿Qué fantasías, ¡oh hombre que más ha amado a un padre!, te agitan? Serénate, no temas, un vencedor como tú.

ORESTES. No, no son fantasías que me atormentan. Sé bien que son las perras irritadas de una madre.

CORIFEO. Tienes todavía sangre fresca en las manos: de ahí viene la turbación que asalta tu mente.

ORESTES. Soberano Apolo, mira cómo pululan. De sus ojos destilan una sangre repugnante.

CORIFEO. Tienes un único medio de purificarse: toca a Loxias y te liberará de estos tormentos.

ORESTES. Vosotras no las veis, pero yo sí; me persiguen, no puedo quedarme aquí.

(Orestes sale.)

CORIFEO. Buena suerte, pues, y que un dios, mirándote con ojos propicios, te guarde para días mejores.

CORO. Ésta fue para las mansiones reales la tercera tempestad que con aire violento

se ha cumplido.

Primero comenzó por unos hijos devorados, penas y tormentos de Tiestes. Después alcanzó el destino a un héroe regio: asesinado en el baño murió el caudillo de los arcos. Ahora por tercera vez vino -¿qué diré?-. ¿Un salvador, la muerte? ¿Adónde irá, dónde acabará, aplacado, el furor de Ate?

LAS EUMÉNIDES

PERSONAJES

La profetisa Pitia

Apolo

Hermes

Orestes

Sombra de Clitemnestra

Coro de Euménides

Atenea

Acompañantes

La acción se inicia en Delfos, ante el templo de Apolo. La profetisa entra por la derecha y se dirige hacia la puerta del templo, que está cerrada. Antes de entrar invoca a los dioses.

LA PITIA. Primeramente, con esta oración honro, entre los dioses, a la primera profetisa, la Tierra; después de ésta a Temis, que, según se dice, se sentó la segunda en este lugar profético de la madre; a su vez como tercera, con el permiso de Temis y sin violencia de nadie, otra Titánida, hija de la Tierra, se estableció, Febe; y ella lo ofrece como presente natalicio a Febo, que recibe este nombre sacado del de la diosa. Dejando el lago y la cima rocosa de Delos, arriba a las playas de Palas, frecuentadas de navíos, y

llega por fin a esta tierra y las moradas del Parnaso. Le escoltan y grandemente veneran los constructores de caminos, hijos de Hefesto, amansando una tierra salvaje. A su llegada le tributan grandes honores el pueblo y Delfos, el señor que gobierna este país. Zeus, habiendo llenado su mente de un arte divino, lo coloca, cuarto profeta, en el trono. Y Loxias es hoy el intérprete de su padre Zeus. A estos dioses me dirijo en el comienzo de mis oraciones. Pero Palas Pronaia tiene en las historias un lugar privilegiado; y también adoro a las ninfas que habitan la gruta de Coricio, grata a las aves, morada de las diosas; Bromio reina allí, no lo olvido, desde el día en que este dios condujo a la lucha a las bacantes y acosando a Penteo como a una liebre le dio muerte. Invoco, en fin, las fuentes de Plisto, y el poder de Poseidón, y Zeus Supremo, que todo lo cumple; después, profetisa, me siento, en mi trono. Que los dioses me permitan conseguir obtener ahora, como antes, la mejor entrada posible al santuario Y si hay peregrinos de Grecia, que se aproximen según el turno señalado por la suerte, como es costumbre; pues yo profetizo como me dicta el dios.

(La profetisa entra en el templo y vuelve a salir asustada ante el espectáculo de Orestes rodeado de la Erinis.)

¡Oh! Una escena horrible de decir, horrible de ver, me hace salir del santuario de Loxias, tanto que estoy sin fuerzas ni puedo permanecer de ayuda de pie; corro con ayuda de las manos, no por la agilidad de mis piernas. Una vieja aterrada no es nada, o más bien, es un niño. Yo iba hacia el fondo del santuario coronado de guirnaldas, cuando veo sobre el ombligo a un hombre odioso a los dioses, sentado, en la actitud de un suplicante, con las manos goteando sangre, una espada recién sacada de una herida y una rama cimea de olivo, cuidadosamente coronada de cintas larguísimas o, para decirlo más claramente, de vellón blanco. Delante de este hombre, un extraño grupo de mujeres duerme, sentado en sitaliaes; no mujeres, ¿qué digo?, Gorgonas; y ni siquiera las compararé a tales figuras. Las he visto poco ha, en un cuadro, llevándose la comida de Fineo; pero éstas no tienen alas, son negras y del todo repugnantes; roncan con resuellos esquivos; de sus ojos destila un horrible lagrimeo; su vestido no es justo llevarlo ni delante de las estatuas de las diosas ni en las mansiones del hombre. No, nunca he visto la raza de esta tropa, ni sé qué país se jacta de alimentar impunemente tal género sin que se arrepienta de este afán. De lo que sigue, cuídese el propio señor de este palacio, el poderoso Loxias: él es profeta

médico, intérprete de prodigios y purificador de las casas ajenas.

(Sale. En el interior del templo están Apolo, Hermes, Orestes y las Erinis.)

APOLO. No, yo no te traicionaré. Hasta el final será tu protector, de cerca, de lejos, y no seré benigno a tus enemigos. Tú ves, ahora, cautivas a esas furiosas: vencidas por el sueño, las vírgenes abominables, viejas muchachas de un antiguo pasado, a las que nadie se acerca, ni dios, ni hombre, ni bestia. Nacieron para el mal, ya que habitan las dañinas tinieblas y el Tártaro subterráneo, odioso a los hombres y a los dioses olímpicos. Sin embargo, huye y no te acobardes: te perseguirán a través de un vasto continente, por cualquier tierra que pise tu huella vagabunda y allende el mar y las ciudades rodeadas por las olas. Pero no te canses de paecer tu afán. Y tan pronto llegues a la ciudad de Palas, siéntate rodeando con tus brazos la antigua imagen. Y allí con jueces de nuestra causa y palabras embelesadoras, hallaremos la forma de liberarte por siempre de tus sufrimientos; pues yo te persuadí de matar a tu madre.

ORESTES. Soberano Apolo, tú sabes no ser injusto; puesto que es así, aprende también a no ser negligente. Tu fuerza es garantía de tus beneficios.

APOLO. No te olvides de mis palabras: que el miedo no venza tu corazón. Y tú, sangre fraterna, hija de un padre común, Hermes, guárdalo; fiel a tu nombre, sé el conductor que guíe a mi suplicante. Zeus, en verdad, honra este respeto de los proscritos, que se presenta a los mortales con próspera suerte.

(Apolo desaparece. Hermes y Orestes salen del templo y se alejan. Aparece la Sombra de Clitemnestra.)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA. ¿Cómo podéis dormir? ¡Ah! ¿Qué necesidad tengo de gente que duerme? Yo, menospreciada así por vosotras entre los restantes muertos, no, ceso de oír reproches en boca de los difuntos porque, maté, y voy errante

vergonzosamente. Os declaro que me achacan un gran crimen, y después que he sufrido, un destino terrible de parte de los que más quería, ninguno de los dioses se indigna por mí, degollada por manos matricidas. Mira estos golpes con tu corazón: porque durmiendo, el alma se ilumina con los ojos, mientras que de día es incapaz de prever la suerte de los mortales. ¿No habéis saboreado a menudo mis ofrendas, libaciones sin vino, brebajes calmantes? ¿No os he ofrecido solemnes banquetes nocturnos sobre un hogar de fuego, en una hora no compartida con los otros dioses? Y todo esto lo veo

pisoteado por tierra. Éste se ha escapado y huye como un cervato; saltando ágilmente ha salido de las redes y se ha burlado de vosotras. Escuchadme: he hablado porque se trata de mi vida. ¡Recobrad el sentido, diosas subterráneas! En sueños, ahora yo, Clitemnestra, os llamo.

CORO. (*Quejido.*)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA. Sí, podéis quejaros, pero el hombre se os escapa, muy lejos. Porque tiene amigos, no míos, a quien dirigirse.

CORO. (*Quejido.*)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA. Duermes demasiado y no tienes compasión de mis sufrimientos. Orestes, el asesino de esta madre, ha desaparecido.

CORO. (*Quejido.*)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA. Refunfuñas, duermes. ¿No te le vanarás pronto? ¿Qué función te ha sido encomendada sino hacer sufrir?

CORO. (*Quejido.*)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA. El sueño y la fatiga, en su conjura soberana, han embotado la furia de la terrible dragona.

CORO. (*Doble gemido estridente.*) ¡Coge, coge, coge, coge ¡Vigila!

SOMBRA DE CLITEMNESTRA. Persigues en sueños a una fiera y aúllas como un perro que no deja nunca la inquietud de su trabajo. ¿Qué haces? Levántate, no te dejes vencer por el cansancio. Ablandada por el sueño, no olvides el ultraje. Deja atormentar tu corazón con estos justos reproches: para los sensatos sirven de agujones. Y tú lanza tu jadeo sangrante sobre este hombre, consúmelo con tu aliento, con el fuego de tu vientre. Síguelo, marchítalo con otra persecución.

(*Desaparece.*)

CORIFEYO. Despiértate y despierta a tu vecina, como yo a ti. ¿Duermes? Levántate, cocea el sueño y veamos si hay algo inútil en este preludio.

CORO. ¡Ah, ah! ¡Qué desgracia! ¡Cuánto sufrimiento, amigas!

Mucho, en verdad, he sufrido yo y en vano.

Hemos sufrido un infortunio de grave dolor, ¡oh dioses!, un mal insoportable.

Ha escapado de la red y ha huido la fiera.

Vencida del sueño, he perdido la caza.

¡Ah, hijo de Zeus, eres un ladrón! .

Joven numen, has pisoteado antiguas divinidades. Honrando a tu suplicante, hombre impío, cruel a sus padres.

Nos has robado a un matricida, tú que eres un dios.

¿Cuál de estas cosas te diré que es justa?

Del fondo de los sueños me ha llegado un reproche y, como un aguijón que el cochero empuña por el miedo, me ha herido el corazón, el hígado. Todavía siento, bajo el látigo de un verdugo feroz, un doloroso, dolorosísimo escalofrío.

Así actúan los dioses jóvenes que todo lo gobiernan injustamente. El sitial que destila sangre de cabeza a pies, el ombligo del mundo, se vé cargado con horrible mácula sangrienta.

Él, que es un adivino, por propio impulso, por propia invitación, ha ensuciado el santuario con una mancha doméstica, honrando a los mortales contra la ley, los dioses, ha desterrado las antiguas Moiras.

A mí me es odioso y no me lo arrancará; ni que huya debajo de la tierra, nunca será liberado. Siendo un maldito, dondequiera que vaya, encontrará otro vengador sobre su cabeza.

(Aparece Apolo.)

APOLO. ¡Fuera!, os lo mando; salid aceleradamente de esta casa, vaciad el santuario profético, si no queréis recibir la blanca serpiente alada que, saltando del arco de oro, os hará arrojar con dolor la negra espuma sacada de los hombres, vomitando los grumos de sangre que les habéis chupado. No, no es propio de vosotras acercaros a esta casa, sino allí en donde hay sentencias que cortan cabezas y vacían ojos, donde hay degüellos, donde, con la destrucción de la simiente, se pierde la flor viril de los niños, donde se mutila, donde se lapida, donde gruñen un largo lamento los hombres clavados por la espalda. ¿Oís, monstruos malditos de los dioses, las fiestas que os deleitan? Todo vuestro aspecto concuerda con estos horrores: vuestra morada propia sería la cueva de un león que se ahíta de sangre y no manchar con vuestra presencia estos lugares proféticos. Id, paced sin pastor: de tal grey ningún dios es amigo.

CORIFEO. Soberano Apolo, escucha a tu vez. Tú mismo eres, no cómplice, sino el único causante, el que tiene la culpa de todo lo que ha sucedido.

APOLO. ¿Cómo? Explica, alarga tus razones.

CORIFEO. Tu oráculo mandó a tu huésped matar a su madre.

APOLO. Mi oráculo le dijo que condujera la venganza de un padre. ¿Qué, pues?

CORIFEO. Y luego te hiciste protector de la sangre reciente.

APOLO. Y le encargué que se refugiara en esta casa.

CORIFEO. ¿Y por qué insultas a esta escolta?

APOLO. Porque no es propia para entrar en mi morada.

CORIFEO. Pero nos ha sido asignada esta tarea.

APOLO. ¿Cuál es esta honorable función? Cuéntame esta antigua prerrogativa.

CORIFEO. Nosotras arrojamos a los matricidas de sus casas.

APOLO. ¿Qué? ¿Y la mujer que se deshace del marido?

CORIFEO. Ella no ha dado muerte a un ser consanguíneo.

APOLO. Tú menosprecias por completo y en nada tienes los pactos nupciales garantizados por Zeus y por Hera. Y Cipris, es rechazada indignadamente por tus razones, ella que otorga a los mortales las más dulces alegrías. Pues el lecho en donde el destino une al hombre y a la mujer y sobre el cual vela la Justicia, es más fuerte que un juramento. Si con los que se matan entre ellos eres tan benigna que ni te preocupas ni los miras con ira, niego que seas justa desterrando a Orestes; pues veo que hay casos en que mucho te enfadas y otros que los tomas visiblemente con más calma. Pero la diosa Palas juzgará los derechos de ambas partes.

CORIFEO. Mas yo nunca abandonaré a ese hombre.

APOLO. Tú persíguelo, pues, y aumenta tus desgracias.

CORIFEO. No busques con tus palabras cercenar mis honores.

APOLO. No aceptaría tener tales prerrogativas.

CORIFEO. Porque tú, según se dice, eres poderoso al lado de Zeus; pero yo, puesto que me empuja la sangre de una madre, voy con mi venganza tras este hombre y le sigo las huellas.

APOLO. Y yo socorreré a mi suplicante y lo salvaré. Terrible para los mortales y los dioses es la cólera de un suplicante, si alguien lo traiciona voluntariamente.

(El coro sale. La escena cambia. Se ve a Orestes abrazado a la estatua de Atenea, en la acrópolis de Atenas.)

ORESTES. Soberana Atenea, por orden de Loxias he venido; recibe benignamente a un maldito, no manchado ni impuro de manos, sino a uno enervado y gastado de restregarse por casas ajenas y por los caminos de los hombres. Atravesando igualmente tierra y mar, dócil a los preceptos proféticos de Loxias, llego a tu morada y abrazado a tu imagen, diosa, aquí permanezco esperando el resultado del juicio.

(Llega el coro de las Erinis.)

CORIFEO. Bien; esto es una señal manifiesta del hombre; sigue los indicios del mudo delator. Como un perro a un cervato herido, así nosotras rastreamos las gotas de sangre. Con tantas agotadoras fatigas, mi pecho jadea; he recorrido toda la Tierra

y en vuelo sin alas he pasado por encima de las olas persiguiéndolo ligera como un navío. Y ahora aquí, en algún lugar, se ha acurrucado: el olor de la sangre humana me halaga.

CORO. Mira, mira bien, registra por todas partes, no sea que el matricida en huida furtiva escape sin castigo.

Míralo, de nuevo ha encontrado apoyo. Abrazado a la estatua de una diosa inmortal, quiere someter a juicio la obra de sus manos.

Mas esto no es posible. La sangre materna, una vez derramada, ¡ay!, es difícil de recoger: el líquido vertido en el suelo desaparece.

Tú, en resarcimiento, de tus miembros todavía palpitantes has de darme a sorber la roja ofrenda de tu sangre. ¡Que en ti encuentre el alimento de horrenda bestia!

Y una vez consumido en vida, te arrastraré bajo tierra, para que expíes con tormentos tu acción matricida.

Allí veras que si algún otro mortal pecó ofendiendo impiamente a un dios, a un huésped o a sus padres, todos tienen el castigo que en justicia se merecen.

Gran juez de los mortales es Hades bajo tierra, y todo lo ve y registra en su mente.

ORESTES. Yo, enseñado en la desgracia, conozco muchos ritos de purificación y cuándo es justo hablar e igualmente callar; y, en este presente caso, he recibido de un sabio maestro la orden de hablar; pues la sangre de mi mano duerme y se desvanece, y está lavada la mancha de la muerte de mi madre. Estando todavía fresca la he disipado con la ofrenda expiatoria de un cerdo en el hogar del dios Febo; y me sería muy largo de referir desde el principio a cuantos me acerqué con un contacto inocuo. El tiempo, al

envejecer, todo lo supera. Ahora, pues, con boca pura invoco reverentemente a la soberana de esta tierra, a Atenea, que venga en mi ayuda. Ella, sin lanza, conquistará en mí y en el pueblo de la tierra argiva un aliado fiel en justicia y para siempre. Mas, ya sea que por las regiones del país líbico, alrededor de las corrientes del nativo Tritón, vaya,

de pie o sentada, en ayuda de los amigos; ya sea que, como un audaz jefe de guerra, inspeccione la llanura de Flegra, le ruego que venga -pues un dios oye incluso de lejos- y me libre de estos males.

CORIFEO. No, ni Apolo ni la fuerza de Atenea podrían salvarte de ir a la perdición, abandonado de todos, sin saber dónde hay un rincón de alegría en tu corazón, sombra sin sangre, pasto de las diosas. ¿No respondes, sino que rechazas, escupiendo, mis palabras, tú alimentado y consagrado para mí? Vivo, sin ser degollado en el altar, serás mi banquete; y ahora vas a oír el himno que te encadenará.

(Las Erinis rodean la estatua de Atenea y forman un círculo alrededor de Orestes.)

CORO. Ea, pues, entrelacemos una danza, ya que estamos decididas a entonar un horrendo canto y a decir cómo nuestra tropa reparte los destinos entre los hombres.

Creemos ser rectas justicieras, ninguna ira nuestra acosa al hombre que presenta manos puras y su vida transcurre sin daño. Pero cuando un pecador, como éste, oculta unas manos ensangrentadas, entonces viniendo, testigos veraces, en socorro de los muertos aparecemos al fin como vengadoras de la sangre.

Madre que me diste a luz, ¡oh madre Noche!, para castigo de los muertos y de los vivos, escucha.

Pues el hijo de Leto me priva de honores, arrebatándome esta liebre, legítima ofrenda en expiación de la sangre marchitamiento de los mortales.

Esta es la tarea que la inflexible Moira me asignó demencia!, alucinador, que pierde el alma, el himno de las Erinis, encadenador de los sentidos, sin lira, marchitamiento de los mortales.

Esta es la tarea que la inflexible Moira me asignó en perpetua posesión: acompañar a los mortales que en su locura se han precipitado a crímenes consanguíneos, hasta que descienden bajo tierra, pero, incluso muertos, no serán del todo libres.

Pero para la víctima he aquí nuestro canto, demencial, alucinador, que pierde el alma, el himno de las Erinis, encadenador de los sentidos, sin lira, marchitamiento de los

mortales.

Ya al nacer nos fue asignada esta función que rehúyen las manos de los dioses. Ninguno toma parte en nuestros banquetes. Pero estoy excluida de las ropas blancas, no son cosa mía.

Me incumbe la destrucción de las casas cuando Ares, doméstico, mata a un pariente. Entonces, ¡ah!, le perseguimos y, por poderoso que sea, le anonadamos por efecto de la sangre reciente.

Nos damos prisa en quitar a otro estos afanes, en procurar la inmunidad de los dioses con mis cuidados, para que no hayan de instruir proceso. Pues Zeus ha juzgado indigno de su audiencia la abominable estirpe de los que gotean sangre.

Me incumbe la destrucción de las casas cuando Ares, doméstico, mata a un pariente. Entonces, ¡ah!, le perseguimos y, por poderoso que sea, le anonadamos por efecto de la sangre reciente.

Las glorias humanas, aun las más augustas bajo el cielo, se derriten y consumen por tierra, humilladas ante el asalto de nuestros negros velos y las maléficas danzas de nuestro pie.

Saltando con vigor desde lo alto, dejo caer pesadamente la fuerza de mi pie, y se quiebran las piernas de los ágiles corredores, desgracia insoportable.

Cae, sin saberlo, en el delirio pernicioso; tales tinieblas extiende sobre el hombre su crimen; y una voz de muchos gemidos proclama que una bruma sombría envuelve toda la casa.

Saltando con vigor desde lo alto, dejo caer pesadamente la fuerza de mi pie, y se rompen las piernas de los ágiles corredores, desgracia insoportable.

Así permanece nuestro destino: ingeniosas, tenaces, memoriosas de los males, inexorables a los mortales somos las Venerables, que cumplimos un oficio despreciado y deshonoroso, separadas de los dioses en la mansión tenebrosa, tarea nefasta por igual a los que ven la luz del sol y a los que están privados de ella.

¿Quién de los mortales no siente respeto y temor al oír la ley que nos ha fijado la Moira y que han ratificado los dioses? Conservo mi antiguo privilegio y no permanezco sin honores, aunque tengo mi lugar bajo tierra y en tinieblas sin sol.

(Se aparece Atenea.)

ATENEA. Desde lejos he oído el clamor de una voz, desde el Escamandro, cuando tomaba posesión de la tierra, espléndida porción de los tesoros conquistados a punta de lanza, que los caudillos y príncipes de los aqueos me asignaron del todo y para siempre, presente escogido para los hijos de Teseo. Desde allí he venido moviendo un pie infatigable, sin alas, haciendo resonar el seno de la égida, después de haber uncido este carro a potros vigorosos. Y ahora al ver esta tropa nueva en este país, no tiemblo, pero un asombro se ofrece a mis ojos. ¿Quiénes sois? A todos en común lo digo: a ese extranjero sentado junto a mi estatua y a vosotras que no os parecéis a ninguna raza humana: ni los dioses os ven entre las diosas ni por la forma sois semejantes a los mortales. Pero hablar mal de los demás sin motivo de reproche está lejos de lo justo y permitido.

CORIFEO. Lo sabrás todo enseguida, hija de Zeus: somos las sombrías hijas de la Noche, y en las mansiones subterráneas somos denominadas las Imprecaciones.

ATENEA. Ya sé vuestro linaje y el sobrenombre que os dan.

CORIFEO. Pues ahora pronto sabrás mis honores.

ATENEA. Podré enterarme de ello si hablas un lenguaje claro.

CORIFEO. Echamos fuera de sus casas a los asesinos.

ATENEA. Y para el asesino, ¿dónde está el término de su huida?

CORIFEO. Donde la alegría es por completo desconocida.

ATENEA. Así, ¿es ésta la huida a la que, con tus gritos, condenas a este hombre?

CORIFEO. Sí, porque creyó justo ser él asesino de su madre.

ATENEA. Pero ¿lo ha hecho por necesidad o por miedo a la cólera de alguien?

CORIFEO. ¿Qué aguijón puede obligar a matar a una madre?

ATENEA. Estando presentes las dos partes, sólo he oído la mitad de la causa.

CORIFEO. Pero él no quiere ni aceptar ni prestar el juramento.

ATENEA. Tú prefieres pasar por justa más que serlo.

CORIFEO. ¿Cómo? Explícate, pues no carecemos de sabiduría.

ATENEA. Quiero decir que con juramentos la injusticia no triunfa.

CORIFEO. Entonces interroga y pronuncia una sentencia justa.

ATENEA. Así, ¿me confías a mí la decisión de la causa?

CORIFEO. ¿Cómo no? Té honro dignamente tal como té mereces.

ATENEA. ¿Qué quieres responder por tu parte, extranjero, a éstas acusaciones? Mas,

dinos tu país, tu linaje y tus desgracias y luego defiéndete de este reproche. Si confiando en ¡justicia te has sentado, abrazándote a mi imagen, cerca de mi hogar, venerable suplicante a la manera de Ixión, responde cumplidamente a todas mis preguntas.

ORESTES. Soberana Atenea, ante todo voy a eliminarte una gran preocupación que se desprende de tus últimas palabras: no soy culpable ni con manos impuras me he sentado junto a tu imagen. Te daré de ello una gran prueba: es ley que el hombre manchado no hable con nadie hasta que efusiones de sangre expiatoria de un animal recién nacido le ensangrenten por obra de un varón. Hace tiempo que me he purificado en otras casas, con víctimas y con líquidas corrientes. Así, digo, quítate de encima esta preocupación.

En cuanto a mi linaje vas a saberlo en seguida. Soy argivo, y mi padre, bien le conoces. Agamenón, jefe del ejército naval con él que hiciste que Ilión, la ciudad de los troyanos, desapareciera como tal ciudad. Falleció sin gloria este monarca, al regresara palacio: mi madre, de negro corazón, lo mató envolviéndolo en intrincados lazos que testimoniaban el asesinato en el baño. yo, volvía a la patria, pues antes estuve exiliado, maté, no lo niego, a la que me dio a luz, muerte con muerte pagando en venganza de mi queridísimo padre. Pero de estos hechos, juntamente conmigo, es responsable Loxias, que me predijo sufrimientos, a manera de agujones de mi corazón, si dejaba de cumplir alguna de sus órdenes contra los culpables. Tú juzga si he obrado o no justamente: cualquiera que sea tu sentencia me someteré a ella del todo.

ATENEA. El asunto es sumamente grave, si algún mortal cree poder juzgarlo; pero tampoco me es lícito resolver en causas de muerte perpetradas en un arrebato de ira, máxime cuando, realizado todo rito expiatorio, te presentaste como suplicante puro y sin daño para mi morada, y cuando te admito en mi ciudad libre de culpa. Mas estas tienen una función no fácil de aplacar, y si no consiguen un resultado victorioso, luego el veneno de su corazón, cayendo sobre este país, será un perpetuo e intolerable azote. Tal es la situación: lo mismo si se quedan que si las expulso, es causa de graves dolores, es difícil para mí. Con todo, ya que el asunto ha llegado a tal extremo, escogeré jueces de la sangre vertida, obligados por juramentos y constituiré un tribunal para siempre.

Ahora vosotros llamad a los testigos y las pruebas, auxiliares juramentados de la justicia. Cuando haya escogido a mis mejores ciudadanos, volveré para que decidan esté

caso verídicamente, sin transgredir en nada los juramentos con ánimo injusto.

(Sale Atenea.)

CORO. Hoy habrá un desquiciamiento por obra de las leyes nuevas, si triunfa la causa y la ofensa de este matricida. Esta acción armonizará a todos los mortales con la licencia: mu-

chas, en verdad, dolorosas heridas, abiertas por los propios hijos, aguardaran a los padres con el tiempo.

Porque ninguna ira de las ménades que vigilan a los mortales perseguirá estos desmanes; dejaré realizar todo destino de muerte. Uno irá preguntando a otro, mientras cuenta los males del vecino, el fin o el alivio de estas miserias, y en vano se consolarán, desgraciados, con remedios no seguros.

Que nadie herido por la desgracia me invoque, pronunciando estas palabras: «Oh Justicia, oh trono de las Erinis». Quizá un padre o una madre, recién ofendidos, gemirán lastimosamente, puesto que se hunde la morada de la justicia.

Hay casos en que es bueno el temor y, guardián de los corazones, debe permanecer entronizado. Es difícil aprender la sensatez bajo el dolor. ¿Quién, pues, ciudad o mortal igualmente, si en su corazón nada teme bajo el sol, podrá venerar la justicia?

No alabes ni una vida anárquica ni sometida a un déspota. A toda medida otorga Dios el poder; lo demás lo gobierna de otra manera. Digo una verdad oportuna la insolencia es hija, en verdad, de la impiedad; pero, de una sana mente nace la dicha, de todos querida y tan invocada.

Ante todo te digo: venera el altar de la Justicia. Ni al ver una ganancia lo ultrajes con un puntapié impío. Pues el castigo vendrá: el fin permanece soberano. Así coloca en primer lugar de honor la reverencia a los padres y respeta los derechos de los extranjeros que se acogen a tu casa.

Aquél que de grado, sin coacción, es justo, no será desgraciado y no perecerá del todo. Mas el rebelde audaz que lleva una carga de tesoros injusta y violentamente acumulada, lo afirmo, con el tiempo amainará velas, cuando, roto el mástil, se apodere de él la angustia.

Llama a los que nada oyen, en medio del irresistible torbellino. Y el Destino se ríe del hombre insolente, viendo a aquél, que jamás se lo esperaba, abatido en medio de

males sin remedio e incapaz de saltar por encima de la cresta de la ola. Su dilatada felicidad de antaño lo ha lanzado contra el escollo de la Justicia, y perece sin que nadie lo llore, sin que nadie lo vea.

(Regresa Atenea con el mensajero, los jueces y gente del pueblo. El coro y Orestes se sitúan en frente uno de otro.)

ATENEA. Haz la proclama, mensajero, y contén al pueblo. Que la penetrante trompeta tirrénica, llena de soplo humano, llegue hasta el suelo y manifieste su aguada voz a la multitud. Es tando lleno este Consejo, conviene que haya silencio, que toda la ciudad conozca las leyes que establezco Y que estos jueces pronuncien un veredicto justo. *(Se aparece Apolo.)* Soberano Apolo, dirige tus propios asuntos. ¿Qué parte tienes, dime, en esta causa?

APOLO. Vengo para dar testimonio -pues, según la ley, este hombre es mi suplicante y huésped de mi hogar, y yo mismo lo he purificado de su crimen- y también como defensor. Yo soy responsable del matricidio. Pero tú abre este proceso y según tu pericia dicta sentencia.

ATENEA. *(A las Erinis.)* Vosotras tenéis la palabra: Doy comienzo al debate. El acusador, hablando el primero, debe ser rectamente informador del caso.

CORIFEO. Somos muchas, pero hablaremos poco. *(Dirigiéndose a Orestes.)* Tú responde sucesivamente palabra por palabra a mis preguntas. Dime ante todo: ¿mataste a tu madre?

ORESTES. La maté: no es posible negar el hecho.

CORIFEO. Esta es una de las tres caídas.

ORESTES. No pregones jactanciosamente tu hazaña, ya que no estoy todavía vencido.

CORIFEO. Sin embargo, es preciso que digas cómo la mataste.

ORESTES. Lo digo: por mi mano, con la espada le corté el cuello.

CORIFEO. ¿Quién te persuadió y aconsejó?

ORESTES. Los oráculos de éste: él es mi testigo.

CORIFEO. ¿El dios profeta te indujo a matar a tu madre?

ORESTES. Y hasta ahora no me reprocha mi suerte.

CORIFEO. Pero si la votación te condena, otra cosa, quizá, dirás.

ORESTES. Tengo confianza: mi padre me enviará ayuda desde la tumba.

CORIFEO. Sí, confía ahora en los muertos después que has matado a tu madre.

ORESTES. Ella tenía la mancha de dos crímenes.

CORIFEO. ¿Cómo? Explícalo a los que han de juzgarte.

ORESTES. Matando a su esposo mató a mi padre.

CORIFEO. Pero tú vives; ella, en cambio, está libre del asesinato.

ORESTES. ¿Y por qué no la perseguiste en vida? CORIFEO. No era pariente del hombre que mató.

ORESTES. ¿Es que yo estoy en la sangre de mi madre?

CORIFEO. ¿Cómo, pues, te crió en tus entrañas, malvado? ¿Reniegas, tú, de la sangre queridísima de una madre?

ORESTES. (*A Apolo.*) Es hora ya de que des tu testimonio. Explica por mí, Apolo, si la maté justamente. El hecho, tal como es, no lo niego; pero decide si, según tu criterio, esta sangre ha sido justamente derramada o no, para que informe a los jueces.

APOLO. Os lo voy a decir, augusto tribunal de Atenas: «Justamente», y siendo profeta no mentiré. Nunca desde mi trono profético he dicho algo referente a un hombre o a una mujer o una ciudad que no me lo mandara Zeus, padre de los Olímpicos. Habéis de saber la fuerza de esta justificación y os invito a seguir la voluntad de mi padre; porque no hay juramento que prevalezca sobre Zeus.

CORIFEO. ¿Zeus, según dices, te apremió a revelar este oráculo a Orestes, que vengando la muerte de un padre no tuviera en cuenta el honor debido a una madre?

APOLO. Sí, porque no es lo mismo la muerte de un noble héroe investido con el cetro, regalo de Zeus, y esto por obra de una mujer que no ha lanzado desde lejos, como una amazona, dardos impetuosos, sino de la manera que oiréis, Palas y vosotros que estáis aquí sentados, para decidir con vuestro voto esta causa. Cuando regresaba de la guerra, habiendo conseguido los mejores éxitos, ella lo recibe con dulces palabras, lo conduce al baño y, al salir de la bañera, lo envuelve con un velo y golpea al varón impedido por aquel inextricable peplo bordado. Ya os he expuesto el fin de este héroe augusto entre todos, del caudillo de la armada. He hablado así de ella para excitar al pueblo que está encargado de decidir este proceso.

CORIFEO. Según tus palabras, Zeus honra preferentemente la muerte de un padre;

pero él mismo encadenó a su viejo padre Crono. ¿Cómo esto no está en contradicción con lo anterior? Yo os tomo por testigos de que habéis oído estas razones.

APOLO. ¡Oh monstruos odiados por todos, abominación de los dioses! Zeus puede desatar unas cadenas; esto tiene remedio y hay muchos medios de librarse de ellas. Pero cuando el polvo se ha bebido la sangre de un hombre, una vez muerto, ya no hay resurrección. Mi padre no ha creado encantamientos contra este mal, él que remueve todas las cosas arriba y abajo, sin jadear por el esfuerzo.

CORIFEO. Mira, pues, cómo defiendes su absolución. Habiendo derramado por el suelo la sangre de una madre, ¿habitará en Argos el palacio de su padre? ¿En qué altares públicos presentará ofrendas? ¿Qué fratría lo admitirá en sus lustraciones?

APOLO. También te lo diré, y entérate de que hablo justamente. La madre no es la engendradora del que se llama su hijo, sino la nodriza del germen recién sembrado. El que engendra es el hombre; ella, como una extranjera para un extranjero, salva el retoño, si la divinidad no lo malogra. Te voy a dar una prueba de este argumento: se puede ser padre sin una madre. Cerca tenemos un testimonio, la hija de Zeus Olímpico, que no ha sido alimentada en las tinieblas de un vientre, y, sin embargo, ninguna diosa podría dar a luz un vástago semejante. Yo, ¡oh Palas!, como en todo sé hacerlo, engrandeceré tu ciudad y tu pueblo; y he enviado este hombre al lugar de tu templo para que te sea por siempre fiel y consigas con él un nuevo aliado, diosa, así como a sus hijos, y esta alianza permanezca por siempre querida por sus descendientes.

ATENER. Ruego ya a los jueces que, según su opinión, despositen un voto justo, puesto que ya se ha hablado suficiente.

CORIFEO. Nosotras hemos lanzado ya todos los dardos. Mas aguardo para escuchar cómo se resuelve el debate.

ATENER. (*A Apolo y Orestes.*) Y vosotros, ¿qué he de hacer para no recibir vuestros reproches?

APOLO. (*A los jueces.*) Habéis oído lo que habéis oído. Al depositar vuestro voto, conservad en el corazón el respeto debido al juramento, extranjero.

ATENEA. Escuchad ahora la norma que instituyo, pueblo de Ática, que vais a resolver la primera causa por sangre derramada. Este Consejo de jueces permanecerá siempre en el futuro entre el pueblo de Egeo. Esta colina de Ares, asiento y tienda de las

amazonas un día, cuando por odio a Teseo trajeron aquí la guerra -una nueva ciudadela de altas torres levantaron y sacrificaron a Ares, de donde la roca y la colina tomaron el nombre de Ares-, en esta colina, digo, el Respeto del pueblo y el Miedo, hermano suyo, impedirán a los ciudadanos, de día y de noche, cometer injusticias con tal que ellos mismos no alteren sus leyes; si ensucias agua clara con afluentes impuros y con cieno, no podrás beber ya más. Ni anarquía ni despotismo: tal es la máxima que aconsejo a los ciudadanos mantener con reverencia y no desterrar enteramente de la ciudad el temor. ¿Qué mortal se mantiene en la justicia si nada teme? Venerad, como se debe, este poder augusto, y tendréis un baluarte salvador de vuestro país y vuestra ciudad, como nadie lo tiene, ni entre los escitas ni en las regiones de Pélope. Incorruptible, venerable, severo, tal es el Consejo que establezco, guardián de la tierra, siempre vigilante por los que duermen. Tal es la exhortación que he dirigido a mis ciudadanos para el futuro. Ahora debéis alzaos, emitir vuestro voto y decidir el litigio respetando el juramento. He dicho.

(Los jueces van depositando los votos en las urnas.)

CORIFEO. Yo, en verdad, os aconsejo que no despreciéis esta pesada compañía mía asentada en el país.

APOLO. Por mi parte, yo os invito a respetar los oráculos, míos y de Zeus, y no hacerlos infructuosos.

CORIFEO. Pero no te incumbe intervenir en causas de sangre. Ya nunca más podrás anunciar vaticinios puros.

APOLO. ¿Entonces mi padre se equivocó en sus designios con ocasión de las súplicas de Ixión, el primer homicida?

CORIFEO. Tú lo dices. Pero yo, si no gano la causa, haré sentir pesadamente mi presencia sobre este país.

APOLO. Pero tú no tienes honra alguna, ni entre los dioses nuevos ni viejos. Yo ganaré.

CORIFEO. Tal fue también tu proceder esa el palacio de Feres: persuadiste a las Parcas de hacer inmortales a los hombres.

APOLO. ¿Acaso no es justo favorecer al que honra a uno, sobre todo cuando él tiene necesidad?

CORIFEO. Pero tú destruiste antiguas asignaciones, engañando con vino a viejas

divinidades.

APOLO. Y tú pronto, no obteniendo votos favorables, vomitarás un veneno que ya no dañará a los enemigos.

CORIFEEO. Ya que tú, joven dios, machacasmí ancianidad, aguardo en espera de oír esta sentencia, porque no sé si habré de enfurecerme contra esta ciudad.

ATENER. Esta es mi función: juzgar la última. Yo añadiré mi voto a los que defienden a Orestes; no tengo madre que me haya dado a luz, y en todo, salvo en concertar nupcias, me decido por el varón con toda el alma: sin duda estoy al lado del padre. Así no me preocuparé del destino de una mujer que ha muerto al marido, guardián de la casa. Orestes ganará, aun en igualdad de votos. Sacad apresuradamente los sufragios de las urnas, jueces encargados de esta tarea.

(Se sacan y cuentan los votos.)

ORESTES. ¡Oh Febo Apolo!, ¿cómo se decidirá el juicio?

CORIFEEO. ¡Oh Noche, negra madre!, ¿ves lo que sucede?

ORESTES. Atenea, mi final será colgarme o ver todavía la luz.

CORIFEEO. Para nosotras, desaparecer o conservar nuestros honores.

APOLO. Contad exactamente los sufragios que salen, extranjeros, procurando no cometer fraude en el reparto: un sufragio de menos produce un gran dolor y un solo voto puede derribar o levantar una casa.

ATENEA. Este hombre es absuelto del delito de sangre: el número de votos es igual por ambas partes.

(Apolo desaparece.)

ORESTES. ¡Oh Palas, salvadera de mi casa! Privado de la tierra de mis padres, tú me has restablecido en ella. Y alguien de los helenos dirá: «Este hombre vuelve a ser argivo y habita en medio de los bienes paternos por obra de Palas y Loxias, y de aquel que todo lo gobierna, tercer Salvador.» El cual, compadeciéndose del destino paterno, me salva, al ver a estas defensoras de la causa de mi madre. Pero yo a este país y a tu pueblo, para el porvenir y para la plenitud del tiempo futuro, hago este juramento ahora, al partir hacia mi casa: nadie que sea allí timonel del país traerá jamás contra estos lugares un ejército bien equipado. Yo mismo, estando entonces en la tumba, a los transgresores de mi presente juramento, les castigaré con irremediables desgracias, volviendo sus caminos

irresolutos y sus pasos llenos de funestos presagios para que se arrepientan de su empresa. En cambio, si mantienen mis juramentos y, honran siempre esta ciudad de Palas con lanza aliada, yo les seré propicio.

Y ahora adiós, tú y tu pueblo que guarda la ciudad. ¡Ojalá que esta lucha, irresistible para los enemigos, te traiga salvación y victoria en las armas.

(Sale Orestes.)

CORO. ¡Oh jóvenes dioses! Habéis machacado las leyes antiguas y me habéis arrancado a ese hombre de mis manos. Mas yo así deshonrada, mísera, haré sentir sobre esta tierra, ¡ay!, el peso de mi ira, veneno, veneno en venganza vertiendo de mi corazón, destilación causa de esterilidad para el país. De ella saldrá una lepra, funesta a las hijas, funesta a los hijos, ¡oh Justicia!, que abatiéndose sobre esta tierra arrojará contra la región plagas homicidas. ¿Gimo? ¿Qué haré? Seamos abrumadoras a los ciudadanos. Hemos padecido, ¡ay un gran ultraje, las miserables hijas de la Noche, deshonrosamente afligidas.

ATENEA. Escuchadme, no lo soportéis quejándoos gravemente. Pues no habéis sido vencidas, sino que una sentencia igualada en votos ha salido verdaderamente de las urnas, no para vuestra humillación. Había hermosos testimonios de parte de Zeus y los traía el mismo dios que había profetizado que Orestes no sufriría ningún daño por su acción. Queréis vomitar sobre esta tierra una pesada cólera; reflexionad, no os irritéis; no provoquéis la esterilidad destilando licores demoníacos, lanzas salvajes devoradoras de gérmenes. Yo con toda lealtad os prometo que tendréis una morada y un refugio legítimo en este país, sentadas sobre los altares de maravillosos tronos, honradas por estos ciudadanos.

CORO. ¡Oh jóvenes dioses! Habéis machacado las leyes antiguas y me habéis arrancado a ese hombre de mis manos. Mas yo así deshonrada, mísera, haré sentir sobre esta tierra, ¡ay!, el peso de mi ira, veneno, veneno en venganza vertiendo de mi corazón, destilación causa de esterilidad para el país. De ella saldrá una lepra, funesta a las hijas, funesta a los hijos, ¡oh justicia!, que abatiéndose sobre esta tierra lanzará contra la región plagas homicidas. ¿Gimo? ¿Qué haré? Seamos abrumadoras a los ciudadanos. Hemos padecido, ¡ay!, un gran ultraje, las desgraciadas hijas de la Noche, deshonrosamente afligidas.

ATENER. No sois despreciadas; en vuestra ira excesiva no hagáis, diosas, la tierra difícil de cultivar para los mortales. Yo tengo confianza en Zeus y -¿por qué he de decirlo?- soy él único dé los dioses que conozco las llaves del aposento en donde está guardado él rayo; pero no es necesario nada dé esto. Tú préstame oídos y dé tu lengua insolente no lances sobre este país palabras que llevan él fruto dé una total desgracia. Aplaca la amarga cólera dé ésta negra ola, como destinada a ser verdaderamente honrada y habitar conmigo. Las primicias dé este dilatado país, ofrendas por él nacimiento dé los hijos y por las nupcias, serán para ti y siempre alabarás mi consejo.

CORO. ¡Yo sufrir ésta humillación, ¡ay!, yo, con mi antigua sabiduría habitar en este país, despreciada, ¡ay!, é impura! Respiro todo mi furor y cólera. ¡Ay, ay, Tierra! ¡Qué dolor penetra en mis costados! Escucha, madre Noche, mi ira: me han quitado mis inveterados honores, a nada los han reducido los ineluctables engaños dé los dioses.

ATENEA. Soportaré tus ataques dé cólera; tú eres más vieja que yo y en verdad más sabia, aunque Zeus también me ha concedido no razonar malamente. Vosotras, si marcháis a otras tierras dé gente distinta, sentiréis nostalgia dé este país. Os anticipo lo siguiente: él curso del tiempo aumentará la gloria dé éstos ciudadanos, Y tú, en una hermosa estancia cerca dé la morada dé Erecteo, recibirás dé los cortejos dé hombres y dé mujeres lo que nunca habrías obtenido dé otros mortales. Mas tú, en éstos lugares que son míos, no lances sangrientos agujones que destrozan las entrañas dé los jóvenes y enloquecen con furias abstemias ni, como si excitase él corazón dé unos gallos, introduzcas entre mis ciudadanos las guerras intestinas y la audacia mutua. Sea externa la guerra, fácil alcancé para aquél que tiene un violento deseo dé fama; pero que no me hablen dé combates entre las aves dé corral. Tales ofrecimientos dé mi parte puedes escoger; haciendo bien, recibiendo bien, bien honrada, compartir ésta tierra predilecta dé los dioses.

CORO. ¡Yo sufrir ésta humillación, ¡ay!, yo, con mi antigua sabiduría habitar en este país, despreciada, ¡ay!, é impura! Res

piro todo mi furor y cólera. ¡Ay, ay, Tierra! ¡Qué dolor penetra en mis costados! Escucha, madre Noche, mi ira: me han quitado mis inveterados honores, a nada los han reducido los ineluctables engaños dé los dioses.

ATENEA. No me cansaré dé aconsejarte éstos bienes. Qué nunca puedas decir qué

una anciana divinidad ha sido arrojada por mí, qué soy más joven, y por los mortales que guardan mi ciudad, sin honor y desterrada de ésta tierra. Pero si tú es sagrada la majestad de la Persuasión, dulzura y encanto de mi lengua, tú permanecerás aquí; pero si no quieres quedarte, no serás justa lanzando sobre ésta ciudad una cólera o un resentimiento o un daño para mi pueblo; porque tú es posible tener legítimamente la posesión de este país y ser por siempre honrada.

CORIFEEO. Soberana Atenea, ¿qué morada dices que tendré?

ATENER. Libré de todo infortunio; acéptala.

CORIFEEO. Y si la acepto, ¿qué honores me esperan?

ATENEA. Ninguna casa prosperará sin ti.

CORIFEEO. ¿Tú harás que mi poder sea tan grande?

ATENEA. Dispondré los sucesos en favor del que tú honré.

CORIFEEO. ¿Y me lo garantizarás por todo el tiempo futuro?

ATENER. Me es posible dejar de prometer lo que no he de cumplir.

CORIFEEO. Me parece que me hechizas y renuncio a mi cólera.

ATENER. Residiendo en estas tierras, conseguirás nuevos amigos.

CORIFEEO. ¿Qué honores, pues, me exhortas, que canté en favor de ésta tierra?

ATENEA. Los que no tengan por blanco una dañina victoria. Que todas las brisas de la tierra y del rocío marino y del cielo, soplando a la propicia luz del sol, pasen sobre este país. Que el fruto ubérrimo de la tierra y de los animales no se cansé de hacer prosperar a mis ciudadanos y guardé también el germen humano. Mas, a los impíos, extermínalos; pues, como un buen jardinero, me place ver a la raza de los justos libre de este castigo. He aquí lo que tú pertenece; pero yo no permitiré que las nobles empresas guerreras dejen de honrar a esta ciudad, victoriosa entre los hombres.

CORO. Aceptaré la convivencia con Palas y no rechazaré una ciudad que también Zeus todopoderoso y Ares habitan, fortaleza de los dioses y resplandeciente protección de los altares de las divinidades helénicas. Por ella con oráculos propicios imploro que la brillante luz del sol haga brotar en abundancia de la tierra los bienes útiles para la vida.

ATENEA. Yo actué bondadosamente en favor de mis ciudadanos estableciendo aquí unas poderosas e implacables divinidades, pues les ha sido asignado regirlo todo entre los hombres. El que no incurrió en su ira, no sabe de dónde vienen los golpes crueles de la

vida. Las faltas de sus antepasados le arrastrarán ante ellas, y por más que grite una muda ruina lo aniquila con furia enemiga.

CORO. ¡Que no sople jamás un viento funesto a los árboles -os anuncio mis favores, que los ardores que agostan las yemas de las plantas no pasen las fronteras del país! ¡Que la estéril y funesta plaga de los campos no se arrastre hasta aquí! ¡Que la tierra críe fecundas ovejas, madre cada una de dos corderos en el tiempo establecido! ¡Y que el producto sacado de un rico suelo haga siempre honor al feliz presente de los dioses!

ATENEA. ¿Escucháis, guardianes de la ciudad, lo que quiere cumplir? Grande, pues, es el poder de la augusta Erinis, cabe los inmortales y los dioses infernales; y entre los hombres clara y plenamente dispone, a unos dando canciones, a otros una vida sombría de lágrimas.

CORO. Alejo de vosotros los destinos que matan prematuramente a lo hombres. Conceded a las jóvenes amables una vida al lado de un esposo, oh Moiras soberanas, hermanas nuestras de madre, divinidades distribuidoras de equidad, que residiendo en todas las casas hacéis sentir en todo tiempo el peso de vuestra presencia justiciera, vosotras las más respetadas entre todos los dioses.

ATENEA. Al oír lo que con benévolo ánimo afirmáis a mi tierra me lleno de alegría. Venero los ojos de la Persuasión, porque ha protegido mi lengua y mi boca frente a estas que tan fieramente negaban. Pero ha ganado Zeus, dios de la palabra; y vence para siempre nuestra obstinación al bien.

CORO. ¡Que jamás la Discordia, insaciable de males, brame, ruego, en esta ciudad! ¡Que el polvo, abrevado con la negra sangre de los ciudadanos, no exija en su cólera, como represalia, desgracias de mutua sangre para la ciudad! ¡Que cambien entre ellos alegrías en un espíritu de común amistad y odien con un solo corazón! Porque de muchos males éste es el remedio entre los mortales.

ATENEA. ¿No es verdad que saben hallar el camino de una lengua propicia? De estos terribles rostros veo salir una inmensa ganancia para los ciudadanos. Porque si siempre a estas benévolas las honráis con benévolo ánimo, todos os distinguiréis conduciendo vuestro país y vuestra ciudad por los caminos de la recta justicia.

CORO. Salud, salud en la justa posesión de la riqueza; salud a vosotros, pueblo de Atenas, sentados cabe el altar de Zeus, queridos de la virgen querida, sensatos en todo

tiempo. Los que estén bajo las alas de Palas, su padre los respeta.

ATENEA. Salud también vosotras. Pero es necesario que yo vaya delante para enseñaros vuestras moradas, a la sagrada luz del cortejo. Id y con estas sagradas víctimas, alejad de nosotros la desgracia y enviadnos lo que es provechoso para el éxito de la ciudad. Y vosotros, guardianes de la ciudad, hijos de Cránao, mostrad el camino a estos nuevos habitantes. ¡Y que los ciudadanos tengan buenos y rectos designios!

CORO. Salud, salud de nuevo; para vosotros todos los de la ciudad, repito este augurio, deidades y hombres. Habitáis la ciudad de Palas: honrad mi residencia entre vosotros y no os lamentaréis de vuestra suerte en la vida.

ATENEA. Acepto el lenguaje de vuestros votos y voy a llevaros, a la luz de las brillantes antorchas, hasta los hogares inferiores y subterráneos. Vendrán conmigo, como es justo, las servidciras, guardianes de mi imagen; pues invito a salir al esplendor de todo el país de Teseo, tropa ilustre de niños y mujeres, cortejo de ancianas.

Venerad a estos dioses con vestidos purpúreos y surja el resplandor del fuego, a fin de que esta bondadosa compañía en el país se manifieste, para siempre, en espléndidas generaciones humanas.

CORTEJO. Iniciad el camino, ¡oh grandes, ávidas de honores, hijas sin hijos de la Noche!, con un cortejo amigo. Ciudadanos, callad.

Hacia el antro subterráneo, en donde obtendréis, con las antiguas honras y ofrendas, un culto sin igual. Ciudadanos todos, callad.

Propicias y leales al país, venid, Augustas, alegrándoos en el camino con las ardientes antorchas. Y ahora emitid gritos de alegría en respuesta a nuestros cantos.

Alianza eterna entre las ahora domiciliadas y los ciudadanos de Palas. Zeus, que todo lo ve, y la Moira, así lo acordaron. Y ahora, emitid gritos de alegría en respuesta a nuestros cantos.